

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO XXVII. — N^o 105-106

° Julio-diciembre de 1962



BUENOS AIRES

1962

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico RAFAEL ALBERTO ARRIETA

SUMARIO

<i>Recepción académica de don Jorge Luis Borges :</i>	
- <i>Discurso de don Arturo Capdevila</i>	297
<i>Discurso de don Jorge Luis Borges</i>	303
<i>Recepción académica de don Francisco Luis Bernárdez :</i>	
<i>Discurso de don Arturo Capdevila</i>	313
<i>Discurso de don Francisco Luis Bernárdez</i>	323
<i>Palabras de don Arturo Capdevilá en la sesión de homenaje a don Leopoldo Díaz</i>	337
<i>Discurso de don Francisco Luis Bernárdez en el centenario del nacimiento de Leopoldo Díaz</i>	341
GIUSTI, ROBERTO F., <i>María Rosa Lida de Malkiel</i>	347
BECCO, HORACIO JORGE, <i>Bibliografía de don Francisco Romero</i>	351
ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>En el entierro de Manuel Gálvez</i> ...	355
GUZMÁN, CARLOS ALBERTO, <i>Volumen, caudal, gasto. Consideraciones sobre la conveniencia de un vocabulario correcto en la enseñanza e investigación de la hidráulica</i>	361
SCHNEIDER, MAURICIO, <i>Definición de términos y formas de lenguaje</i> ..	373
Acuerdos	451
Noticias	483
<i>Índice del tomo XXVII</i>	489

DISCURSO DE DON ARTURO CAPDEVILA EN LA RECEPCIÓN ACADÉMICA DE DON JORGE LUIS BORGES

Admirable y venerable señora Leonor Acevedo de Borges : sea con Ud., iba a decir, pero ya lo es con Ud., apenas pronunciado su nombre, el aplauso de la Patria en la Academia.

Señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, señor Edecán de S. E. el señor Presidente de la Nación, señor Ministro, señores representantes de entidades culturales, señores académicos, señoras, señores :

Es un alto, un altísimo honor, darle la bienvenida a un académico que se llama como éste, Jorge Luis Borges, gran señor de las letras, gran señor del idioma, gran señor de la conducta, gran señor del amor a la patria, gran señor del amor a la libertad.

¿Cómo no ha de ser grato, y tan luego en nombre de una Corporación como la nuestra, saludar a Borges? Y bien, aunque la misión es muy difícil, trataré de cumplirla, así, conversándolo llanamente, como ya lo he comenzado. Y no creo que por esto me aleje del estilo académico. Pienso, al contrario, que acaso sea más académico, si cabe, el conver-

sar que el leer ; pues ¿ en qué forma, sino en ésta de conversar mientras caminaban a la sombra de los plátanos, se entendieron en las tardes de Atenas los primeros académicos del mundo, a la vera de aquel semidiós que se llamó Platón ? Así podemos conversar también nosotros como en el jardín de Academus.

No podemos estar quejosos los escritores argentinos. Poseemos inmenso imperio. Grata meditación para los jardines académicos. Inmenso imperio a través de España y de América. Por España nos adueñamos de todos sus entronques : de los hebreos, de las Mil y Una Noches y de los gitanos. Además de los godos hasta el corazón de la Germania, y por Galicia, de los celtas y de los druidas, al paso que América es nuestra incluido lo más remoto del tiempo y de la geografía : lo incaico, lo azteca, los Mayas, y en lo geográfico hasta los últimos hielos del Sur. Así van llegando al arte y a las letras con posibilidades imperiales las generaciones argentinas.

Y un día llegó la de Borges.

Toda nueva generación viene a descubrir el mundo. ¡ Mirad el sol ! ¡ Mirad las estrellas ! ¡ Contemplad la fiesta de las nubes que pasan ! ¡ Es increíble que nadie hasta nosotros se enterase de estas maravillas ! Así por lo menos procedió la impetuosa generación de Borges. Y estaba bien hecho. Porque no digo que cada generación, digo que cada hombre debe descubrir el mundo. Y en materia de poesía y de arte siempre hay algo que se ve como por la primera vez. De esta manera, por otra parte, se va renovando el mundo en sus hijos.

Fijaremos algunos conceptos más. Con la Cinegética, o arte general de la Cacería, vamos a entendernos muy bien,

según espero, para iniciar la interpretación de Borges. La realización poética es, en el fondo, eso : cacería. Pienso que sea su fundadora la propia diosa Diana : ella, la del arco y los perros. Pero hay también la Cetrería ; la caza en los aires, donde el perro es el halcón.

Para situar a Borges situemos antes a otros cazadores del verbo entre nosotros. Me referiré a dos Nemrodos argentinos de distinta escuela : a Leopoldo Lugones y a Enrique Banchs. Es Lugones el que va de caza a caballo porque va para caza mayor, selva adentro. Resuena su olifante como si fuese comandando a un esquadron. En todo caso, buen séquito va tras él. Marcha decididamente a enfrentar al león si éste se le cruza. Al regreso de la cacería puede contar muchas, muchas pieles de vencidas fieras para alfombrar la sala de su alcázar. ¿ Qué representaba Lugones en la Poesía ? Representaba la fuerza : la fuerza hecha numen. El otro cazador, el de la cetrería, es Banchs. ¿ Para qué buscar más lejos si le tenemos con nosotros, y es por excelencia el poeta del *casabel del halcón* ? Cazador sin estruendo que, mientras vuelan a cobrar piezas sus halcones, invita a banquete sobre el césped o nos convida a buscar alhelies por el campo.

Borges no es ni aquél ni éste. Y, sin embargo, ¿ qué cazador ! ¿ Cómo hace este otro Nemrod ? Él va también en busca del león o del tigre. Pero sin séquito y sin clangor de estrepitoso cuerno. Lo extraordinario es que va inerme. Llega a la caverna de la fiera y saluda. ¿ Es esto un franciscanismo ? No. Le hallo demasiado enciclopedista para franciscano a Borges. Su luz es la del saber de los libros. No dice : Buenas tardes, hermano león. Dice, en cambio : — Muy buenas tardes, señor león. Vengo a saludarle en nombre de la clara Poesía. Tengo algunas cosas que referirle... Conversemos...

El león no se ve en el caso de rugir y conversa llanamente. — ¡ Bravo, señor león ! Y ahora, ¿ quiere irse conmigo a la ciudad ? — Con mucho gusto, responde ese rey. Y se lo lleva. León esquemático en que, no obstante, nada falta de lo que debe haber en un león.

Pero quedaría incompleta, sin duda, esta semblanza de Borges cazador si no entrásemos en otros pormenores de su pericia. Nos bastará para ello considerar otros aspectos de la Poesía. Ella es a modo de una vasta religión: la vasta religión de la Gaya Ciencia en que un múltiple sacerdocio cumple diversas funciones arcanas. Entre ellos se pueden llamar, como lo dijo Darío, hermanos en el misterio de la Lira. Pues bien: ¿ qué es Borges entre esos sacerdotes del Gay Saber ? Un raro adivino, y buceador de misterios. Y un cazador de extrañezas. Atribuimos a Borges en este orden misterioso iniciación lunar... Sin duda golpea a su puerta el misterio. Llama con los nudillos. Un viento del otro mundo rasguña en sus ventanas. No se le escapa al morador ninguno de estos avisos de lo desconocido. Se atiende a lo que exactamente sucede. Le están llamando los infinitos misterios de la noche. No el Misterio enorme. Y procede conforme a aquellas sollicitaciones. Dispongámonos a conocer ahora cómo cumplió su sacerdocio.

La labor literaria o artística, como también la alta labor científica, es tarea de revelación. El mundo está como enmascarado y queremos revelar algo desenmascarándolo en algún aspecto. La tarea de Borges — ¿ nos atreveremos a decirlo ? — es la opuesta. Es la de enmascarar nuevamente a las cosas en procura de que a través de la máscara le enseñen su real hondura.

Con *Fervor de Buenos Aires* Borges se sitúa sobre la vasta

Tierra. Se domicilia. Esa Buenos Aires es su universo. Toda la ciudad es como un templo. Pero hay un dios de esos lugares : se llama Evaristo Carriego. ¿ En dónde le halla ? En el suburbio. Mas ¿ por qué va Borges al suburbio ? Porque como sacerdote de la religión del Gay Saber él es un buscador del Límite. Allí hay todo lo que necesita su musa. Allí realiza lo más suyo ; lo que le nace siempre : ser, como él mismo lo ha dicho, « un leve asustador del leyente ». Y es que un sacerdote del Límite debe asustar a las almas. Sólo que él, a su vez, se asusta y se asombra. En fin : él busca el susto. Goza asustándose, por quién sabe qué repliegues de la infancia. Sarmiento iba más lejos. Amaba el terror. Lo buscaba. Gozaba en él.

Y aquí me acuerdo de alguien, no poco parecido a Borges en ciertos aspectos, que también amaba el susto. Es una sombra lejana. Es un extraño y denodado ser. Es Benvenuto Cellini. Borges, como Cellini, conoce el secreto de encerrar lo universal en un camafeo. Y además se le asemeja en que ese otro también amaba el susto. ¡ Qué digo ! Gustaba los sortilegios para habérselas con los demonios en el Coliseo de Roma como aquella noche que él rememora. Aquella terrible noche con el nigromante infernal.

Y ahora no es él quien dice : ¡ Mirad el sol ! ¡ Mirad la luna !... Reconoced al arco iris. Somos nosotros al descubrirlos en sus obras.

DISCURSO DE DON JORGE LUIS BORGES

EN SU RECEPCIÓN ACADÉMICA

En la segunda mitad del siglo XIX, dos escritores justiciéramente famosos, Renán y Matthew Arnold, dedicaron penetrantes estudios al concepto de una academia y a las literaturas célticas. Ahora bien, ninguno de ellos señaló la curiosa afinidad que presentan estos dos temas y, sin embargo, esa afinidad existe. Algunos amigos míos, cuando leyeron el título de la clase, no conferencia o discurso de hoy, *El concepto de una Academia y los celtas*, creyeron en una arbitrariedad mía, pero creo que puede justificarse esta afinidad y que esa afinidad es profunda. Empecemos por la primera parte, el título; empecemos por el concepto de una academia. ¿En qué consiste este concepto? En primer término, pensaríamos en la policía del lenguaje, en las autorizaciones o prohibiciones de palabras, todo esto es bastante baladí, ya lo sabemos todos, pero podemos pensar también en aquellos primeros individuos de la Academia Francesa que celebraban reuniones periódicas. Aquí tenemos también otro tema; el tema de la conversación, del diálogo literario, de la discusión amistosa, de la comprensión de los hechos literarios y la poesía, y el otro aspecto de la Academia, que sería, quizá, el esencial; la organización, la legislación, la com-

prensión de la literatura. Y creo que esto es lo más importante. La tesis que voy a difundir hoy o, mejor dicho, el hecho que quiero recordar hoy es la afinidad de estas dos ideas; idea de Academia y el mundo de los celtas. Pensemos en primer término en el país literario por excelencia; ese país es, evidentemente, Francia, y la literatura francesa está no sólo en los libros franceses, sino en su mismo idioma, de suerte que bastaría hojear un diccionario para sentir esa intensa vocación literaria de la lengua francesa. Veamos: en español decimos arco iris, en inglés se dice rainbow, en alemán regenbogen, arco de la lluvia. ¿Qué son estas palabras junto a la tremenda palabra francesa, vasta como un poema de Hugo y más breve que un poema de Hugo, *arc-en-ciel*, que parece elevar una arquitectura, un arco en el cielo?

En Francia la vida literaria existe, no sé si de un modo más intenso, que esto ya sería entrar en el misterio, pero sí de un modo más consciente que en otros países. Uno de sus periódicos, titulado *La Vie Litteraire*, interesa a todos. En cambio, aquí, los escritores somos casi invisibles; escribimos para nuestros amigos, lo cual puede estar bien. Cuando se piensa en la Academia Francesa, esa Academia por excelencia, suele olvidarse que la vida literaria de Francia corresponde a un proceso dialéctico, es decir, la literatura se hace en función de la historia de la literatura. Existe la Academia que representa la tradición, y además la Academia Goucourt y los cenáculos que son academias a su vez. Resulta curioso que los revolucionarios acaban por ingresar en la Academia, es decir, que la tradición va enriqueciéndose en todas las direcciones y en todas las evoluciones de la literatura. En algún momento hubo oposición entre la Academia y los románticos, luego entre la Academia y los par-

nasianos y simbolistas, pero todos ellos forman parte de la tradición de Francia, que se enriquece así mediante ese movimiento dialéctico. Además hay como un equilibrio, es decir, los rigores de la tradición están compensados con las audacias de los revolucionarios, cosa que todos ellos saben muy bien ; por eso hay en aquella literatura más exageraciones de seguridad de extravagancia que en ningún otro, y esto ocurre porque cada uno cuenta con su adversario, de igual manera que el ajedrecista cuenta con el competidor que juega con sus piezas de otro color. Ahora bien, yo diría que en ninguna parte del mundo la vida literaria ha sido organizada de una manera más rigurosa que entre las naciones célticas, lo que trataré de probar, o mejor dicho, de recordar.

Hablé de la literatura de los celtas ; el término es vago. Estos habitaban, en la antigüedad, los territorios que un remoto porvenir llamaría Portugal, España, Francia, las Islas Británicas, Holanda, Bélgica, Suiza, Lombardía, Bohemia, Bulgaria y Croacia, además de Galacia, situada en la costa meridional del Mar Negro ; los germanos y Roma los desplazaron o sojuzgaron en arduas guerras. Ocurrió entonces un acontecimiento notable. Así como la genuina cultura de los germanos logró su máxima y última floración en Islandia, en la *Ultima Thule* de la cosmografía latina, donde la nostalgia de un reducido grupo de prófugos rescató la antigua mitología y enriqueció la antigua retórica, la cultura celta se refugió en otra isla perdida, en Irlanda. Poco o nada podemos conjeturar de las artes y letras de los celtas en Iberia o en Galia ; las tangibles reliquias de su cultura, sobre todo en lo lingüístico y literario, deben buscarse en los archivos y bibliotecas de Irlanda y del país de Gales.

Renán, aplicando una sentencia famosa de Tertuliano, escribe que el alma celta es naturalmente cristiana; lo singular, lo casi increíble, es que el cristianismo, que con tanto fervor han sentido y sienten los irlandeses, no borró en ellos la memoria de los repudiados mitos paganos y de las arcaicas leyendas. Por César, por Plinio, por Diógenes Laercio y por Diodoro Sículo sabemos que los galos estaban regidos por una teocracia, los druidas, que administraban y ejecutaban las leyes, declaraban la guerra o proclamaban la paz, deponían, según su arbitrio, a los soberanos, nombraban anualmente a los magistrados y tenían a su cargo la educación de los jóvenes y la celebración de los ritos. Practicaban la astrología y enseñaban que el alma es inmortal. César les atribuye en sus « Comentarios » la doctrina pitagórica y platónica de la transmigración. Se ha dicho que los galos creían, como casi todos los pueblos, que la magia puede transformar a los hombres en animales y que César, traicionado por el recuerdo de sus lecturas griegas, tomó esa creencia supersticiosa por la doctrina de la purificación de las almas a través de agonías y encarnaciones. Más adelante, sin embargo, veremos un pasaje de Taliesin, cuyo indiscutible tema es la transmigración, no la licantropía.

Lo que nos importa ahora es el hecho de que los druidas estaban divididos en seis clases, la primera de las cuales era la de los bardos, y la tercera, la de los vates. Siglos después, esta jerarquía teocrática sería el remoto pero no olvidado modelo de las academias de Irlanda.

En la Edad Media, la conversión de los celtas al cristianismo redujo a los druidas a la categoría de hechiceros. Uno de sus procedimientos era la sátira, a la cual se atribuía poderes mágicos, verbigracia la aparición de ronchas

en la cara de las personas aludidas por el satírico. Así bajo el amparo de la superstición y del temor, se inició en Irlanda el predominio de los hombres de letras. Cada individuo, en las sociedades feudales, tiene un lugar preciso; incomparable ejemplo de esta ley fueron los literatos de Irlanda. Si el concepto de academia reside en la organización y dirección de la literatura, no se descubrirá en la historia país más académico, ni siquiera Francia o la China.

La carrera literaria exigía más de doce años de severos estudios, que abarcaban la mitología, la historia legendaria, la topografía y el derecho. A tales disciplinas debemos agregar, evidentemente, la gramática y las diversas ramas de la retórica. La enseñanza era oral, como corresponde a toda materia esotérica; no había textos escritos y el estudiante debía cargar su memoria con todo el *corpus* de la literatura anterior. El examen anual duraba muchos días; el estudiante, recluso en una celda oscura y provisto de alimentos y de agua, tenía que versificar y memorizar determinados temas genealógicos y mitológicos en determinados metros. El grado más bajo, el de *oblaire*, postulaba el conocimiento de siete historias; el más alto, el de *ollam*, el de trescientas sesenta, correspondientes a los días del año lunar. Las historias se clasificaban por temas: destrucciones de linajes o de castillos, cuatreras, amores, batallas, navegaciones, muertes violentas, expediciones, raptos e incendios. Otros catálogos incluyen visiones, acometidas, levadas y migraciones. A cada uno de los grados correspondían ciertos argumentos, ciertos metros y cierto vocabulario, a que debía limitarse el poeta so pena de castigo; para los más altos, la versificación era muy compleja y comportaba la asonancia, la rima y la aliteración. A la mención

directa se prefería un sistema intrincado de metáforas, basadas en el mito o en la leyenda o en la invención personal. Algo parecido ocurrió con los poetas anglosajones y, en mayor grado, con los escandinavos; la singular y casi alucinatoria metáfora *tejido de hombres*, por batalla, es común a la poesía cortesana de Irlanda y de Noruega. A partir del noveno grado los versos resultaban indescifrables, a fuerza de arcaísmos, de perífrasis y de laboriosas imágenes; una tradición ha guardado la cólera de un rey, incapaz de entender los panegíricos de sus doctos poetas. Esta oscuridad inherente a toda poesía culta acarreó la declinación y finalmente la disolución de los colegios literarios. También es lícito recordar que los poetas constituían un pesado gravamen para los pobres y pequeños reinos de Irlanda, que debían mantenerlos en el ocio o en el goce creador.

Diríase que tanta vigilancia y tanto rigor acabarían por ahogar el impulso poético; la increíble verdad es que la poesía irlandesa es pródiga de frescura y de maravilla. Tal, por lo menos, es la convicción que han dejado en mí los fragmentos citados por Arnold y las versiones inglesas del filólogo Kuno Meyer.

Todos ustedes recordarán poemas en que un poeta rememora sus encarnaciones anteriores; tenemos a mano uno espléndido de Rubén Darío:

Yo fui un soldado que durmió en el lecho
de Cleopatra, la reina...

y luego aquello de:

¡ Oh la rosa marmórea omnipotente !

Y tenemos ejemplos antiguos, como el de Pitágoras, que declaró haber reconocido en otra vida el escudo con el cual combatió en Troya.

Veamos ahora qué hizo Taliesin, el poeta galés del siglo vi de nuestra era. Taliesin recuerda hermosamente haber sido muchas cosas; nos dice: he sido un jabalí, un jefe en la batalla, una espada en la mano de un jefe, un puente que atraviesa setenta ríos, estuve en Cartago, en la espuma del agua; he sido una palabra en un libro, he sido un libro en principio. Es decir que estamos ante un poeta perfectamente consciente, digamos, de los privilegios, de los méritos que puede dar este tipo de diversión incoherente. Yo creo que Taliesin debió de querer ser todas estas cosas; pero supo que una lista, para ser bella, tiene que constar de elementos heterogéneos, y así recuerda haber sido una palabra en un libro y un libro en un principio. Y hay muchas otras hermosas imaginaciones celtas; por ejemplo, la de un árbol, verde por un lado y por el otro ardiendo, como la zarza ardiente, con un fuego que no lo consume, y cuyas dos partes conviven.

Además de los siglos heroicos, de los siglos mitológicos, hay en la literatura culta un asunto que nos interesa especialmente, y son las navegaciones. Uno de los temas que los poeta tenían que tratar eran las navegaciones, ya que las trescientas y tantas leyendas se dividían en historias de conquistas; en historias de cuatrería o de teatro, en historias de raptos, en historias de cavernas, en historias de ciudades, en historias de peregrinaciones, en historias de raptos y en historias de viajes.

Vamos a detenernos es estas últimas. Los irlandeses imaginaban los viajes hacia el oeste, es decir, hacia el poniente, hacia lo desconocido, diríamos ahora, hacia América. Voy a referirme a la historia de Conn.

Conn es un rey de Irlanda; se lo llama Coon de las cien

batallas. Una tarde sentado con su hijo, mirando la puesta del sol desde una colina, de pronto oye que su hijo habla con lo invisible y lo desconocido. Le pregunta con quién está hablando, y entonces sale una voz del aire, y esa voz le dice: Soy una hermosa mujer; vengo de una isla perdida de los mares occidentales; en esa isla se ignoran la lluvia, la nieve, las enfermedades, la muerte, el tiempo; si tu hijo, de quien estoy enamorada, me acompaña, él no conocerá nunca la muerte y podrá reinar solo entre personas felices. El rey llama a sus druidas — porque esta leyenda sería anterior al cristianismo, aunque la conservaron los cristianos — y los druidas cantan para que la mujer calle. Ella, desde lo invisible, le arroja una manzana al príncipe, y desaparece. Durante un año, el príncipe no prueba otra cosa que esa inagotable manzana, y no tiene hambre ni sed, pero sigue pensando en esa mujer, que nadie ha visto. Cuando ella vuelve al cabo de un año, la ve, se embarcan juntos en una nave de vidrio y se pierden navegando hacia el poniente.

Y aquí la leyenda se bifurca; una de las versiones dice que el príncipe no volvió nunca; otra, que volvió después de muchos siglos y reveló quién era; la gente lo miró incrédula y le dijo: Sí, Conn, hijo de Conn el de las cien batallas. Una leyenda relata que se perdió en los mares, y que al saltar a tierra y tocar suelo de Irlanda, cae hecho cenizas, porque uno es el tiempo de los dioses y otro el tiempo de los hombres.

Recordemos otra historia análoga. La historia de Abraham. Abraham es hijo de un rey, como todos los protagonistas de sus historias. Mientras camina por la playa oye de pronto una música detrás de él y se da vuelta; pero siempre la música está detrás de él. Esa música es muy dulce:

quédase dormido, y cuando se despierta, encuentra que tiene en la mano una rama de plata con flores que podían ser de nieve, salvo que son vivas. Al llegar a su casa encuentra a una mujer, quien le dice, como al otro hijo de rey, que está enamorada de él. Entonces Abraham la sigue. La rama de plata nos recuerda la rama dorada de la Eneida; y luego la historia es la de los viajes de Abraham. Se dice que él navega por el mar y que ve a un hombre que parece caminar sobre las aguas y está rodeado de peces, de salmones. Ese hombre es un dios celta, y mientras el dios está caminando por el mar y rodeado de salmones, recorre simultáneamente la pradera de su isla, rodeado de ciervos y corderos; es decir, hay como un doble espacio, como un doble plano en el espacio; el rey está sobre las aguas, para el príncipe, y está sobre la pradera de su isla.

Existe una fauna curiosa en esas islas: dioses, pájaros que son ángeles, laureles de plata y ciervos de oro, y hay también una isla de oro elevada sobre cuatro pilares y que se elevan, a su vez, sobre una planicie de plata, y tenemos un tiempo distinto. La maravilla más asombrosa se produce cuando Abraham recorre esos mares occidentales, alza los ojos y ve un río, un río que corre por el aire, que fluye por el aire, sin volcarse, y en el que hay peces y naves y todo esto está religiosamente en el cielo.

Algo diré ahora acerca del sentido del paisaje en la poesía celta.

Matthew Arnold en su admirable estudio sobre la literatura celta dice que el sentido de la naturaleza, que es una de las virtudes de la poesía inglesa, se debe a los celtas. Yo diría que también los germanos sintieron la naturaleza. El mundo es, desde luego, distinto, porque en la antigua poe-

sía germánica, lo que se siente ante todo es el horror de la naturaleza ; las ciénagas y las selvas y los crepúsculos de la tarde, están poblados de monstruos ; se llama *Horror a la noche*, al dragón, horror del crepúsculo manchado. En cambio, los celtas también sintieron la naturaleza como algo vivo, pero sintieron también que esas presencias sobrenaturales podían ser benignas ; es decir, el mundo fantástico celta es un mundo de demonios y de ángeles. Podíamos hablar del otro mundo ; esta frase, muy común ahora, creo que aparece por vez primera en Lucano, al referirse a los celtas.

Todos estos hechos que he señalado se prestarían a muchas observaciones. Explicarían, por ejemplo, el auge de la Academia en un país como Francia, país de raíz celta ; explicarían la ausencia de Academias en un país profundamente individualista como Inglaterra. Pero todas estas conclusiones podrán sacarlas ustedes mucho mejor que yo. Básteme ahora haber señalado ese curioso fenómeno de una legislación de la literatura en la isla de Irlanda.

DISCURSO DE DON ARTURO CAPDEVILA

EN LA RECEPCIÓN ACADÉMICA
DE DON FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

Fue el campo de la Cinegética el que nos dió, en el caso de la interpretación de Borges, la justa clave reveladora. Para la exégesis de Bernárdez es la idea de peregrinación la conveniente guía: concepto que dice tanto como ruta más allá de los confines nativos y tanto asimismo como camino de santuarios. El afán religioso, por eso, mueve siempre al peregrino, inconfundible, con su bordón, con su esclavina y su sombrero de anchas alas. Ved ahí el romero, o sea al peregrino que va a Roma. Ved ahí al palmero, o sea al que vuelve de Tierra Santa con la palma demostrativa. Todos anduvieron de peregrinación. Mas el peregrino por excelencia es el que va a Santiago de Compostela, que es adonde una y otra vez irá en peregrinación Francisco Luis Bernárdez.

¡ Santiago ! ¡ Todo lo que fuiste tú, sublime Apóstol, en tu santuario compostelano desde remotos siglos ! Esperanza y Amor. Fuerza y Victoria. Y el Año Mil, acabamiento del mundo y Terror. Allá te vieron, Santiago Apóstol, como un jinete del Apocalipsis, volar desde el cabo Finisterre hacia

el océano. Mas, como eres, además, un numen de belleza, mediste los espacios, contemplaste a las gentes, viste que el mundo es bello y el hombre fácil a la bondad, y pediste a los grandes cielos la prosecución de los días. Finalmente se apaciguó el Año Mil y fue como si en Galicia resucitara la Tierra.

Dicho esto entraríamos al punto a reseñar el itinerario de las peregrinaciones de Bernárdez, si antes no considerásemos necesario ponernos de acuerdo acerca del orden de los tiempos en la vida del hombre, que a nuestro juicio deben contarse como las estaciones del año en el hemisferio boreal, donde nació su cómputo. Porque, en verdad, la infancia no es la primavera sino el invierno de la existencia, que dará nacimiento a la primavera de la mocedad, como ésta engendrará el estío fructuoso de la juventud, hasta que, por último, reine el otoño, que bien puede ser otoño en flor...

Y ahora sí entremos en la ruta del poeta Bernárdez. A los seis años, que es decir a los umbrales de la puericia o segunda infancia, acontece su inicial encuentro con el mar en su primer viaje a España, que algo debió dejarle en la hondura de lo subconsciente, de igual modo que a su retorno unos meses después: algo de aquel infinito, algo de aquella circunferencia perfecta de la inmensidad en que el viajero es su centro. ¿No empezaron allí y entonces las relaciones con Dios del que sería más tarde el admirable cantor de muchos de los divinos misterios?

Después, a los dieciséis años, esto es a los umbrales de la adolescencia, ha de cumplir su segundo viaje a España, mas ahora bajo el signo de la primera Gran Guerra, al azar de terribles vicisitudes. Viaje en que un submarino británico

detiene al buque para inspeccionarlo por si llevase carga para el enemigo. Inspección y final pasavante. Viaje decisivo aquél para el alma del poeta. Viaje de la inquietud constante, en que bien se quisiera contar con alguna seguridad absoluta. Viaje, además, en que la dulce madre se va debilitando y que seguirá extenuándose en su materna Galicia hasta morir allá y quedarse durmiendo para la eternidad bajo una losa en el atrio de la iglesia gallega de Santa María de Amarante. Se comprende muy bien que desde esa hora de tan mal comenzada primavera se eche el poeta a buscar por los senderos de la fe la primavera que no logra hallar.

Sigamos. A los umbrales de la juventud, es decir a los floridos veinte años, cumplirá Bernárdez su tercera travesía marítima rumbo a España, donde permanecerá todo un lustro; el lustro de su formación literaria y de sus más detenidos estudios. Ya volveremos a este lapso fundamental, para determinarnos en él.

Ahora nos conviene llegar a 1926 que es cuando se halla en la plenitud juvenil, para verle en su cuarta travesía rumbo a la Península, mas como puerta de Europa, ya que en esta oportunidad llegará a Francia, a Bélgica, a Portugal.

Finalmente, en 1956, atravesará por la quinta vez el océano, siempre con rumbo a la Madre Patria, como consejero cultural de nuestra embajada en Madrid hasta cubrir allí los años reglamentarios y algo más.

Pero volvamos al tercero de sus viajes, por ser el que más importa para su destino de escritor. Porque es el tiempo de lo que llamaremos el Consistorio de la Gaya Ciencia y del cabal aprendizaje de sus modos de expresión. ¿Como en la España de Don Enrique de Villena? ¿Y por qué no?

Siempre hay comarcas en el mundo de la cultura donde es como una devoción el arte de trovar. Nunca, nunca se cerraron — ni se habrán de cerrar — los colegios de trovadores, esos pitagóricos del verso; del verso que es número y se hace forma en la estrofa: una forma que canta.

Bernárdez arriba en hora de contienda. Se renegará de todo eso. Ninguna cuestión quedará fuera: ni de forma ni de fondo. Bernárdez está rodeado seguramente de iconoclastas que proclaman la vacía artificiosidad del verso y la vanidad de su música. En adelante no habrá ni metro ni rima sino arbitrarios renglones libres. Homero, Virgilio, Dante estuvieron completamente equivocados. ¡Piadoso olvido con ellos!

¡Oh cielos! La antigüedad acuñó una frase bellísima, síntesis de un concepto superior: *Reunir los miembros de Osiris*... Reunirlos para resucitar al dios de la luz, descuartizado por la envidia de su hermano Tifón. (Y así, lo terrible de la lucha estriba en la divina consanguinidad de Tifón con el dios).

Conjeturamos una dolorosa pugna en el ánimo de Bernárdez. ¿Estará él también por la abolición del metro y de la rima? Los evangelistas de la destrucción no carecen de argumentos. Y, a la verdad, él mismo está buscando una medida mayor para ciertos temas. Búsqueda que más bien fue llamamiento, dado el inmediato hallazgo: ese agrupamiento en inesperada conjunción de versos de nueve y de trece sílabas, en que saca triunfante una medida siempre indócil. Con esto, Bernárdez pacifica sus inquietudes en la música, en el número, en la ley, como un buen amigo del orden interno y externo en la libertad de la estrofa. Y no es sino por la razón suprema que da Goethe en su doctrinaria

farsa *Lo que traemos*, donde enseña : « El que algo grande pretende, debe reconcentrarse. En la limitación es donde se acredita el maestro, conector de que solamente la ley puede darnos la libertad ». Precisa concepción en que se nos muestra cómo la limitación del verso es, para el poeta, justa armonía de libertad e infinito. En los perpetuos Juegos Florales del nunca clausurado Consistorio de la Gaya Ciencia, Bernárdez se ganó, con el hallazgo de su estrofa, el más luciente laurel.

No era, sin embargo, todo lo que necesitaba encontrar. El litigio por las formas quedaba terminado. Faltaba, empero, lo principal ; y más para un peregrino : ¿ el de decir peregrinades y rarezas del camino, o el hablar de manera tal que pudiese escucharlo Santiago Apóstol ? No pongo en duda que hacia ese tiempo en que todos iban al Siglo de Oro en busca de preciosismos conceptistas, él se dijo que no : que no era eso lo que buscaba. Y de pronto, he ahí la voz de un ser angélico ; un alma del Señor que le atrae :

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡ oh dichosa ventura !
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

Sí, sí. Es fray Juan de la Cruz, ese mismo fraileco — o santico — el que le señala senda segura al nuevo gran poeta religioso, diciéndole : — Es por aquí, Francisco Luis, por donde irás. Ya tu alma está pronta.

Y él ve que es verdad. Primero fue el mar, ese espejo de la eternidad : el mar, cinco veces contemplado hasta entonces. Luego, Galicia. ¿ Galicia, con la pluralidad encantadora de

sus ensueños supersticiosos, con las meigas, con Rabeno, con los nubeiros, con la santa compañía? Nada de eso. Bernárdez, bien diferente de Borges, no ama los sustos. Busca, en cambio, la paz y los consuelos por los muchos sustos de la vida. Pero ya todo estaba hecho en su alma. Había sucedido en ella como con las rías gallegas. La fe vino a él como entra el mar en la tierra galaica y empieza a formar como golfos y patios azules. Por eso la duda no cabe en el alma de Bernárdez. Le pasa como a las rías, que no juegan a río dulce o mar salada sino que son el propio mar hecho escondida paz.

Su fe es claridad y belleza. Como el arte místico de los siglos. Como los ornamentos. Como el coro de las plegarias. Y un día todas esas formas se dirigen también a él para instarle: ¿Por qué no cantas todo esto, pues lo llevas contigo? Y Bernárdez eleva su canto religioso. Su canto católico, apostólico, romano. Y canta con toda su alma. Así acabamos de saber quién era... Sabemos que Sócrates a cierto joven que en su redor permanecía en silencio, le conminó a que hablase, diciéndole: — ¡Habla para que te vea! De igual modo, cantó Bernárdez sus cantos de amor a los dulces misterios de Dios, y la gente, que ya veníale escuchando deleitosamente, se detuvo prestando religiosa atención, como de noche en nuestras sierras cordobesas se atiende al claro eco de una fuente.

Pues bien: lo nuevo, lo perfectamente nuevo que trae Bernárdez a la poesía argentina, y aun a la americana y española, es el canto católico, puntualmente ortodoxo. Aunque parezca extraño es así. Diré más. En la poesía argentina lo normal es la ausencia de Dios. No se debe olvidar una excepción, sin embargo: el canto de Almafuerte,

el de las batallas por su chusma, en el divino Nombre. Pero ¿qué es realmente Almafuerte? ¿Un poeta místico? No. En cambio, sí, una tempestad profética.

Y ahora, por fuerza, debo hablar de mí. Porque en mi obra no faltó nunca el amor, el dolor, la pasión de Dios como certidumbre central de mi vida. Ahí están para certificarlo dos de mis últimos libros: *El Libro del Bosque y Tiempo Santo*. Dejad que me glorie de esta hermandad con Bernárdez. Pero ¡ con cuánta diferencia de realización! ...

No lo discutamos. Todo el canto de Bernáadéz, que llamaremos profano, toca en lo excelente. Pero es tan alto el otro canto — el puramente religioso — que caemos en la injusticia de traerlo a primer plano.

¿Cómo llegó Bernárdez a estas sus máximas realizaciones poéticas? Sencillamente porque buscaba henchirse de paz y de inocencia. Veamos cómo aconteció con su primer poema místico *El Buque*. La Soledad, esposa del Silencio — nos dice —, gobierna toda cosa en la noche. Se inició el portento con algo que semejaba una estrella; pero no lo es. ¿O será un pájaro? Tal vez lo sea, porque canta. Mas tampoco es un pájaro, sino un barco de vela « que por el cielo solitario vuela ». Es un buque perfecto. Cualquiera otro sería defectuoso. ¿Hay alguien dentro? En vano espía el cantor de Dios. El barco está vacío. Lo sabe al recorrerlo. ¿Quién, sin embargo, canta allí? ¿Y quién le nombra? ¿Y cuál voz doctísima le instruye, hablándole de la verdadera vía que lleva a la verdadera luz? El cantor de Dios abandona la nave, opulento de gracia. Y, consumado el misterio, la sacrosanta nave gana de nuevo la celestial esfera.

El segundo poema misterioso es *El Ángel de la Guarda*.

Nada con más fuerza de certidumbre que su manera de narrar. Lo extraordinario se torna irrecusable. Fue por Nochebuena. La luna brilla maravillosamente. La casa, el aposento, la mesa, todo desvaneciase en medio de un aroma leve y puro. ¿Y qué pasó? Primero es una luz que se condensa, y luego el Ángel que surge como de imprecisa niebla. Es su dulce guardián. Es su fiel amigo y el guía seguro para la bienaventuranza eterna.

He aquí, finalmente, *La Flor*. Está cayendo la tarde. La luz se va sin consuelo. Mirando el misterio de la noche, advierte el poeta que está descendiendo una estrella sobre la dormida extensión. ¿Qué era esa refulgencia? Ya no un ángel. Ahora es una flor. Mas tan grande que tiene puertas como las casas. La confianza nace en el cantor de las cosas de Dios; de modo que, pasando bajo un dintel, se aventura, flor adentro, por corredores como de laberinto. Así llegó al umbral de un santuario, donde hubo de notar que se alzaba allí una como soñada doncella que le sonríe. Era la Divina Señora: la Flor de las flores.

El cantor de las cosas de Dios narra con pormenores estas aventuras sobrenaturales de su alma. ¿Diremos que son meramente ensueños poéticos? Sí. Pero ensueños vividos, de por sí superiores a la vida cotidiana; vividos en plano mucho más intenso que el de la regular existencia. Apartemos la idea de *ficción* poética. Es *realidad* poética lo que debemos decir. No, no se equivocaban los rústicos de Florencia señalando a Dante: — ¿Veis? Aquél es el que anduvo por el Infierno... Decían una gran verdad y también la digo yo diciendo que de veras vivió Bernárdez, con intensísima vida, esos trances sobrenaturales de sus poemas místicos.

Termino. Este peregrino de tantas peregrinaciones y peregrinidades, este singularísimo amigo de los más santos lugares, viene a reconocer ahora, al disponerse a hablarnos de Mitre, que él nació y se crió casi a la sombra de ese santuario cívico de la casa del prócer. Era lo justo reconocerlo ahora y aquí.

¡ Bienvenido sea a la Academia Argentina de Letras este raro amigo de los dulces misterios del Señor !

DISCURSO DE DON FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

EN SU RECEPCIÓN ACADÉMICA

Gracias, primeramente, a don Arturo Capdevila, cuya infatigable generosidad acaba de ponerse de manifiesto en las palabras que le hemos escuchado. Las recibo como de quien vienen, es decir, de un amigo que, más que amigo, ya representa, para mí, una especie de ángel de la guarda suplementario, con lo cual vengo yo a parecerme a quienes, como los obispos, necesitan doble asistencia de esta clase. Y no digo más, puesto que todos sabemos hasta qué punto llega, siempre que las contingencias de la vida de un colega lo requieren, la delicadeza de un hombre en quien el formidable talento es inseparable de la inextinguible solidaridad con el prójimo. Gracias, también, a esta honorable corporación académica, que me recibió en su seno hace catorce años y a la que no pude incorporarme solemnemente hasta hoy, no por falta de deseos, ciertamente, sino por circunstancias entre las que habría que computar, sin duda, esa permanente inestabilidad que caracteriza, en la Argentina, la existencia de quienes han abrazado la dura profesión de las letras, inestabilidad que, en mi humildísimo caso particular, se vio suscitada por enfermedades, dictaduras, destituciones, pobreza, viajes y demás formas de una realidad

cuya insegura condición creo haber vivido con algún provecho para lo que esencialmente importa, ya que me permitió conocer desde temprano el verdadero rostro de un mundo sobre el que no hubiera sido prudente forjarse demasiadas ilusiones. Y gracias, finalmente, a quienes han venido a presenciar y prestigiar este acto, atraídos tal vez por la secreta convicción de que, en medio de la profunda crisis que padecemos, la Academia Argentina de Letras, junto con algunas otras instituciones de naturaleza igualmente desinteresada, constituye uno de los pocos baluartes defensivos, uno de los escasos lugares de reserva, uno de los contactados sitios en que el espíritu del país, en lo que él tiene de más puro y genuino, se recoge y se acendra, a la espera del instante en que el contorno social vuelva a reunir las condiciones necesarias para recibirlo sin menoscabo de su fuerza expansiva. Y ahora, dos indispensables recuerdos. Uno para Carlos Guido y Spano, y otro para Leopoldo Díaz, poetas que, a su hora y según su peculiar entendimiento estético, enriquecieron positivamente la poesía argentina. El primero de ellos da su ilustre nombre a mi sillón académico, muchísimos años después de haber puesto alas, bajo el inolvidable sol de Juncal y Basavilbaso, al dulce pupitre escolar en que yo leía versos tan limpios como los que dicen :

He nacido en Buenos Aires.
 ¿Qué me importan los desaires
 Con que me trata la suerte ?
 Argentino hasta la muerte.
 He nacido en Buenos Aires.

O estrofas tan nobles como la que canta :

Bella es la vida que a la sombra pasa
 del heredado hogar. El hombre fuerte,

contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.

Con respecto al autor de *La Cólera del Bronce*, escritor y diplomático de quien heredé el sitio que ocupo, quiero señalar lo que manifesté en ocasión del centenario de su nacimiento, cuando en la reunión conmemorativa que nuestra corporación le consagró hace muy poco, me referí al capitalísimo papel desempeñado por su poesía en el período que media entre las últimas luces del post-romanticismo y los primeros albores de la revolución rubendariana, lapso que este lúcido discípulo de Heredia llenó con una obra lírica en que la olímpica serenidad de la forma y la clásica compostura del mensaje así transmitido no eran sino el fruto de la más alta concepción de la existencia y del arte. Satisfechas estas deudas de honor, permitidme que me contraiga al tema sustantivo de este discurso, es decir, a Mitre. Al elegir esta preclara personalidad para eje de mi disertación tuve en cuenta: primero, la actualidad que en estos días de octubre de 1962 le da la celebración del centenario de su extraordinaria Presidencia; en seguida, lo muchísimo que le debe la cultura representada por la Academia Argentina de Letras; y, principalmente, lo que en él y en su obra hay de lección aplicable al peligroso momento que la República está viviendo. Por esto, señoras y señores, he puesto hoy mis ojos en el historiador, en el poeta, en el periodista, en el traductor, en el filólogo, en el estadista, en el soldado y primordialmente en el hombre y en el ciudadano que a lo largo de una vida admirable tuvo por norte de sus sueños y de su acción la unidad de su patria y la prosperidad de su pueblo, todo ello con arreglo a los ideales de libertad, de

grandeza y de justicia que desde Mayo nos dan sentido histórico y razón de existencia. Y ya comienzo.

Yo nací a muy pocas cuadras de la casa del general Mitre, en un barrio donde la figura del patricio era prácticamente el eje cordial. Con la mansa puntualidad de los broncees de la Mérced, que hacia fines de siglo todavía no habían sido sofocados por el estridor bancario y bursátil de una zona hoy sólo atenta al vozarrón de Mercurio, el glorioso ciudadano del chambergo y el cigarro ya casi institucionales recorría, a la mañana y a la tarde, las calles de costumbre. Iba por San Martín, subía por Corrientes, torcía hacia el Norte en Florida (cuando no en Maipú), bajaba por Viamonte hasta el Paseo de Julio, y metiéndose por aquellas hormigueantes recovas, llegaba a Cuyo o a La Piedad y, repechando la barranca correspondiente, volvía hacia los patios y los libros hogareños por entre el respetuoso afecto de quienes lo veían pasar, con su aire lejano pero muy bondadoso, envuelto en una paz que tenía algo de bendición cada vez que, para corresponder a un saludo, llevaba pausadamente al popular sombrero la mano envejecida en la noble tarea de hacer grande a un país. De más está decir que éstas son cosas que me contaron mucho más tarde. Cuando el prócer murió mis años no llegaban a seis, edad insuficiente para registrar recuerdos de tanta cuenta y razón, pero no para conservar el que dejó bien grabada en mi memoria la imagen de alguien entrañablemente allegado al venerable vecino de mi barrio natal, como comprobaréis ahora mismo, cuando os cuente que, yendo yo a Europa, o regresando de allá en el mismo luctuoso año de 1906, me tocó llevar, con otros niños del pasaje, pesadísimo ramo de flores a un caballero muy alto, muy delgado y muy pálido que, vestido de obs-

curo, y ceñido el cuello por un pañuelo de seda blanca, nos aguardaba sonriente en la penumbra de su camarote para darnos las gracias entre suaves consejos paternales. Era nada menos que Emilio Mitre muy poco antes de consumirse en su propio fuego, tras una vida cuya leal consagración al progreso de su tierra había servido para convertir en obras de cuño modernísimo la formidable ambición de bien nacional que, con la sangre y el apellido, había recibido honrosamente de su padre. Aquella melancólica escena, vivida (si mal no recuerdo) en el vapor Aragón, marca el comienzo de mi vinculación sentimental con un nombre y un espíritu que, andando los años, no hizo más que fortalecerse. Porque, desde entonces, Mitre y su prolongación palpitante en el tiempo, es decir, el diario *La Nación*, estuvieron asociados, siempre de algún modo memorable, a los principales pasos de mi modesta carrera literaria. En las páginas, grandes como sábanas, de un periódico que para mi padre era una especie de oráculo, aprendí a deletrear, descubriendo al mismo tiempo, y entre noticias esperanzadas o catastróficas, la ambivalencia de una realidad cuya trágica inconstancia ya empezaba a afligirme. Y en los tomos de una biblioteca que la empresa de aquel periódico editaba e imprimía con su propio nombre me asomé al mundo de las letras, y principalmente al de los clásicos castellanos, que más tarde iba a ser el sitio de clima espiritual más adecuado a mi complejión sentimental y artítica. Aquella colección me puso en fecundo contacto con las creaciones y los creadores que más honda huella habrían de dejar en mi mente: desde el *Lazarillo* hasta el *Quijote* y desde Quevedo hasta Larra. Y allí mismo me fue dado conocer, como primera gran obra de la literatura nacional, la *Historia de Belgrano y la independencia*

argentina, cuya lectura me permitió ampliar las noticias semifabulosas que acerca de su autor tenía yo por tradición doméstica, o sea de aquel respetable señor que años antes había ennoblecido con su patriarcal estampa las calles de la parroquia de Catedral al Norte, y que en aquel punto, que ya era el de su gloria ultraterrena, cedía democráticamente su efigie a las etiquetas de los más populares aperitivos y a los envases de las galletitas más acreditadas. Hace poco, leyendo interesantes reminiscencias de mi amigo Ricardo Sáenz Hayes, pude apreciar en qué medida fue grande el efecto producido en él por el descubrimiento del mismo libro. En lo que a mí concierne puedo decir que ninguno, salvo la *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, trabajo con el que Mitre completó el panorama histórico de nuestro continente en su siglo mayor, ninguno, repito, me reveló de manera más viva y emocionante el corazón de un hombre promovido por la Providencia para salvar en un momento dado la naciente libertad de un pueblo y el alma de un nación que en circunstancia decisiva de su incipiente historia cobra conciencia de sí misma y, arrastrada victoriosamente por quien entonces la encarna y la conduce, encuentra la verdadera razón de su existencia, pone fin a un período de vacilaciones y tanteos, y se dirige con una resolución que no temerá ninguna clase de sacrificios hacia la consecución cabal de su soberanía política.

De esta manera voy alcanzando la noción justa de lo que Mitre significa y representa intrínsecamente y con respecto a la República, no sólo como estadista sino también como historiador y como varón de arte, presente en poemas, en ensayos críticos, en disquisiciones lingüísticas, en algún relato, en traducciones inglesas, italianas, francesas y lati-

nas, y vivo en multitud de páginas donde la transparencia de la forma suele ir acompañada de ese calor y de esa luminosidad que sólo la sinceridad más pura es capaz de transmitir al estilo de un hombre. Y por este camino llego a la época de mi tercer viaje a España. Mi vocación es tan firme a la altura de aquellos días, que ya se resuelve en la publicación del primer libro. Los versos que lo componen no son muy famosos, por cierto. Pertenecen a la etapa que Alfonso Reyes solía llamar « la prehistoria del escritor », o sea el genesíaco instante en que los suelos del alma, fluctuando entre el estado líquido y el sólido, todavía no han adquirido la calidad y la seguridad que hacen posible la germinación normal de lo propio. Aquello era, y sigue siendo, muy poco o nada. Ya lo sé. Pero entre tanta insignificancia quizá se salve la dedicatoria que puse al frente de la sección que en aquel ingenuo volumen agrupaba composiciones de tema argentino. La ofrenda se dirigía a « La Nación », diario que mi nostalgia de entonces ya evocaba como una de las cosas más queridas y honrosas de la Patria distante. Y decir « La Nación » era decir Mitre, como muy bien pude atestiguarlo unos años más tarde, cuando, restituido yo a Buenos Aires, fui invitado por Alfonso de Laferrère a solaborar de manera regular en el suplemento literario que el periódico editaba y él dirigía. Los largos y densos 37 años que desde aquel día de julio de 1925 han transcurrido no han logrado desvanecer en mi memoria la juvenil emoción con que los viví. Era un sentimiento difícilmente explicable. Era como volver a un paraje entrañable o, mejor aún, como encontrar y reconocer, al fin, algo que, aunque muy personal y muy propio, no había podido ser vislumbrado ni recuperado hasta aquel preciso punto, y que resultaba, sin embargo, absolutamente

poseer para completar la fisonomía de la propia existencia, para coronar la platónica empresa de reconquistar el rostro del propio espíritu. En la noble casa de Mitre, y a la sombra de su venerado recuerdo, aquella suerte de anagnórisis por la que yo descubría y recobraba lo que era capital en mí, se armonizaba con una alegría cuya causa quizá naciese de sentirme yo, por obra de semejante acontecimiento, algo así como robustecido en voluntad patriótica, algo así como confirmado en límpida gracia nacional. Desde los retratos que bajo aquel hospitalario techo lo recordaban, el glorioso transeúnte de mi parroquia, el casi mítico personaje de quien en mi niñez tanto había oído hablar, volvía a ocupar su sitio en mi vida (que a la sazón era del mejor fervor juvenil), y en lo profundo de ella iba a constituir, junto con dos o tres seres memorables, uno de esos testigos que, vigilándonos desde el hondón de la conciencia, deploran las quiebras y celebran los triunfos de nuestra cotidiana conducta, contribuyendo así a forjar el difícil metal de nuestro carácter. Allí sigue estando aún. Y allí necesito que esté siempre, para seguir alimentando con su viva savia moral una voluntad de expresión, no sólo estética, que aquella tarde invernal de 1925 adquirió plena conciencia de sí misma y de las normas que en adelante se vería obligado a respetar y a cumplir. Para quienes nos hemos formado intelectualmente en la atmósfera de « La Nación », la presencia espiritual del hombre que le dió nacimiento es una circunstancia casi física, un hecho que no hace falta verificar, a fuerza de ser obvio como el aire o como la luz, pero que se siente sobre todo en forma de orgullo por lo que concierne al pasado y de estímulo por lo que atañe al porvenir; un hecho que, nutrido de esclarecidas memorias y abonado por ejemplos altísimos, infunde

fe en la validez del propio esfuerzo e inspira confianza en la nobleza de la comunidad para la que trabaja. Con su atuendo entre aristocrático y popular, en el que la severa solemnidad de la levita (generalmente entreabierta) sufre la democrática corrección del chamberguito criollo. Mitre se ofrece desde las fotografías familiares como la versión más fidedigna de una sencillez acentuada por detalles tan sugeridores como el que señala el pie ligeramente avanzado en actitud de descanso, y como el que insinúan las manos escondidas en los altos bolsillos del pantalón militar. Es la seria y viril sencillez de una sociedad educada en el respeto a las formas genuinas y en el amor a la más estricta sobriedad de maneras, amor y respeto cuya existencia tenía sin duda que deberse al sano aire moral que la Argentina de entonces respiraba y que hacía comunes y corrientes virtudes que hoy nos parecen altamente heroicas. Sólo teniendo en cuenta la salubridad ética de aquel medio social se explica, por ejemplo, que, al terminar su mandato, un Presidente de este país hubiese tenido que cancelar, por falta de dinero, la suscripción a su periódico habitual; y que, colocado en idéntica coyuntura, otro primer magistrado de aquellos días fabulosos se hubiese visto precisado a aceptar de la generosidad de Buenos Aires la casa que no había podido adquirir, no obstante haber sabido edificar un estado, glorificar una nación y conquistar la universal adhesión de su pueblo. Junto con el valor personal, la honradez fué el común denominador de aquellos robustos caracteres, en los que parecía prolongarse y resplandecer la austeridad republicana de la Roma mejor, y para los que la única recompensa digna de ser deseada y perseguida estaba constituida por el respeto final de los conciudadanos y, como decía Lugones, por la dignidad de la

obra misma. En lo referente al caso particular de Mitre cabría añadir que la virtud fué su modo natural de ser, su manera innata de conducirse y de actuar. De tal suerte que, proceder como procedía (es decir, con mesura y con tiento) no le costaba mayor trabajo : era, para él, como respirar. Algo vitalísimo, sí, pero casi involuntario o, si se prefiere la expresión, casi maquinal. Lo cual (valga la nota aclaratoria) no disminuye el mérito de tan armónica conducta, ya que aquel *habitus* benigno, ya que aquel bondadoso don naturalmente recibido del cielo tenía que andar mezclado, allá en lo hondo de su conciencia, con una porción de voluntad libremente dirigida hacia lo equilibrado y lo justo. La verdad es que lo que su carácter fué no da la impresión de haber sido la consecuencia de una larga y laboriosa lucha contra las fuerzas que suelen oponerse a su ordenada constitución y minifestación, sino el resultado de un proceso fácilmente desenvuelto y regulado, de un proceso parecido al que, comenzando en la fecundidad de la semilla, no llega a la bondad del fruto sino después de haber pasado por la caritativa belleza de la flor.

De tan sereno carácter no hubiera podido esperarse sino una acción igualmente serena, una acción en la que la fogosa pasión por la libertad y la justicia estuviese templada por el más reflexivo amor al orden, entendiendo esta palabra no en su sentido primario y policial (por supuesto) sino en su acepción ética y estética, o sea en la que considera a ese concepto como la proyección física e histórica de un equilibrio espiritual y eterno. En realidad de verdad, esto de amor al orden constituye una redundancia, ya que no a otra cosa que al orden más estricto y más alto puede tender todo amor que merezca el nombre de tal. La resuelta volun-

tad de orden que en todo momento caracterizó la actuación de Mitre se explicaría entonces teniendo en cuenta la naturaleza profundamente amorosa de un espíritu que ni en las más violentas pugnas de su tiempo se dejó manchar por el menor encono y que en los peligrosísimos instantes de cada triunfo supo considerar al adversario vencido no como a un enemigo a quien había que destruir sino como a un hermano con quien era preciso reconciliarse cuanto antes. Pero no sólo al orden tiende el amor, sino también a la unidad, según enseña la sabia doctrina platónica. Esto explicaría la obsesión de Mitre por la unión de su patria. Desde que asomó a la vida pública, el futuro vencedor de Pavón mostró en todo instante su permanente preocupación por lo que consideraba fundamental para el país, habida cuenta de su origen histórico, de su estructura étnica y social, y hasta de su fatal conformación geopolítica, todo lo cual determinaba claramente a la República como un organismo único e indivisible, como una entidad convivencial en la que la estrecha unión de la diversas partes constitutivas parecía condición ineludible de la supervivencia histórica. El unitarismo de Mitre no fué, por lo tanto, la consecuencia de una ciega pasión banderiza, sino el resultado de su lúcido amor a la tierra en que había nacido, sentimiento cuyo peso conatural lo arrastraba a postular y a exigir en beneficio de ella el desarrollo de un esfuerzo, que, arrancándola de la bárbara dispersión en que languidecía, la integrara en la comunidad que antaño había constituido y que cuanto antes debía volver a constituir por necesario imperio de la política más obvia y elemental. Pavón señaló el triunfo inequívoco de un ideal que la subsiguiente Presidencia, iniciada hace ahora precisamente un siglo, acabó de definir y de consolidar. La

unión del Estado argentino quedó salvada y asegurada de ese modo. La República se reconstituyó así sobre sus fundamentos naturales para formar un cuerpo en el que la cabeza y los miembros a ella ordenados se alimentan de la misma sangre y obedecen al mismo espíritu, confundidos en una sola voluntad de existencia y mancomunados íntimamente en una sola determinación de futuro. Y el artifice de la gran obra logró realizar, con ella, su propia realización, puesto que los hombres no son hijos sino de lo que hacen.

En la definitiva unidad del Estado argentino tiene Mitre su mejor monumento, un monumento vivo, palpitante y consciente que, además de recordarlo, lo revela y lo justifica de manera íntegral; un monumento que, en su inmovible solidez (probada por cien años de accidentada existencia), sigue pregonando la firmeza del alma que lo soñó y de las manos que poco a poco lo construyeron. Pero esta unidad no alcanzará su sentido cabal y completo sino cuando sea no sólo unidad del Estado sino también unidad del pueblo por él comprendido; cuando la unión constitucional de la República esté rubricada por la unión fraternal de todos sus hijos; cuando la Argentina y los argentinos, a fuerza de coincidir en la profesión de un mínimo de ideales y de resoluciones coherentes, podamos ofrecer al mundo la totalidad de nuestro particular mensaje histórico, o sea ese espiritual testimonio que las comunidades humanas organizadas, lo mismo que cada uno de los seres que las integran, están obligados a dar; y del cual Dios, sin duda, les pedirá cuenta el día en que venga a ver qué hicieron de los bienes con que quiso colmarlos. La unidad que Mitre consiguió con tantos esfuerzos, con tantas amarguras y con tanta sangre rendirá todos los frutos previstos por él cuando los argentinos todos depon-

gamos nuestras circunstanciales diferencias y nos reunamos generosamente en lo que tenemos de más común, empujando por ese instintivo amor a la libertad, a la igualdad y a la justicia, que una vez nos dio vida propia y definitivamente soberana, y que en dos triste ocasiones supo salvarnos del deshonor civil y de la muerte histórica. Ese día, el día de la unión de todos los argentinos, el insigne varón a quien hoy recordamos habrá conseguido la perfección de su gloria, de su grandeza y de su paz. Mientras se aproxima ese suspirado instante, permitidme, señoras y señores, que os repita los versos en que, fijando su imagen imperecedera, quise mostrar uno de los rostros más puros de la Patria. Esos versos llevan el nombre del patricio, y dicen así :

Canto al varón en cuya pluma fueron hermanas la verdad y la belleza.
 Canto al varón en cuya espada vivieron juntas la justicia y la grandeza.
 ¿Quién hay más noble ni más digno, después del ser que quebrantó nuestras
 [cadenas ?
 ¿Quién hay más puro ni más alto, después del ser que cimentó la patria nuestra?
 Mi voz lo busca entre las sombras de los que en vida iluminaron nuestra tierra.
 Y de las sombras lo levanta para que luzca en plenitud de gloria y fuerza.
 Para que brille con el brillo con que una vez desvaneció nuestras tinieblas.
 Y para que arda con las llamas con que después nos dio pasión y unión de
 El esplendor de su figura vuelve a vivir en el fervor de este poema. [hoguera.
 Y no por obra de mis manos sino por gracia de su gloria que no cesa.
 En plena aurora de su vida vio que la noche de otro tiempo se acercaba.
 Y que sus sombras resurrectas se hacían dueñas como entonces de las almas.
 Para salvar lo que podía, cruzó la inmensa obscuridad hacia otras playas.
 Y las llenó con el deseo de libertad que lo encendía y lo animaba.
 Del otro lado del gran río, su corazón fue como un trozo de la patria.
 En él siguieron subsistiendo nuestro decoro, nuestra fe, nuestra esperanza.
 Las nobles manos del escudo sobrevivieron en sus manos más que humanas.
 Y el cielo azul de la bandera se refugió con emoción en su mirada.
 En él hallaron nuestras cosas la inexpugnable fortaleza que buscaban.
 Y la altitud inaccesible de donde al fin pudieron ver la luz del alba. •
 Devuelto al seno de los suyos quiso estrecharlos en un haz seguro y firme.

Y hacer con ellos el gran pueblo profetizado en la canción inmarcesible.
Para lograr lo que soñaba se confundió con su solar y con su stirpe.
Y convirtió los Buenos Aires de su terruño en un ciclón incontenible.
La voluntad del viento enorme se resolvió gloriosamente en hierro y crines.
Y con su anhelo incóncratable llenó la patria hasta los últimos continentes.
De Norte a Sur y de Este a Oeste, la redentora tempestad reinó sin límites.
Y al fin barrió del firmamento lo que enpañaba su fulgor inextinguible.
Desde aquel punto el Sol de Mayo pudo brillar en un espacio inmenso y libre.
Y ser el vínculo perpetuo de una familia y de un hogar indivisibles.
Pero ni entonces hubo pausas para el autor de tanta luz y tanta gloria.
Porque él sabía que a lo lejos había un pueblo que gemía entre las sombras.
Determinado a libertarlo puso en la empresa su energía de otras horas.
Y aquella fe que en otro tiempo le había dado el rumbo fiel de la victoria.
En ciega unión con sus hermanos abandonó sin vacilar sus propias cosas.
Y remontó los grandes ríos hacia la fuente de las lágrimas remotas.
Con el ardor de su alma pura se abrió camino por la selva tenebrosa.
Y con el sol de nuestra enseña rasgó la densa obscuridad de aquellas frondas.
Al fin llegó, deshecho en llamas, hasta el lugar en que la noche era más honda.
Y abrió los ojos en tinieblas para que vieran el principio de la aurora.
Después de dar su luz entera se convirtió calladamente en sombra oscura.
Y hecho de paz y de silencio buscó sosiego a tanto ardor y a tanta lucha.
En lo más hondo de la patria su buen recuerdo germinó con ansia pura.
Y ocló raíces que se unieron a las que dan sustentación a la República.
De allí subió con la energía de nuestras cosas más queridas y profundas.
Y transformado en un gran árbol cubrió la tierra con sus ramas taciturnas.
Su augusta sombra guarda intacto lo que una vez logró forjar su luz augusta.
Pues a su sombra sigue unida la gran familia que a su luz estuvo junta.
Los que se agrupan a su amparo no han olvidado a quien les dio lo que hoy
[disfrutan.
En el valor de lo que hoy gozan tienen presente el de su espada y de su pluma.

PALABRAS DE DON ARTURO CAPDEVILA

EN LA SESIÓN DE HOMENAJE A DON LEOPOLDO DÍAZ

Yo me anticipé, años hace, a estos homenajes a don Leopoldo Díaz en aquellos versos míos que figuran en el libro *Alta Memoria*, editado por esta Corporación para mucha honra de quien habla. De modo que, invitado a escribir algunas cuartillas, dije lo que podía yo haber dicho de don Leopoldo Díaz. Ya consta en esos versos. Más bien, voy a anticipar alguna glosa de esos mismos endecasílabos con algunos recuerdos de los tiempos en que tuve el vivo agrado de departir con don Leopoldo Díaz, en diversos salones de Buenos Aires y en especial en el salón literario del doctor Eduardo Crespo, en que desde luego la musa era su exquisita mujer, la señora María Eugenia Monty Luño de Crespo. Allí don Leopoldo Díaz tenía apartes con los amigos, y cuando se trataba de algún colega buscaba la ocasión de la confianza. En aquellas ocasiones, gratisimas siempre, él volcaba su alma, contaba cosas, se iba a las reminiscencias; había viajado tanto, había conocido a tanta gente, sabía tanto del mundo, llevaba tanto saber de esta vida y acaso de la otra, porque no era mal teólogo tampoco don Leopoldo Díaz, que alguna vez me dijo: Pues quiero que Ud. sepá que por encima de todos los nombres yo coloco uno: Rubén Darío. «Rubén Darío», y repetía este nombre, como

puede el guerrero repetir el nombre del capitán que lo condujo a la batalla y a la gloria.

Para don Leopoldo Díaz la época grande de su existencia había sido la de acompañar a Darío en su cruzada hacia los nuevos conceptos de la belleza, o cómo lo entendí yo y lo puse en estos versos, aquella cruzada que tenía por objeto la libertad de Apolo, sacar a la poesía de unas marañas retóricas en que se estaba olvidando de sí misma, sacarla a la más pura y clara luz, eso era lo que a don Leopoldo Díaz lo enorgullecí siempre.

Le llamo doncel en estos versos, porque era un doncel cuando hizo suya la causa del gran maestro nicaragüense, pero lo singular, lo hermoso es que don Leopoldo Díaz nunca dejó de ser doncel.

Hasta en las postrimerías de su rica existencia lo era y, no poco juguetón, no poco travieso, sentía siempre la necesidad de mostrarse joven. Y es que lo era. De esa inmarcesible juventud saco yo la idea de que ahora mismo, en los campos Elíseos, si es que por ahí se pasean todavía las almas, como era costumbre antaño, quien se pasea en figura de don Leopoldo Díaz es aquel mismo doncel que acompañó a Darío en la memorable cruzada por las nuevas musas.

EL POETA LEOPOLDO DÍAZ

Todos sabemos que hubo un día
de cien Pegasos en tropel,
cuyos jinetes de áureos yelmos
iban al bosque de laurel.

Mas liberar debieron antes
al dios Apolo, del infiel.
¡ Combate ilustre por las musas
fue ciertamente aquél !

Rubén Darío iba adelante.
Iba adelante hecho un Ariel,
y al lado mismo de Darío.
Leopolpo Díaz el doncel.

Así a la vera del maestro,
de los Pegasos al tropel,
subir la aurora vio, gloriosa...
La saludó con un rondel.

Libertad — tal se llamaba —
del dios del bosque de laurel.
Y su palabra sonreía.
Y cada verso era un joyel.

Leopoldo Díaz : claros timbres.
Nunca falsía de oropel.
Buena su viña. El vino, sabio.
Y compasión su miel.

DISCURSO DE DON FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE LEOPOLDO DÍAZ

Como ocupante del sillón que lleva el nombre de Carlos Guido y Spano, quiero honrar con algunas palabras la memoria del poeta que me antecedió en tan señalado privilegio, asociándome así al tributo que esta tarde le rinde la corporación a que pertenecemos. En días tan confusos como los que sobrellevamos, es una verdadera obligación patriótica ofrecer al recuerdo y a la consideración de las gentes la existencia y la obra de quienes vivieron y actuaron con arreglo a severas normas morales y estéticas, de quienes por su conducta como hombres y como artistas demostraron en todo instante ser capaces de mantenerse fieles a la mejor línea tradicional, continuándola con decoro, enaltecéndola con verdad e iluminándola con belleza. Cumpliendo este impositergable mandato en medio de la general catástrofe que nos aflige, no sólo damos testimonio de la razón y del orden ante el delirio y el caos, sino que, a nuestro modo, indicamos (creo yo) el rumbo más adecuado para sortear los peligros circunstantes y para llegar al puerto ambicionado, que al fin y al cabo no puede ser otro que el de nuestra completa realización espiritual, el de nuestra cabal expresión como seres trascendentes y perdurables. Con ello tendemos, por

otra parte, a restablecer un equilibrio sin el cual no hay posibilidad de vida genuinamente humana y civilizada, y a consolidar la armonía así recompuesta sobre los fundamentos que le son propios y connaturales, a fin de que, con el seguro de esa sustentación, pueda elevarse de manera más decidida, y ser nuestro amparo de modo más resuelto, más amplio y más caritativo.

Leopoldo Díaz fue un ser obediente a cánones, una criatura para quien las reglas poseían la autoridad más legítima, una voluntad humana cuya principal satisfacción en la vida y en el arte debió consistir en sujetarse al imperio de los números que gobiernan el ritmo de la más alta existencia. En esa subordinación fidedigna, nuestro compatriota halló, sin duda, la paz que, además de envolver serenamente sus horas terrestres, cubre con limpia generosidad la impasibilidad casi olímpica que resplandece en sus versos, y que en algunas de sus imágenes y asociaciones verbales llega a tener, muchas veces, el hieratismo de lo que está por encima del mundo y del tiempo. Quien por su íntima contextura espiritual era a todas luces un clásico, tenía que sentirse naturalmente implicado y comprometido en la aventura parnasiana. Los ideales de la nueva escuela poética, con su preocupación por el color y la forma, con su defensa del rigor compositivo, con su ambición de majestad en la elección de los grandes temas, y, principalmente, con su profundísimo anhelo de quietud en la expresión, eran los que Leopoldo Díaz amaba instintivamente, los que lo habían seducido desde los instantes de su iniciación, los que puso en práctica aun antes de saber con seguridad por cuál capilla literaria eran ellos profesados con mayor dogmatismo. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que el brillo y el calor de

tales aspiraciones se hicieran sentir hasta en libros que, como *Fuegos fatuos*, aparecido en Buenos Aires hacia 1885, habían nacido bajo el signo de un romanticismo cuya sustancia conceptual seguía siendo, más que la esencia de un credo estético, el alimento de una general actitud vital, el motor de un universal modo de ser y de conducirse. Y menos raro es todavía que dicha manifestación llegara a su plenitud en poco tiempo. Tres años después del libro inicial vio la luz el titulado *Sonetos*, donde, en efecto, se hizo totalmente ostensible la inclinación de Leopoldo Díaz a los asuntos, a las formas y al estilo característico de la escuela ilustrada en Francia por Gautier, por Leconte de Lisle y, principalmente, por José María de Heredia, que tan honda, firme y benéfica influencia ejerció sobre nuestro ilustre compatriota. Ahora bien: el equilibrio definitivo de la expresión de éste alcanzó realidad perfecta en *Las ánforas y las urnas*, colección de sonetos que apareció en 1923 en Cristianía. Hay en esa hermosa serie piezas cuya calidad conceptual y estilística bastaría para justificar el crédito de que venía gozando su autor desde la publicación de *Atlántida conquista*, poema desarrollado en sonetos, que su autor había hecho imprimir 16 años antes en Ginebra en un volumen donde figuraba, además, la traducción francesa que de la obra había hecho Frédéric Raisin. *Las ánforas y las urnas* contiene, entre otras composiciones admirables, este soneto magnífico por la limpidez impecable de su técnica y por la serena austeridad de su mensaje, que define con palabras de hombre llegado a la cumbre de la experiencia vital y artística su actitud estética y moral ante el contorno:

Si la fortuna esquiva te niega sus laureles,
si embriagador renombre la fama te rehusa,

sigan puliendo el ónix y el bronce tus cinceles,
y vence las cobardes traiciones de Medusa.

No dejes en el fango mabeharse los troqueles;
asciendan a la cumbre las alas de tu musa;
guarda la roja sangre de las heridas cruoles
como en longevas odres vino de Siracusa.

El triunfo es del que lucha; la gloria, del que crea.
Acércate a la entraña del bloque silencioso
y escucharás el alma latir de Galatea.

Y si te abate el ímpetu del huracán adverso,
evoca de las Gracias el ritmo vaporoso
y labra en mármol puro la estela de tu verso.

Esta nobleza de alma y de carácter, esta grandeza moral, esta elegancia interior, esta virtud tan seria y tan varonil que en la composición que acabó de leer y en otros versos igualmente memorables muestran hasta la raíz la auténtica figura espiritual de Leopoldo Díaz, resplandecieron, por otra parte, en su personalidad toda y, primordialmente, en su larga actuación diplomática, que fue un modelo de eficiencia y de corrección desde el principio hasta el fin. Su estilo, en este particular, siguió la línea ceremoniosa y formatísima de una tradición que, desgraciadamente, parece llevar camino de extinguirse; hoy en que (aflojados todos los resortes del más elemental decoro profesional) hasta un zapato esgrimido amenazadoramente ante una asamblea por la mano del representante de un país exige ser admitido como argumento de negociación. En Suiza, en Paraguay, en Noruega, en Venezuela, en toda latitud donde se desempeñó, el gran funcionario y artista que aquí recordamos representó a la República (según palabras del diario *La Nación*) « como enviado extraordinario de sus gobiernos cambiantes y como

embajador virtual de sus jerarquías permanentes ». Yo añadiría que sus plenipotencias no eran solamente las habituales, las que en cada caso recibía burocráticamente de los mandatarios de turno, sino las que le daban desde el fondo de su ser histórico el pueblo a que pertenecía y la tierra a la que supo enaltecer a lo largo y a lo ancho de su existencia ejemplar. Representó bien porque era representativo, porque constituía, él mismo, en la integridad de su figura humana, con sus afañes, con sus sueños, con su alma noble, con su gran corazón, un trozo vivo y palpitante de la Argentina eterna, enviado por el mundo adelante para ser en toda circunstancia, un reflejo fidedigno de nuestra íntima personalidad nacional.

Permitidme terminar esta emocionada evocación de un predecesor que desde la muerte sigue enriqueciendo nuestra vida, con las palabras que Arturo Marasso le dirigió al despedirlo finalmente en nombre de nuestra corporación: « Ayúdanos, en tu memoria, a mantenernos fieles al laurel que inspira, tú que fuiste de los excelentes ».

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ.

MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

El 27 de setiembre de 1962 falleció en los Estados Unidos la ilustre filóloga María Rosa Lida de Malkiel, académica correspondiente de nuestra corporación. Argentina, doctorada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, maestra insigne en institutos superiores de nuestro país, se sintió moralmente obligada a expatriarse al comienzo de la dictadura caída en 1955. En los Estados Unidos ocupó cátedras en las universidades de Harvard, Urbana (Illinois), Columbus (Ohio), Wisconsin, Berkeley y otras. Teniendo a su alcance directo el riquísimo material bibliográfico atesorado en las bibliotecas de la gran república del norte, allá prosiguió las valiosas investigaciones filológicas iniciadas en su patria y realizó aquella labor de esclarecimiento de textos clásicos y medievales que le ganó en la plena madurez de la vida una autoridad igualada por pocos contemporáneos, particularmente en los estudios románicos. Su producción causa admiración por la vastedad y diversidad, aunadas con la ciencia segura y copiosa y el más exigente rigor crítico.

No cabe en una nota necrológica la enumeración de todos los estudios por ella publicados y mucho menos su examen. La bibliografía total de María Rosa Lida es objeto hoy de una minuciosa búsqueda de los especialistas. Ya había pu-

blicado en Buenos Aires, antes de expatriarse, entre otros trabajos, en la colección de textos literarios dirigida por Amado Alonso, a cuyo lado se formó en el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, una selección del Arcipreste de Hita (Losada, 1941), acompañada de notas y de un sólido estudio preliminar; también, docta helenista, un volumen que tituló *Introducción al Teatro de Sófocles* (Losada, 1944), original y agudo. Posteriormente, las monografías que con una labor regular e incesante daba a las revistas filológicas, particularmente a las de los Estados Unidos, sobre temas literarios medievales, campo de investigación en el cual se especializó, asistida, además, por su peregrina erudición en los textos latinos de esos siglos, han formado un extenso repertorio bibliográfico. Con un orden en su labor de investigación que asombra, ninguna de las fichas que llenaba con su letra menuda érale superflua, pues mediante ellas, no solamente seguía los rastros de los temas objeto de sus estudios principales, sino las ramificaciones que de tales búsquedas nacían. Así estudió en un libro la idea de la fama a través de las literaturas antiguas y a *Dido y su Defensa en la Literatura Española*, en un extenso estudio que vio la luz primeramente en la *Revista de Filología Hispánica* los años 1942 y 1943, cuando empezó aquélla a publicarse en Buenos Aires. Las obras castellanas de los siglos XIII y XIV, las influencias rastreables en aquéllas, así de los textos clásicos como de los medievales, fueron un objeto no secundario de sus precisas investigaciones. Baste recordar, entre otras monografías, las dedicadas a anotar con rigurosa precisión la *Vida de Santa Oria* y *La General Historia*.

La norma que presidía sus análisis críticos era la rigurosa probidad. Nunca más patente que en la extensa reseña que

en *Romance Philology* (V, años 1951-52) hizo de la primera edición del texto alemán de la obra de Ernst Robert Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, donde no le ahorró al maestro ninguna corrección o ampliación de sus noticias y asertos, expresadas con franqueza, no sin antes rendirle el sincero y alto homenaje de su devoción de discípula.

De tales exploraciones y sondeos en el campo anchísimo de las literaturas medievales en las lenguas latinas y romances, además del seguro conocimiento de la literatura romana clásica y postclásica, surgieron sus dos obras capitales: *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español* (México, 1950), vasto volumen publicado por la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, bajo la autoridad del Colegio de México, trabajo que [había sido iniciado en Buenos Aires junto a Amado Alonso, a quien el libro está dedicado, así como a la memoria de Pedro Henríquez Ureña — porque en la autora, espíritu gentil, la gratitud a sus maestros, consejeros y amigos fue virtud esencial —, y su magna obra, *La originalidad artística de « La Celestina »*, publicada por la Editorial Universitaria de Buenos Aires (1962), monumental estudio de más de 750 páginas, acabado de imprimir después de su muerte. Este libro y el ya citado sobre Juan de Mena — cuya personalidad literaria, lengua y estilo la autora reivindicó señalándolos la expresión culminante del prerrenacimiento español —, son obras capitales de la filología y crítica literaria románicas, tesoros de erudición inigualados hasta hoy en el campo de los estudios relativos al siglo en que escribió el poeta del *Laberinto de fortuna* y nació *La Celestina*, y fuentes seguras de futuras revaloraciones de las letras de la decimoquinta centuria.

Ni puede pasarse por alto, al considerar las excepcionales

dotes de investigadora de María Rosa Lída (esposa de otro sabio filólogo, el profesor Malkiel) y su agudeza crítica y la fundada originalidad de sus tesis, la calidad de su prosa, cuya limpia fluencia, a través de la selva erudita que ella desenmaraña, es una de sus principales virtudes estilísticas.

María Rosa Lida fue un espíritu nobilísimo. Sabiéndose condenada por un cáncer, cuando aún podía haberle otorgado el destino largos años de una vida en la cual nunca faltó la sonrisa en la favorable o adversa fortuna, ni rehuyó otros goces del espíritu, además de los que le proporcionaba el trabajo asiduo y metódico, regresó en 1961 por breve tiempo a su Buenos Aires nativa, como para despedirse — diríase — dejando en todos cuantos la escucharon en « su » Facultad y en otros institutos de cultura, la memoria de una expositora de cátedra tan sabia como amena. A amigos y colegas les llegaron, después de la muerte, por su deseo expreso, acompañados de su tarjeta, los ejemplares que les tenía destinados de su obra capital.

La Academia Argentina de Letras la eligió miembro correspondiente el 23 de abril de 1959. En la sesión de homenaje a Luis de Góngora celebrada el 31 de agosto de 1961, ella disertó acerca de *El hilo narrativo de las « Soledades »*. Dedicadas las páginas leídas a « la memoria inolvidable de un gran humanista y un gran gongorista hispanoamericano, don Alfonso Reyes », han sido publicadas en el número 101-102 del *Boletín* de la Academia.

R. F. G.



Fredrick M. [unclear]

BIBLIOGRAFÍA DE DON FRANCISCO ROMERO

A. LIBROS.

- Filosofía Contemporánea (Estudios y Notas). Primera serie.* Buenos Aires, *Editorial Losada*, Col. Biblioteca Filosófica, 1941, 182 p. [2a. ed., 1944; 3a. ed., 1953].
- Sobre la Historia de la Filosofía.* Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Cuadernos de Filosofía, número 3, 1943, 100 p.
- Filosofía de la Persona y otros Ensayos de Filosofía.* Buenos Aires, *Editorial Losada*, Col. Biblioteca Contemporánea, vol. 124, 1944, 160 p. [2a. ed., 1951].
- Papeles para una Filosofía.* Buenos Aires, *Editorial Losada*, Col. Biblioteca Filosófica, 1945, 142 p.
- Filosofía de Ayer y de Hoy.* Buenos Aires, *Editorial Argos*, 1947, 245 p. [2a. ed., Madrid, M. Aguilar, Col. Ensayistas Hispánicos, 1960, 600 p.].
- Filósofos y Problemas.* Buenos Aires, *Editorial Losada*, Col. Biblioteca Contemporánea, vol. 197, 144 p. [2a. ed., 1957].
- Ideas y Figuras.* Buenos Aires, *Editorial Losada*, Col. Biblioteca Contemporánea, vol. 224, 1949, 152 p. [2a. ed., 1958].
- El Hombre y la Cultura.* Buenos Aires, *Editorial Espasa-Calpe*, Col. Austral, 1950, 160 p.
- Teoría del Hombre.* Buenos Aires, *Editorial Losada*, Col. Biblioteca Filosófica, 1952, 290 p. [2a. ed., 1958].
- Sobre la Filosofía en América.* Buenos Aires, *Editorial Raigal*, Col. Problemas de la Cultura en América, 1952, 135 p.
- Qué es la Filosofía.* Buenos Aires, *Editorial Columba*, Col. Esquemas, 1953, 71 p. [2a. ed., 1953].

- Estudios de Historia de las Ideas*. Buenos Aires, Editorial Losada, Col. Biblioteca Filosófica, 1953, 208 p.
- Ubicación del Hombre*. Buenos Aires, Editorial Columba, Col. Esquemas, 1954, 76 p.
- Alejandro Korn, *Filósofo de la Libertad*, Buenos Aires, Editorial Reconstruir, Col. Radar, 1956, 54 p.
- Relaciones de la Filosofía. La Filosofía y el Filósofo. Las Alianzas de la Filosofía*. Buenos Aires, Editorial Perrot, Col. Nuevo Mundo, 1958, 87 p.
- Historia de la Filosofía Moderna*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios, vol. 150, 1960, 368 p.
- Ortega y Gasset y la *Jesatura Espiritual y Otros Ensayos*. Buenos Aires, Editorial Losada, Col. Biblioteca Contemporánea, vol. 290, 1960, 134 p.

B. FOLLETOS

- La Caracteriología*. Buenos Aires, Folletos Clásicos, 1927, 11 p.
- Índice de Problemas*. Buenos Aires, Imp. Coni, 1929, 16 p.
- Vieja y Nueva Concepción de la Realidad*. Buenos Aires, Tall. Gráf. Radio Popular, 1932, 22 p.
- Un Filósofo de la Problematicidad [Nicolai Hartmann]*. Madrid, Cruz y Raya, 1934, 31 p.
- Palabras a García Morente*. Buenos Aires, 1935, 15 p.
- Los Problemas de la Filosofía de la Cultura*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, Instituto Social, Publicación número 30, 1936, 27 p. [2a. ed., 1938; 3a. ed., 1941].
- Alejandro Korn (1860-1936). La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Tall. Gráf. Tomás Palumbo, 1938, 30 p.
- Filosofía de la Persona*. Buenos Aires, Tall. Gráf. de la Editorial «Radio Revista», 1938, 32 p.
- Contribución al Estudio de las Relaciones de Comparación*. Buenos Aires, Impr. López, 1939, 24 p.
- Descartes y Husserl*. Buenos Aires, 1939, 24 p.
- Teoría y Práctica de la Verdad, la Claridad y la Precisión*. Tucumán, 1939, 11 p.
- Programa de una Filosofía*. Buenos Aires, Imp. López, 1940, 24 p.

- Comunicación y Situación.* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología, 1943, 8 p.
- Influencia del Descubrimiento de América en las Ideas Generales.* Buenos Aires, Imp. López, 1944, 14 p.
- Reflexiones sobre la Gñoseología de Vico.* Buenos Aires, Imp. López, 17 p.
- Los Movimientos Personalistas y Josiah Royce.* Buenos Aires, Instituto Cultural Argentino-Norteamericano, 1951, 38 p.
- Recuerdo de Don Tomás Pardo.* Buenos Aires, 1954, 8 p.
- El Espíritu Científico y la Ciencia.* Córdoba, Rotary Club de Córdoba, 1955, 20 p.

C. LIBROS EN COLABORACIÓN

- Lógica.* Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe, 1938, 258 p. [En colab. con Eugenio Pucciarelli].
- Lógica y Nociones de Teoría del Conocimiento.* Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe, 1939, 274 p. [14a. ed., 1952. En colab. con Eugenio Pucciarelli].
- Alejandro Korn.* Buenos Aires, Editorial Losada, Col. Biblioteca Filosófica, 1940, 142 p. [En colab. con Ángel Vasallo y Luis Aznar].
- La Cultura Moderna.* La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación, Curso de Cultura Universitaria, Cuaderno número 1, 1943, 106 p. [En colab. con Carlos Jesinghaus].
- Curso Colectivo de Filosofía del Derecho.* Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Instituto de Estudios del Derecho, 1943. [En colab. con Ramón Alsina, J. Llambías de Acevedo, E. F. Aftalión, M. Río y M. T. Ruiz Moreno].
- Filosofía y Libertad. Por la libertad de la cultura. Objetivos claros, acción fecunda.* Buenos Aires. Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, Biblioteca de la Libertad, vol. 1, 1958, 69 p. [En colab. con Roberto F. Giusti y Juan Antonio Solari].

HORACIO JORGE BECCO.

EN EL ENTIERRO DE MANUEL GÁLVEZ

Ha muerto un gran novelista. Porque eso fue, esencialmente, en su vida. Manuel Gálvez: un gran novelista. Un creador de mundos nacidos de su don de observación, de su experiencia y de su fantasía, en los que describió lugares, pintó escenas, creó caracteres y movió a sus personajes, con la fuerza y la secreta sabiduría de quien ha nacido sólo para eso. Si en la poesía el ser del poeta se da por entero, consciente o subconscientemente, y todo él, desde el trasmundo de la especie hasta su dolor o su alegría cotidianos, se vuelca, en oleadas de sangre, en su verso — de ayer o de hoy, poco importa —, que es como el registro de la sístole y la diástole de su propio corazón; si en el drama o en la comedia el autor lleva a la escena la vida de unos instantes, tal como él los ve o los imagina, dejando a sus personajes que obren y hablen como si fueran seres reales, y no de ficción, el novelista vuelca en el cauce de su obra lugares y escenas, personajes y pasiones, ideas y diálogos, y todo eso, y muchas cosas más, y su propio ser presente o disimulado, lo echa a andar en el río de la novela, para solaz — como decía Cervantes — del lector, ese anónimo destinatario del mensaje del escritor. Gálvez, que escribió libros de versos, de crítica y de ensayos, de memorias, y que escribió obras de teatro, varias de las cuales se representaron,

fue, por sobre todas las cosas, novelista. Novelista desde la raíz misma de su ser, y todo lo vio, lo pintó y lo juzgó, en su larga y fecunda vida de escritor, como novelista. Sus viajes por el interior del país y por el extranjero, su conocimiento de los hombres, de sus grandezas y de sus miserias, y su pasión por el país, lo llevaron a trabajar sus novelas — las del pasado y las del presente — como crónicas vivas, palpitantes, de una realidad que sus sentidos de novelista nato, y su talento, captaban honda y certeramente. Gálvez veía, vivía y se documentaba, muchas veces sin proponérselo, para sus novelas. Era un creador. Uno de los creadores más laboriosos y de mayor envergadura con que han contado nuestras letras. Él irrumpió en la novela argentina — género no muy cultivado nunca entre nosotros — inmediatamente después de la generación de Eugenio Cambaceres, Manuel T. Podestá, Francisco A. Sicardi, Enrique de Vedia, Julián Martel y Roberto J. Payró, escritores realistas unos, naturalistas otros, con los que puede decirse que se inicia la novela moderna en nuestro país. Y es contemporáneo de otros grandes novelistas que dejarían obras impercederas en nuestras letras, tales como Enrique Larreta, Benito Lynch y Ricardo Güiraldes, para no nombrar sino a los más significativos. Gálvez, como su maestro Galdós, aspiró a crear una obra compacta y dilatada, que recogiera, como un fiel espejo, la vida pasada y presente de su país, en la que él vivió inmerso, a favor o en contra de la corriente, como testigo y como actor, atento a todo, observándolo y recogiendo todo. No toda su obra es, como ocurre con otros escritores, aun con los de mayor renombre, de igual valor. Pero varias de sus novelas: *La Maestra Normal*, *El Mal Metafísico*, *La Sombra del Convento*, *Nacha Regules*, *La Tragedia de un Hom-*

bre Fuerte, Historia de Arrabal, la trilogía de la guerra del Paraguay: *Los Caminos de la Muerte, Humaytá y Jornadas de Agonía, y Hombres en Soledad*, cuentan ya entre lo mejor y más perdurable de la novelística, no sólo argentina, sino americana. Gálvez conocía como pocos el arte de novelar, y vivió toda su vida trabajando, sin prisa pero sin pausa, en la obra que planeó en su juventud, y que fue realizando, título a título, a lo largo de los años. Obra donde hay descripciones, escenas y planteos psicológicos que son verdaderas piezas de antología, escritos en una prosa fluyente, fácil y espontánea, que agrada y no cansa al lector. Pero no es éste el momento de hacer un balance, siquiera somero, de su ingente y extraordinaria labor de escritor, labor que llena de por sí uno de los capítulos, y no de los menos importantes, de las letras argentinas de nuestro tiempo. Ni de referirnos a lo mucho de polémico y de discutible que hay en gran parte de la misma, sobre todo en sus biografías noveladas y en sus novelas de tema histórico. Siempre hemos juzgado a los hombres de letras por lo que ellos son como tales y como hombres, y no por sus creencias e ideologías, y en el caso de Gálvez, nuestra distinta manera de ver y de sentir muchas cosas de nuestro pasado no ha aminorado un ápice nuestro respeto por su labor de escritor, ni nuestro afecto, invariable a lo largo de más de treinta años, por el camarada y el amigo. Pertenece; por suerte, al final de una generación que sabía respetar a sus pares, aun a pesar de las mayores discrepancias, y seguiremos fieles a esta conducta, que hemos heredado de quienes nos precedieron, y que llevamos en nosotros, como una de las fuerzas rectoras de nuestra vida. Recordémoslo hoy como lo que fue, principalmente como uno de nuestros más grandes y admirables novelistas. Y

recordemos también, en este instante de dolor, al hombre de acción que dio nacimiento y vida a muchas empresas tendientes a mejorar y dignificar la condición del escritor, las letras y la cultura del país. Recordemos al Gálvez fundador en 1903, con Ricardo Olivera, de la revista *Ideas*, que agrupó a los hombres de letras más importantes de una nueva y bella generación; al fundador, en 1917, de la Cooperativa Editorial Buenos Aires, en la que se publicaron más de cien obras de escritores, entre los que cuentan algunos de los más destacados de este siglo; al socio fundador y tesorero de su primera comisión directiva, en 1928, de la Sociedad Argentina de Escritores, presidida por Lugones; al fundador y primer presidente, en 1930, del P. E. N. Club de Buenos Aires; al colaborador, con el ministro Rothe, en 1931, en los trabajos de creación de la Academia Argentina de Letras, corporación de la que fue miembro de número hasta 1933, en que renunció; al fundador de otras empresas periodísticas y de cultura, de gravitación en su hora en la vida espiritual del país; al colaborador asiduo, durante años, de *La Nación*, de *Caras y Caretas* y de *Nosotros* con artículos de diversa índole, recogidos luego muchos de ellos en libros. Pocos hombres de letras, o quizá ninguno, ha vivido en nuestro país tan intensamente, y con tanta generosidad, la vida literaria, como este gran argentino que hoy baja a la tumba. Argentino esencial, también, como que le venía el serlo desde sus remotísimos antepasados, entre los que se cuentan nada menos que don Juan de Garay, y traspasado todo él y toda su obra por una pasión vehemente y constante por el país y por el progreso de su cultura. Manuel Gálvez, argentino y americano a la vez, fue asimismo un hombre que sintió el culto por la amistad y que ayudó y estimuló a los jóvenes,

como pocos en el país lo han hecho, antes y después de él. Su muerte, hoy, como la de Larreta ayer, cierra una época de gloria y de esplendor en las letras argentinas, y de gran repercusión de las mismas en el extranjero, donde las obras de uno y otro fueron infinidad de veces traducidas y editadas. Den otros su testimonio y digan su verdad acerca de este hombre y de este escritor eminente, al que venimos a despedir. Nosotros, que lo conocimos desde el comienzo de nuestra vocación y que le debemos estímulos y consideraciones que nunca olvidaremos, lloramos en él no sólo al gran novelista, sino al camarada y al amigo. En nombre de la Academia Argentina de Letras, y de la Sociedad Argentina de Escritores, decimos hoy adiós a sus restos mortales. Pero sabemos que su nombre, y muchas de sus páginas, vivirán eternamente en nuestras letras y en la historia de nuestra cultura.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

VOLUMEN, CAUDAL, GASTO *

CONSIDERACIONES SOBRE LA CONVENIENCIA DE UN VOCABULARIO CORRECTO EN LA ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN DE LA HIDRÁULICA

El extraordinario desarrollo alcanzado por las ciencias en los últimos años, los progresos experimentados por la técnica y la gran cantidad de especialidades a que se ha llegado como consecuencia de la multiplicidad de los conocimientos, han hecho sentir la necesidad de poseer un vocabulario técnico-científico, cuyos términos permitan expresar, de una manera correcta e indubitable, el concepto, la idea o el hecho físico que se desea exponer.

La hidráulica como ciencia, la hidrología y la hidrotecnia como aplicaciones y la hidrometeorología como especializa-

* Resolución del Seminario Internacional de Hidráulica y Mecánica de los Flúidos referente al trabajo presentado por el ingeniero Carlos Alberto Guzmán : « Considerando : la preocupación manifestada en este Seminario, acerca de la conveniencia de normalizar definiciones, notaciones y métodos de la Hidráulica, se resuelve pedir al Comité Regional de la Asociación Internacional de Investigaciones Hidráulicas solicite a la U. N. E. S. C. O. la elaboración de un proyecto de Catálogo, en castellano, portugués, inglés y francés, de definiciones y nomenclaturas utilizadas en hidráulica teórica y aplicada. Se formula el anhelo de que el mismo sea presentado al Congreso que se reunirá en Porto Alegre en Agosto de 1964 ». Santiago de Chile, Agosto de 1962.

ción no son ajenas al hecho expuesto; por el contrario, existe una verdadera confusión en ciertos términos que es dable apreciar a diario y cuyo perjudicial efecto es sensible especialmente en la docencia.

He observado que las iniciativas tendientes a lograr un vocabulario técnico correcto y, en particular, el referente a la terminología utilizada en la mecánica de los fluidos, son, en general, bien recibidas, por cuanto ellas representan intentos, más o menos eficaces, para llegar a definiciones y notaciones normalizadas o comunes que, una vez aceptadas por especialistas en la materia y aprobadas por Congresos o Seminarios internacionales, adquirieren autoridad suficiente para que pueda ser exigida su aplicación.

De ninguna manera pretendo pues, para esta iniciativa, el privilegio de la prioridad; en efecto, ya en el año 1928 la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles (American Society of Civil Engineers) designó una Comisión Especial (Special Committee on irrigation hydraulics) a la que se le encomendó la tarea de determinar la forma correcta del vocabulario y notaciones correspondientes a la terminología de la hidráulica y en especial de la irrigación; al adoptar esta resolución la Sociedad patrocinante tenía en cuenta que «entre los ingenieros encargados de hidráulica y de problemas de irrigación existe una diferencia de opinión muy grande con respecto a la definición e interpretación de ciertos términos de uso común». Después de cuatro años de trabajo publicóse en los *Proceedings*¹ de la mencionada Sociedad el resultado de las investigaciones, estudios y con-

¹ *Proceedings of American Society of Civil Engineers*, mayo de 1932, pág. 729.

sultas efectuadas, en forma de un Vocabulario que incluía gran cantidad de definiciones y de un Nomenclador con sus respectivos símbolos. Las conclusiones a que se había arribado eran el resultado de muchas discusiones en las que se emitieron las más diversas opiniones y que indicaban la necesidad de poseer definiciones correctas y normalizadas.

La iniciativa norteamericana tuvo eco favorable en la República Argentina y en el año siguiente, 1933, la revista *Ciencia y Técnica*¹ publicó la versión castellana de aquel trabajo, según había sido efectuada por alumnos del curso de Hidráulica Aplicada de la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires, bajo la dirección del Prof. Ing. Rodolfo E. Ballester. Al publicarse este trabajo se expresaba que « ni el texto original y menos la traducción podían considerarse como definitivas, sino como una base que podrán perfeccionar los profesionales... que deseen contribuir a ello ». Por mi parte, y con este propósito, publiqué en el año 1951, en una edición muy reducida y reservada casi exclusivamente a mis alumnos del curso de Hidráulica Agrícola de la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas de la Universidad Nacional de La Plata, un glosario con 171 símbolos utilizados en fórmulas de hidráulica, a los que, en lo posible, aunque en forma resumida, se les agregaron las correspondientes definiciones².

Otra iniciativa de importancia en la República Argentina la constituye la publicación del *Diccionario Ilustrado de Grandes Presas*³ cuyo texto bilingüe, francés-español, fue

¹ *Ciencia y Técnica*, Buenos Aires, febrero de 1933; número 368, pág. 45.

² CARLOS ALBERTO GUZMÁN, *Notaciones para Obras Hidráulicas y de Regadío*, La Plata, 1951.

³ *Diccionario Ilustrado de Grandes Presas. Francés-Español*, Buenos Aires, 1940.

editado en el año 1940 por la Dirección General de Irrigación del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, por iniciativa del Comité Argentino de la Conferencia Mundial de la Energía y de acuerdo a una resolución del año 1934, tomada en la Comisión Internacional de Grandes Presas; se incluyó en este trabajo casi un millar de términos con sus acepciones en ambos idiomas.

Debo mencionar también el *Formulario para Estadísticas de Fuerzas Hidráulicas* publicado en el año 1932, en Buenos Aires, por la Comisión de Inventario de Fuerzas Hidráulicas a propuesta del Comité Suizo de la Conferencia Mundial de la Energía. Este trabajo constituye un importante intento de llevar a cabo la normalización de símbolos y definiciones ¹.

Para finalizar esta breve síntesis de iniciativas debo agregar que en el « Primer Congreso Interuniversitario Nacional de Matemática, Física, Meteorología y Geología », reunido en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad Nacional de Buenos Aires en noviembre de 1954, presenté un trabajo de esta misma índole con el propósito de mantener viva la inquietud sobre el tema, directamente vinculado a problemas de hidrometeorología en estudio en dicho Congreso.

Tratando ya, en particular, la materia de interés de este Seminario Internacional de Hidráulica y Mecánica de los Fluidos, veremos que, en nuestro vocabulario existen tres términos cuyas acepciones tienden a confundirse; son ellos: VOLUMEN, CAUDAL, GASTO.

¹ *Formulario para Estadísticas de Fuerzas Hidráulicas*, Buenos Aires, 1932.

. En algunos textos atribúyese indistintamente a los términos « caudal » y « gastos » la significación de un volumen de fluido, en particular de agua, que pasa por determinada sección de un conducto, o cauce natural o artificial, en la unidad de tiempo.

En otros casos se designa como « caudal » a lo que sólo es un volumen, cualquiera sea la unidad, m³, Hm³, etc., que se adopte.

Pero antes de cotejar los manuales y tratados de la materia, veamos lo que dicen los repositorios oficiales.

1° El *Diccionario de la Lengua Española*¹, editado por la Real Academia, define el término « caudal » como la « cantidad de agua que mana o corre », y el término « gasto » como la « cantidad que un manantial de fluido, agua, etc., proporciona en determinada unidad de tiempo... ».

2° La *Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe*², que debo citar por cuanto constituye una autoridad en la filología castellana, atribuye a los términos « caudal » y « gasto » las mismas acepciones que el *Diccionario de la Real Academia Española*, es decir que, en ambos textos, tanto el « caudal » como el « gasto » significan un volumen de fluido o cantidad de agua que lleva un conducto, o pasa por la sección de un río, o surge de un manantial, si bien, para el término « caudal » está implícito y en el término « gasto », explícito, el concepto de que aquella cantidad o volumen surge, pasa, se escurre en la unidad de tiempo.

¹ *Diccionario de la Lengua Española*, por la Real Academia Española, Décimaquinta edición — 1925, págs. 262 y 606.

² *Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa Calpe*, Barcelona; tomo III; Pág. 161; tomo XII, pág. 631; tomo XXV, pág. 1.012; tomo XXVII, págs. 1.394, 1.408, 1.455, 1.457, 1.458, 1.469.

3° A pesar de lo expuesto, se notan en la citada *Enciclopedia* algunas incongruencias de importancia; por ejemplo, al exponerse diversos conceptos sobre el término «hidráulica» y ello en varias columnas, para expresar la cantidad de agua que se escurre en la unidad de tiempo se utiliza el vocablo «gasto», sin mencionár para nada el término «caudal».

4° El caso inverso, en la misma obra, se tiene, al tratar los términos «hidráulico», «hidrometría», «hidrómetro», «aforo», artículos en los que se dice «caudal», con total prescindencia del vocablo «gasto».

Pasemos a analizar el uso de estos términos en la literatura técnica castellana.

1° Cito en primer lugar una obra muy conocida en la República Argentina; me refiero al *Curso de Hidráulica*¹ del Profesor Francisco Javier Domínguez, ilustre organizador de este Seminario, en el que se dice que «el «gasto» o caudal es el volumen líquido que pasa por una sección en la unidad de tiempo», poniendo el término gasto entre comillas, para luego utilizarlo en todo el texto sin volver a mencionar el sustantivo «caudal».

2° En el *Manual de Hidráulica Guillermo C. Céspedes*², obra muy utilizada en la República Argentina, cuyas últimas ediciones han sido corregidas y aumentadas por los ingenieros Juan B. y José S. Gandolfo, se habla del caudal

¹ *Curso de Hidráulica*, por Francisco Javier Domínguez, Santiago de Chile, 1945, págs. 38, 65, 136, 491, etc.

² *Manual de Hidráulica Guillermo C. Céspedes* 2^{da} edición; Buenos Aires, 1941; págs. 23, 24, 45, 149, etc.

unitario o gasto de una corriente, expresado en m^3/seg y definido como el volumen que pasa en un segundo por una sección transversal dada; aclarando los autores que a menudo, y así ocurre en el texto, se omite el adjetivo unitario; en los diversos capítulos de la obra se dice tanto «caudal» como «gasto».

3° Entre otros textos usan el término caudal, con prescindencia del vocablo gasto, los siguientes: *Hidráulica*¹ de Balloffet, Gotelli y Meoli, obra a la que la Comisión Nacional de Cultura de la República Argentina otorgó el Premio a la producción científica; *Curso de Hidráulica*² de L. A. Facorro Ruiz, obra de tipo medio, muy utilizada en la Argentina; la famosa obra *Salto de Agua y Presas de Embalse*³ de Gómez Navarro y Aracil; las traducciones de la *Hidráulica*⁴, de Rouse, del *Tratado de Hidráulica* de P. Forcheimer⁵, *Construcciones Hidráulicas*⁶, de J. Hentze, de *Problemas de Hidráulica Aplicada*,⁷ de O. Streck, etc.

4° Se utiliza, en cambio, el término «gasto», con el mismo sentido que «caudal», en las anteriormente citadas, en las traducciones castellanas de la *Hidráulica de los Canales*⁸ de Boris Bakchmeteff y de «Riegos» de Risler y Wéry⁹.

¹ *Hidráulica*, por Balloffet, Gotelli y Meoli, Buenos Aires, 1948, primera edición; tomo I, págs. 102, y sig., etc.; tomo II, pág. 45, 99, etc.

² *Curso de Hidráulica*, de L. A. Facorro Ruiz, Buenos Aires, 1960, primera edición, págs. 58, etc.

³ *Salto de Agua y Presas de Embalse*, por Gómez Navarro y Aracil, 2 tomos; Madrid.

⁴ *Hidráulica*, de Rouse, Madrid, 1951.

⁵ *Tratado de Hidráulica*, de P. Forcheimer, Barcelona, 1935.

⁶ *Construcciones Hidráulicas*, de J. Hentze, Buenos Aires, 1951.

⁷ *Problemas de Hidráulica Aplicada*, de O. Streck, Barcelona, 1948.

⁸ *Hidráulica de los Canales*, de Bakchmeteff, Madrid.

⁹ *Riegos*, de Risler y Wéry, Barcelona, 1931.

5° En la traducción ya citada del trabajo de la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles el símbolo Q sirve para indicar el caudal o volumen que pasa en la unidad de tiempo, no mencionándose para nada el término « gasto ». Con el mismo criterio se procede en el *Diccionario Ilustrado de Grandes Presas* y en el *Formulario para Estadísticas de Fuerzas Hidráulicas*, trabajos a los que también me he referido anteriormente.

6° Para terminar con esta enumeración de obras que emplean el término caudal debo citar su uso en diversas publicaciones de distinguidos hidráulicos de gran actuación en la República Argentina, como lo son los ingenieros Carlos Michaud ¹, Julio Vela Huergo ², Ángel Forti ³, Alfredo Mellí ⁴, etc. cuyos trabajos se encontrarán mencionados en las referencias bibliográficas del presente informe. Agrego a esto el uso del término « caudal » en los *Anuarios Hidrológicos* de la Dirección General de Agua y Energía Eléctrica ⁵, también de la República Argentina.

Pero este pequeño intrínquilis en nuestra literatura técnica no es exclusivo del habla castellana ; en efecto, en el idioma inglés existe también cierta discordancia entre los términos

¹ *Regadíos en Santiago del Estero*, por Carlos Michaud, Santiago del Estero (Argentina). 1942.

² *Las Obras de Desagües Pluviales en la Ciudad de Buenos Aires*, por Julio Vela Huergo, Buenos Aires, 1936.

³ *Posibilidades de Fuerza Motriz en los Ríos Andinos*, por Ángel Forti, Buenos Aires, 1944.

⁴ *Embalse de Punta Negra*, por Alfredo Mellí, San Juan, 1948.

⁵ *Anuario Hidrológico*, de la Dirección General de Agua y Energía Eléctrica, Buenos Aires, 1945/1946.

« flow » y « discharge » ; ambos expresan un volumen en la unidad de tiempo ; sin embargo, la ya citada Comisión Especial de la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles indica que el primero, « flow », es el más indicado. Podrá verificarse esta situación, entre otros, en el *Diccionario* de Appleton¹ y en el *Diccionario Técnico de Ingeniería*², de Manuel Aguilar.

Con el propósito de aclarar la verdadera acepción de los vocablos estudiados, he recurrido a su versión en otros idiomas, especialmente el francés, y al análisis de la etimología de ellos.

El *Diccionario Bilingüe Francés-Español*³ de Vicente Salvá, como también el de Fernández Cuesta⁴, que son los consultados, coinciden en que el término adecuado para indicar el volumen de fluido en la unidad de tiempo es el vocablo « debit ». Este término tiene, para algunas de sus acepciones, el sinónimo de « depense », cuyo verdadero significado es el de 'gasto', en el sentido de empleo de dinero, lo que está perfectamente justificado por su etimología, pues el término « depense » proviene del supino « depensum » y, a su vez, éste de « dependere », voz latina que significa 'gastar' (Véase la obra citada de Fernández Cuesta, tomo I, pág. 562).

¹ *Nuevo Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés*, por Appleton, 1940 págs. 97, 132, 180, 253, etc.

² *Diccionario Técnico de Ingeniería*, de Manuel Aguilar, Madrid, 1948.

³ *Nuevo Diccionario Francés-Español*, de Vicente Salvá, bilingüe, en 2 tomos, Buenos Aires.

⁴ *Diccionario de las Lenguas Francesa y Española Comparadas*, por Nemesio Fernández Cuesta, 4 tomos, 1946. Tomo I, págs. 522, 562; tomo III, págs. 324, 731, etc.

A pesar de esto, hemos encontrado en el *Dictionnaire Encyclopédique Quillet*¹ la siguiente acepción para el término « depense »: « La depense d'un courant d'eau est la masse fluide que passe par une de ses sections dans un temps déterminé ».

En cambio, el término « debit », de « debiter », proviene del latino « deputare », voz que significa 'tasar', « valorar » y que es propio de la acepción que le atribuimos.

Por otra parte, nuestros términos « caudal » y « gasto » se derivan de las voces latinas « capitalis » y « gastare », significando esta última 'destruir'.

Lo expuesto me ha permitido deducir que el término « gasto » es un galicismo, por tratarse de una versión castellana del francés « depense »; por consiguiente, si bien su significación puede ser la de un volumen que pasa en la unidad de tiempo, su uso es impropio o inadecuado.

Con lo expuesto, queda demostrada la anarquía existente en el uso de los términos « caudal » y « gasto », sin necesidad de abundar en mayores detalles.

Sólo cabe agregar a lo ya dicho el uso, no muy frecuente, del término « caudal » para indicar exclusivamente un volumen determinado y total de fluido.

¿Cuál ha de ser, pues, la verdadera acepción de estos términos? ¿Cuál el correcto significado de los mismos?

A mi criterio, la solución del problema planteado podría concretarse en las siguientes normas o definiciones:

¹ *Dictionnaire Encyclopédique Quillet*, 1935; tomo II, págs. 1130, 1181, etc.

1° *Volumen* es el término que debe utilizarse en forma exclusiva para indicar una cantidad determinada de fluido, en particular de agua, con prescindencia absoluta de unidades de tiempo, o sea, sin tener en cuenta el período en que dicha cantidad se ha logrado. Por consiguiente el término caudal es inapropiado para indicar un volumen.

2° *Caudal* es el término correcto para designar la cantidad de fluido, en particular agua, que pasa por una sección de un conducto o de un cauce en la unidad de tiempo.

3° *Gasto* es un término que tiene la misma acepción que caudal, pero su uso es incorrecto en el idioma castellano técnico por tratarse de un galicismo.

La adopción de una terminología correcta en cuanto a los casos planteados es de fundamental importancia, no sólo desde el punto de vista de un mejor entendimiento internacional, sino también considerando aspectos docentes; en general los alumnos se encuentran en dificultades ante los casos de doble interpretación de algunos de estos términos, por cierto que muy utilizados en varias materias de la especialidad.

Pongo en consideración del Seminario internacional de Hidráulica y Mecánica de Fluidos las definiciones propuestas, por entender que está dentro de sus atribuciones el expedirse concretamente. Si ello se logra habremos dado un paso más hacia la cooperación latino-americana y; por consiguiente, hacia la colaboración mundial, mediante el mutuo conocimiento de los problemas comunes.

CARLOS ALBERTO GUZMÁN

DEFINICIÓN DE TÉRMINOS Y FORMAS DE LENGUAJE

I

FILOLOGÍA, LINGÜÍSTICA Y FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

1. En un estudio sobre lenguaje en la actualidad, entre nosotros, no puede prescindirse de la definición de los términos *filología* y *lingüística*. Hay que abordar esa vieja polémica. ¿Es idéntica la lingüística y la filología, o son disciplinas diferentes? Se ha sostenido, con mucha vehemencia, entre nosotros, por una autoridad lingüística lo primero, es decir, que la filología se considera identificada con la lingüística, « a pesar de los franceses porque son los más tenaces del mundo para todo lo que sea tradición, diciendo que una cosa es la filología y otra es la lingüística ». El espíritu, lo que está dentro — se decía — no les interesa sino solamente la forma material. A pesar también de los italianos que con Trombetti se esfuerzan por que se diferencie la filología de la *glotología*¹ (como parte de la lingüística). Las razones de

¹ El nombre de *glotología* no es invención de Trombetti sino de Ascoli (1829-1907), el más notable de los filólogos italianos, quien fundó y dirigió el *Archivio glottológico* desde 1873. En 1902 se encargó de la dirección C. Salvioni y en 1910 P. G. Goidanich, luego lo dirigieron Bartoli y Terracini. Es Ascoli quien con más acierto asoció el estudio de las antiguas lenguas indoeuropeas a las lenguas romances. Actual-

esta identificación eran : que los ingleses seguían llaman'o *Philology* al estudio del lenguaje ; y no solamente la Escuela de Menéndez Pidal ha llamado *Revista de Filología*, y no lingüística, sino que de una manera polémica, aclarada, la escuela llamada « idealista » de Karl Vossler, entroncando con Croce y con Hegel, ha venido a establecer la identificación « obligatoria » como programa de los términos *filología* y *lingüística*. Ese idealismo tiende a una interpretación estética del lenguaje y su punto de partida es el lenguaje del poeta. El objeto de la ciencia del lenguaje es la expresión, y ésta es, ante todo y sobre todo, hecho estético. Pero veamos las cosas más de cerca y examinemos esos términos a la luz de su historia y la interpretación de autoridades en la materia ¹.

2. *Filología* es *afición* al lenguaje, como *filosofía* es *afición* a la *sabiduría*. Llevados posiblemente de un sentimiento de modestia (y no de soberbia) se llamaron a sí mismos *filólogos* Eratóstenes entre los antiguos y el eruditísimo Wolf entre los modernos, como por parecido sentimiento se había llamado *filósofo* el sabio Protágoras. Amor o *afición* a

mente puede decirse que los autores italianos usan de preferencia el término *lingüística* (y no *glottología*). Algunos ejemplos : DEVOTO, *Los Fundamentos de la Historia Lingüística* ; BARTOLI, *Introducción a la Neolingüística* ; MIGLIORINI, *Lingüística* ; PISANI, *Introduzione alla Linguistica Indoeuropea* ; TERRACINI, *Guida allo Studio de la Linguistica* ; BARTONI, *Breviario de Neolingüística* ; PAGLIANO, *Sommário di Linguistica*. El *Archivio glottologico* está aún en publicación.

¹ Se ha objetado con mucho fundamento la consideración exclusivamente estética de la expresión verbal, porque restringe « arbitrariamente » las funciones del lenguaje ; hay en su mecanismo interno — se ha dicho — muchos elementos irreductibles a la pura expresión de lo bello.

la sabiduría es todo a lo que puede aspirar un hombre, porque la sabiduría sólo la poseen los dioses.

La palabra, como se sabe, es de abolengo griego y se empleó en un principio para designar la extrema locuacidad. En tal sentido la usa Platón ¹. Los Atenienses, muy dados a las muchas palabras, son contrapuestos a los espartanos, poco habladores. Mas dada la relación entre *logos* (palabra, expresión de conocimiento) y *sophía* (sabiduría, conocimiento) no fué difícil el tránsito de una a otra. Predominó luego el tomar la palabra *philologia* en cierto aspecto técnico, y así llegó a confundirse con *erudición*, estudio y conocimiento de cosas literarias; así aparece en Cicerón ².

Mas como el conocimiento de las palabras lleva inmediatamente al de las cosas, fácilmente se ve que las conversaciones y escritos filológicos de la antigüedad fueron « exactos precedentes » ya de la moderna filología, tomada en toda su extensión, si bien los métodos fueron muy rudimentarios ³.

Sin embargo, el nombre verdaderamente técnico, correspondiente al actual filólogo, fué en la antigüedad el de *Grammaticus*; pero, como ya se ha dicho, « no poco de la

¹ Dice Platón en *Las Leyes*, hablando de Atenas: « Todos los griegos tienen a nuestra ciudad por amiga de hacer discursos y más discursos ».

² Cicerón usa *Philologia* muy pocas veces, en cambio usa con frecuencia *philologus*: « *homines nobiles illi quidem sed nullo modo philologi* » (*Att.*, 13, 12, 3). A veces también como sustantivo: « *nos ita sumus philologi ut vel cum fabris habitare possimus* » (*Quint.* fr. 2, 10, 3); « *ne et opera et oleum philologiae nostrae perierit* » (*Att.*, 2, 17, 1). El significado en estos ejemplos parece ser el de « docto en los estudios de literatura y de antigüedad », en oposición al puro filósofo.

³ Cfr. WILHELM KRÖLL, *Historia de la Filología Clásica* (Col. « Labor »), Prólogo y cap. II.

tarea filológica era en realidad llevada a cabo por los que se apellidaban filólogos, sobre todo desde que la palabra filología se limitó a designar, ya en sentido propio y exclusivo, el literato, el erudito, el conocedor profundo de la lengua y de la literatura ».

Según Suetonio ¹, Eratóstenes de Cirene fue el primero que se aplicó el dictado de *filólogo*. Sucedió a Calímaco, hacia el 236 a. d. C., en la dirección de la gran Biblioteca de Alejandria y quiso probablemente indicar con el nuevo nombre su vivo interés por toda clase de cultura y la gran variedad de su mucha doctrina.

*
*

3. Fue modernamente F. A. Wolf el primero que usó la palabra *filólogo*, queriendo hacer de ello una profesión, o mejor dicho, expresión técnica de la labor, ya tan antigua, de estudiar la antigüedad clásica. Cuando se matriculó en la Universidad de Gottinga, logró, no obstante la oposición del Rector y de Heyne, ser clasificado como *Studiosus philologiæ*. Pertenece Wolf a la época en que el movimiento filológico queda determinado, de una parte, por el Neohumanismo, que conduce a un estudio mucho más intensivo de los clásicos, y, de otra, por las ciencias históricas, que adquieren su punto de partida en la corriente romántica; pero también la Filosofía y más tarde la Lingüística reclaman sus derechos de investigación ².

¹ *De Grammaticis et Rethoribus*, cap. 10: « *Philologi appellationem assumpsisse videtur, quia sic ut Eratostenes, qui primus hoc cognomen vindicavit, multiplici variaque doctrina censebatur* ».

² Cfr. VIRGILIO INAMA, *Filología Classica Greca e Latina*. Manuali Hoepli, Milano, 1911 (Caps. II y III).

Según el filólogo clásico Wolf la filología debía estudiar todos los aspectos que era necesario aclarar para entender bien un texto antiguo; un acopio de materiales y de explicaciones de materiales fortuitos para la buena comprensión de los textos. Pero, naturalmente, interesaba también el conocimiento del lenguaje en sí, no sólo al servicio de los textos, sino por lo que la lengua es en sí, y se necesitaba otro término para llamar a estos estudios, y nace así la diferencia entre filología y lingüística.

4. El vocablo *lingüística* empieza a usarse en el siglo XIX (hacia cuyo final se trata de asignarle sentido diverso del que correspondía a *filología*).

La preocupación por la lengua hablada, por un lado, y por otro, el comparatismo « que opera muchas veces sin poderse apoyar en textos escritos » dieron origen a una nueva ciencia, « con la que alguna vez, erróneamente, se confunde la Filología ». Ambas ciencias estudian el lenguaje, pero de distinta manera. La filología lo estudia con vistas a mejor comprensión o fijación de un texto; la lingüística, en cambio, centra exclusivamente su interés en la lengua, hablada o escrita, utilizando los textos cuando existen y los precisa, sólo como medio para conocerla mejor. Cuando el filólogo aborda cuestiones lingüísticas es sobre todo para comparar textos de diferentes épocas, para determinar la lengua de cada autor, descifrar y explicar inscripciones redactadas en una lengua arcaica u oscura. Esta investigación, sin duda, ha preparado la lingüística histórica. « Los trabajos de Ritschl sobre Plauto — afirma Saussure — pueden ser lla-

mados lingüísticos ». La lingüística, pues, según esto, puede decirse que nace de la filología. Al rebuscar, en efecto, y escudriñar las literaturas y los monumentos de las gentes « que pasaron con el intento filológico de hacer revivir las antiguas civilizaciones, se preguntó el hombre pensador si no era por ventura el habla el de mayor momento y valía ». Nada presta tanta luz a la investigación de los orígenes de las naciones como el estudio de las lenguas », dijo Leibniz, y Creutzer : « El lenguaje es el documento más fidedigno de los pueblos » ¹.

5. « La ciencia que se ha constituido alrededor del hecho de lengua ha pasado por tres fases sucesivas antes de reconocer cuál es su verdadero y único objeto ». El tercer período (el primero es el de la gramática ; el segundo el de la filología creada por Friedrich August Wolf a partir de 1777) comenzó, según Saussure, cuando se descubrió que se podía comparar las lenguas entre sí. Se empezó por comparar entre sí el griego, el latín, el sánscrito, el antiguo germano, el antiguo eslavo, el antiguo persa, el céltico, etc. Se dio así el paso de la filología a la lingüística como ciencia joven (nacida a principios del siglo XIX). Ahora bien, si examinamos las palabras usadas para designar el caballo : en el alemán *Pferd*, en ruso *loshad*, en inglés *horse*, en francés *cheval*, en latín *equus*, en griego moderno *álogo*, en persa *esp*, no podríamos nunca sospechar que estas lenguas pertenecen a una misma familia. Pero si examinamos con más cuidado algunas palabras fundamentales, hallamos una realidad más clara :

¹ EN JULIO CEJADOR Y FRAUCA, *Cabos Suellos*, Madrid, 1907, págs. 12 y sigs. cf. también FERDINAND DE SAUSSURE, *Cours de Linguistique générale*, Paris 1931 (3ª ed.), págs. 13 a 17.

PADRE : Sánscrito *pitar* ; griego *patér* ; ant. irlandés *athir* ; gótico *fadar* ; armenio *hayr* ; alemán *Vater* ; inglés *father*.

MADRE : Sánscrito *matár* ; antiguo esclavo *mater* (ruso *mat'*) ; griego *méter* ; latín *mater* ; antiguo irlandés *mathir* ; inglés *mother* ; alemán *Mutter*.

HERMANO : Sánscrito *bhrátar* ; antiguo esclavo *bratru* ; (ruso *brat*) ; griego *fráter* ; latín *frater* ; antiguo irlandés *brathir* ; inglés *brother* ; alemán *Bruder*.

VIUDA : Sánscrito *vidháva* ; gótico *widuo* ; latín *uidua* ; inglés *widow*.

DIEZ : Sánscrito *dáca* ; armenio *tasn* ; griego *déka* ; latín *decem* ; irlandés *deich-n* ; ruso *diésat* ; inglés *ten* ; alemán *zehn*.

Dos : Latín *duo* ; ruso *dvá* ; griego *dúo* ; antiguo irlandés *da* ; sánscrito *d(u)vé* ; inglés *two* ; alemán *zwei*, etc. ¹.

Las semejanzas entre las lenguas indoeuropeas (indogermánicas o arias) no pueden ser coincidencia pura y se beben a que proceden todas de un idioma primitivo : el indoeuropeo ².

El conocimiento del sánscrito ha sido decisivo para el

¹ LUIZ FURMAN SAS, *¿ Quiénes son los Arios ?* (folleto). Buenos Aires, 1941 ; véase principalmente A. MEILLET, *Introduction a l'Étude comparative des Langues Indo-européens* (huitième édition refondue). Hachette, 1937, págs. 453-483.

² Todas las lenguas de Europa, con excepción del vasco, del húngaro, del finlandés, del lapón y del turco, son lenguas indoeuropeas. Todas estas lenguas son formas evolucionadas de un antiguo idioma, el indoeuropeo, del cual sabemos muy poco, pero que se hablaba quizá veinte o treinta siglos antes de J. C. « en una región del mundo que nunca se ha definido exactamente ». No tiene realidad concreta alguna, es meramente una serie de correspondencias.

nacimiento de la ciencia del lenguaje o sea la *lingüística*.

« Bopp, dice Meillet, ha encontrado la Gramática comparada tratando de explicar el indoeuropeo, como Cristóbal Colón ha descubierto a América buscando las Indias » (*op. cit.*). Antes de constituirse la lingüística, muchos habían hecho comparaciones entre lenguas para deducir parentescos; pero siempre basándose en semejanzas entre palabras, « semejanzas azarosas cuando no forzadas ». La comparatística se organiza en ciencia desde el punto en que abandona este « juego caprichoso » para buscar series de correspondencias sistemáticas ¹.

Augusto Schleicher (1821-1868) es una figura que por algún tiempo fue cumbre y sirvió de broche, a la vez, de este primer período de la historia de la nueva lingüística comparada. Es el primero que se ha dedicado a codificar los resultados de las investigaciones. Su *Compendio de la Gramática Comparada de las Lenguas Indogermánicas* (1861) es una especie de sistematización de la ciencia que habían traído al mundo Bopp y Jacobo Grimm. Este libro, que ha prestado grandes servicios durante mucho tiempo, evoca, más que ningún otro, la fisonomía de esta escuela comparatista, que constituye el primer período de la lingüística indoeuropea. Y fue también Schleicher — quizás el primero — el que distinguió bien entre lingüística y filología: « La *filología* — según él — estudia cosas pertenecientes a la historia del hombre, la *lingüística* estudia una lengua, o la relación entre muchas lenguas, como organismo o como relación entre muchos organismos » ².

¹ Véase AMADO ALONSO. *Prefacio a la « Filosofía del Lenguaje »* de Karl Vossler, (Edit. Losada, Buenos Aires, 1943).

² Cfr. para más detalles: GUILLERMO THOMSEN. *Historia de la Lingüística*. Col. « Labor », 1945, págs. 100 a 108.

Pero la lingüística propiamente dicha nació del estudio de las lenguas románicas y de las lenguas germánicas. Los estudios románicos, inaugurados por Diez (1794-1876), se manifiestan en su *Gramática de las Lenguas Románicas* (en tres tomos, 1836, 1838 y 1844, y cinco ediciones posteriores, incluso en francés) y el *Diccionario Etimológico de las Lenguas Romances* (en dos tomos, 1853, cuatro ediciones). Estas obras contribuyen particularmente a acercar a la lingüística a su verdadero objeto. Es que los romanistas se encontraban en condiciones privilegiadas, desconocidas para los indoeuropeístas; se conocía el latín prototipo de las lenguas romances; luego la abundancia de documentos permitía seguir en detalle la evolución de los idiomas. Estas dos circunstancias limitaban el campo de las conjeturas y daban a toda esta investigación una fisonomía concreta. Los gramatistas estaban en situación análoga ¹.

6. Que la filología y la lingüística son « dos disciplinas diferentes » nos lo corrobora la autoridad de Paul Kretschmer, cualquiera que sea la proximidad en que se hallen situadas entre sí por su objeto. « En último término — escribe — la delimitación del campo en que se mueve cada ciencia no depende, en efecto, de diferencias de objeto ni de otra clase de consideraciones teóricas ». Desde el punto de vista teórico toda delimitación es peligrosa; pues, sea cual fuere el método con que se emprende, destruye la conexión natural de los hechos y desemboca en deducciones parciales y exclusivas. De aquí que son más bien consideraciones de orden práctico las que han dado origen a la división del trabajo científico.

¹ FERDINAND DE SAUSSURE, *op. cit.*, pág. 18.

Según Amado Alonso la exigencia de lo sistemático en las correspondencias (se refiere a los comparatistas) apartó a los primeros lingüistas de las desacreditadas comparaciones léxicas y los indujo a preferir como material de estudio, primero, la conjugación, la declinación y los sufijos, y luego la fonética. Y agrega que en la fonética no se contentaron ya en establecer *cuáles* habían sido algunas etapas recorridas por un cambio, y se exigió saber el *cómo* de cada una de las evoluciones cumplidas. « Con tales pertrechos de método — continúa — y con una crítica cada vez más exigente, *la lingüística llegó* (el subrayado es nuestro) *en menos de un siglo a una consistencia de conocimientos realmente asombrosa* », y, además, « ninguna otra disciplina del saber humano había adelantado tanto en tan poco tiempo »¹.

Por estas mismas razones y por la imposibilidad en que se halla cada investigador aislado de abarcar al mismo tiempo extensos y variados campos y la dificultad de unir los conocimientos y las dotes que serían necesarias para ello a la práctica y a la experiencia que exige la aplicación de cada método, se impone la división que hemos mencionado (salvo excepciones) y que es hoy casi indiscutible. Es verdad — afirma Kretschmer — que el filólogo y el lingüista estudian los dos el lenguaje, pero así como el primero atiende a la expresión individual vertida en los textos literarios, el segundo se ocupa de los hechos del lenguaje en general, de las normas y de las leyes del lenguaje en general, de las normas y de las leyes que lo gobiernan. De esta manera el filólogo « tiende a penetrar en el modo individual de la expre-

¹ AMADO ALONSO. *Prefacio a la « Filosofía del Lenguaje »* de Vossler, citado, 8.

sión, mientras que el lingüista ha de extender sus conocimientos a diversas lenguas y tiene que valerse del método comparativo »¹. Esta aplicación del método comparativo al estudio del lenguaje fué en realidad — según Kretschmer² — lo que convirtió a la lingüística en disciplina autónoma durante la primera mitad del siglo XIX, y lo que produjo, al mismo tiempo « un lamentable divorcio » entre esta ciencia y la filología clásica³.

7. Cejador — ya en 1907, *op. cit.* — se plantea la cuestión de los términos que nos ocupan y establece una diferencia en ambas ramas. Al pasar de la filología a la lingüística dice: lo que antes había sido puro arte se remontó a la categoría de ciencia, y el estudio de las lenguas que hasta entonces (nacimiento de la gramática comparada) sólo se comprendía « como un medio de ser literato o filólogo, que sólo

¹ Los estudios de los filólogos no se hacían por interés hacia el lenguaje de su autor, sino por los textos. Se estudiaba el lenguaje de su autor para penetrar en sus secretos literarios, para comprender mejor la historia genética de sus obras. Pero de la comparación crítica de los textos nació la comparación lingüística.

² PAUL KRETSCHMER, *Introducción a la Lingüística Griega y Latina*, Madrid (*Instituto Nebrija*), 1946, (Trad. de S. Fernández Ramírez y M. Fernández Juliano), págs. 1 y sigs.

³ Véase MEILLET, *op. cit.*, págs. 463 y sigs.: « Los comparatistas inspiraban tanto menos confianza por cuanto sus conocimientos en filología clásica carecían a menudo de precisión (Bopp era un mediocre latinista), y porque descuidaban la sintaxis, tan esencial a los ojos de un filólogo ». A su vez muchos filólogos clásicos ignoraban la gramática comparada o, cuando trataban de aprenderla, penetraban mediocrementemente el método. Curtius — filólogo distinguido, conocido sobre todo por sus *Principios de Etimología* (1879) — ha sido de los primeros en reconciliar la gramática comparada con la filología clásica. Ésta había seguido con desconfianza los progresos de la nueva ciencia.

era simple instrumento literario o filológico », se tomó como objeto final propio, constituyendo la ciencia del lenguaje. El lenguaje es medio para el filólogo y objeto para el lingüista. Además el filólogo sólo mira el uso de aquella lengua particular que le puede servir para su propósito, el lingüista abarca todas las lenguas en general, aunque se ciñe a una sola familia, o, tal vez, a una sola lengua, y no para usarlas, sino en sí, en su naturaleza, causas, mudanzas y origen, como término final de la investigación. En el mismo sentido tenemos las opiniones de Inama, Saussure y, más cerca a nosotros, la de von Wartburg y otros ¹.

* * *

Conclusión: Resumiendo podemos decir que antiguamente se llamó filología a la ciencia que se ocupaba de fijar, restaurar y comentar los textos literarios, tratando de extraer de ellos las reglas del uso lingüístico. « Modernamente amplió su campo, convirtiéndose además en la ciencia que estudia el lenguaje, la literatura y todos los fenómenos de cultura de un pueblo o de un grupo de pueblos por medio de textos escritos. La preocupación por la lengua hablada, de un lado, y de otro el comparatismo, que un nuevo paso llevó a la historia del lenguaje. Este paso de la comparación a la historia se dio en dos campos. Estos dos campos — como

¹ Dice Saussure — *op. cit.*, pág. 21 — : « Quant à la philologie, nous sommes déjà fixés ; elle est nettement distincte de la linguistique. malgré les points de contact des deux sciences et les services mutuels qu'elles se rendent » ; cfr. Inama, *op. cit.*, págs. 16 a 27 ; von Wartburg. *Problemas y Métodos de la Lingüística*. Public. de la *Revista de Filología Española*. Trad. de Dámaso Alonso. págs. 3-5 y sigs.

sabemos — eran las lenguas románticas y las lenguas germánicas. Se dio así una nueva ciencia, la *lingüística*, con la que alguna vez « erróneamente » se confunde la *filología*. Ambas ciencias estudian el lenguaje, pero de distinto modo, según vimos ¹.

A veces las dos disciplinas son cultivadas con eficacia por una sola persona. Es el caso que se menciona de Menéndez Pidal, cuya edición y estudio del *Cantar del Mio Cid* son una buena muestra del trabajo filológico; los *Orígenes del Español*, del mismo autor, o modernas investigaciones dialectales, deben ser clasificados como trabajos lingüísticos. Pero si tomamos como ejemplos a dos miembros eminentes de la misma escuela: Américo Castro y Amado Alonso, diríamos que el primero, en sus obras fundamentales, es filólogo, y el segundo lingüista ².

LINGÜÍSTICA Y FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

8. Para completar este capítulo diremos algo sobre los límites entre lenguaje y filosofía del lenguaje. Pero ¿cuál es el concepto de la filosofía del lenguaje? Para determinar este concepto Amman, en la introducción de su obra *Die Menschliche Rede (El Habla Humana)*, elimina todas aquellas concepciones de *filosofía del lenguaje* que, a su jui-

¹ FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Diccionario de Términos Filológicos*, Madrid, 1953, s. v. *filología*.

² Si se fundara hoy la revista de Madrid, posiblemente la llamarían *Revista de Filología y Lingüística Española*, que sería lo que corresponde, ya que se ocupa de ambas disciplinas. Véase PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *El lenguaje* (en *Humanidades*, tomo XXI, págs. 107 a 125). Hay tirada aparte.

cio, no pueden ser aceptadas. Filosofía del lenguaje no consiste primeramente en la nueva derivación de conocimientos filosóficos a partir de los hechos lingüísticos; tampoco es su objeto la investigación del origen del lenguaje¹; la filosofía del lenguaje debe tratar de obtener la idea del lenguaje, determinar qué es por esencia. Y para esto Amman « se propone seguir en medio de « rigurosa inquisición fenomenológica », tratando de llegar al inmediato contacto con el fenómeno, de llegar a intuirlo en su ser »².

Un « fino análisis » del concepto de filosofía del lenguaje nos presenta Hönigswald en su trabajo *Philosophie und Sprache*. « Por filosofía del lenguaje — dice Hönigswald — se entiende aquí la ciencia del concepto del lenguaje, la discusión científica y metódica, caracterización del hecho de que se dan lenguaje y lenguas en general ». La filosofía del lenguaje se ocupa, por tanto, de todo ese campo de relaciones que se encierran en aquel hecho y en aquellos conceptos: « lenguaje » y « lenguas »³.

Estas concepciones de la filosofía del lenguaje que hemos mencionado y otras que omitimos nos bastan para dar idea de la complejidad de su objeto y « la dificultad grande de su determinación y exactitud ». Lo que importa es distinguir,

¹ AMMAN, *Die Menschliche Rede*, pág. 2; ap. RAMÓN CEÑAL LORENTE, S. I. *La Teoría del Lenguaje de Bühler*, Madrid 1941, págs. 41-42. « Es una idea muy falsa — dice Saussure — creer que en materia de lenguaje el problema de los orígenes difiere del de las condiciones permanentes », *op. cit.*, pág. 24.

² En oposición a esta concepción ontológica del lenguaje, Kretschmer proclama el carácter eminentemente psicológico de la filosofía del lenguaje (Kretschmer, *Sprache*, pág. 3; CEÑAL LORENTE, *op. cit.* pág. 43).

³ *Op. cit.*, pág. 9; CEÑAL LORENTE, *op. cit.* págs. 43 y 44.

en lo posible, los límites entre lingüística y filosofía del lenguaje. La lingüística o ciencia positiva del lenguaje estudia la actividad verbal en general, sus normas y sus leyes; se ocupa de una manera especial de la comparación de las lenguas para obtener de ahí las leyes generales de la actividad lingüística humana. Mas una ulterior determinación de la esencia de estas leyes, de su relación y dependencia de la naturaleza psíquica del hombre, supera los límites de la competencia de aquella ciencia. Por lo mismo, « la lingüística no busca, o, por mejor decir, no puede darnos una idea exacta de la esencia misma del lenguaje humano, en el sentido trascendental y ontológico de la determinación esencial: la lingüística se mueve « en el plano inferior de la ciencia positiva, del dato eventual y concreto, de la fisonomía contingente, histórica, de las lenguas ». La determinación de aquella esencia está reservada a la filosofía del lenguaje¹.

Pero es evidente que « esta determinación trascendental » de los hechos lingüísticos ha de partir de aquellos datos que la lingüística general ofrece. Del estudio positivo de las lenguas partió Humboldt, el verdadero fundador de la moderna filosofía del lenguaje. Asimismo Vossler, el descubridor de la existencia del idealismo en el lenguaje, a través de Croce, es un técnico consumado dentro del campo de la lingüística romance.

Y no es sólo la lingüística, también la filología en sus propios trabajos contiene valiosos elementos; susceptibles de fecunda inquisición filosófica. La filología nos suministra — según Stenzel — los materiales para la solución de las siguientes antinomias: la de la múltiple forma de la expre-

¹ RAMÓN CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, págs. 40 y 41.

sión lingüística y la unidad del mecanismo de la actividad verbal ; la de la variedad y diferencias de cultura y el progreso y refinamiento de las lenguas ; la producción literaria atesorada por la historia, donde esos problemas palpitan siempre con la misma vida ¹.

II

UN « PROBLEMA LITIGADO » : LA PALABRA GRAMATICAL

1. Casi todos los lingüistas están acordes en que es difícil dar una definición satisfactoria de la *palabra* ². Con seguridad sólo puede decirse — según Lenz — que es una *parte de la oración* en el sentido propio, es decir, una subdivisión de la oración. He aquí algunas definiciones que se han considerado insuficientes. La Real Academia Española, en todas las ediciones de su *Diccionario* (1ª acepción), da esta definición : « Palabra es un sonido o un conjunto de sonidos articulados que expresan una idea ». En la *Gramática* (desde la edición de 1817) dice : « Llámase *palabra, vocablo, voz, dicción o término* la sílaba o conjunto de sílabas que tienen existencia independiente para expresar una idea » (ésta puede

¹ JULIO STENZEL, *Filosofía del Lenguaje* (Traducción española por R. de la Serna, Madrid, 1935), pág. 5.

² « La frase y la imagen verbal se componen de los mismos elementos. Éstos son lo que la gramática corriente llama *palabras*. Hemos estudiado la palabra fonética ; pero ésta puede comprender muchas palabras en sentido gramatical corriente, y tiene también, según las lenguas, límites más o menos precisos. Para dar una definición más completa de la palabra debemos analizar sus elementos desde el punto de vista gramatical » (J. VENDRYÈS, *El Lenguaje*, trad. de Montolíu y José M. Casas, 1925, pág. 99).

ser ya de sustancia, ya de calidad, ya de relación). La definición de Bello (*Gramática*, § 5) es aún menos explícita: « Toda lengua consta de palabras diversas, llamadas también *dicciones*, *vocablos*, *voces*. Cada palabra es un signo que representa por sí sólo alguna idea o pensamiento ». Henry Sweet en su « excelente » *Gramática* inglesa ¹ dice: « Una palabra puede definirse como una unidad mínima (o indivisible) e independiente de sentido » (*an ultimate independent sens-unit*).

Detengámonos por el momento en estas definiciones y veamos por qué son inaceptables.

2. Varios grupos de palabras no expresan conceptos propiamente tales; las relaciones entre las palabras conceptuales se expresan por terminaciones, prefijos, sufijos, que no se llaman palabras. Además si hay lenguas en las cuales la palabra se deja definir fácilmente como unidad independiente e indivisible, existen otras en las cuales aquélla se funde en cierta manera en el cuerpo de la frase y en las que en realidad no puede ser definida más que a condición de englobar en ella una masa de elementos variados. « ¿Tenemos derecho, se pregunta Lenz (pág. 61-62), a considerar *dígase-lo* como una palabra y *se lo dije* como tres; *cantaremos* como una y *hemos cantado* como dos, *hemos de cantar* como tres? » *Hemos* no tiene mayor independencia de la forma verbal que terminaciones como *-aron*, *-ieron*, *-ásemos*, *-iésemos*. En la frase francesa *Je ne t'ai pas vu* (cast. : yo no te he visto) la gramática corriente reconoce por análisis seis palabras diferentes (en castellano cinco). « A decir ver-

¹ *A New English Grammar, logical and historical*. Oxford, 1892, § 52; apud RODOLFO LENZ, *La Oración y sus Partes* (2ª. ed.), Madrid, 1930, pág. 62. Sweet es uno de los filólogos que mayor significación tuvieron en Inglaterra en el siglo XIX.

dad, dice Vendryes, no hay más que una ; pero, una palabra compleja, formada por cierto número de morfemas injeridos unos dentro de otros ». Éstos no tienen existencia independiente ; su único valor consiste en ser intercambiables para el espíritu, puesto que se puede decir *je ne t'ai pas vu, tu ne m'avais pas vu, nous ne vous aurons pas vu*, etc., variando a voluntad los elementos constitutivos de la palabra. Sin duda deberían tenerse en cuenta diferencias relativas entre estos elementos : el *je* [yo], el *me* [me], el *tu* [tú], el *te* [te], el *le* [le], son, en verdad, simples morfemas (véase más abajo) privados de existencia propia ; no se emplean separadamente. El *je* francés [y el *yo* castellano] no existe más que en una combinación como *je parle* [yo hablo], *je cours* [yo corro] » ¹.

Por otra parte, puede decirse que las preposiciones *de, a, con*, etc. expresan un concepto cabal cuando sirven únicamente para establecer una relación entre conceptos (morfema), ni más ni menos que una flexión de una declinación latina. *Cantas* expresa con absoluta claridad dos conceptos unidos : el de la persona con quien se habla y el de la acción del verbo *cantar*, junto con la idea de realidad y de tiempo presente. ¿Será una palabra ?

Si tomamos un ejemplo de una lengua sintética como el latín : *liber fratris*, tenemos dos palabras y dos conceptos (el concepto de *libro* y el concepto de *hermano*) : si traducimos a una lengua analítica (el castellano) : *el libro del hermano*, tendremos que se cuentan ya cuatro palabras. Si cada palabra fuera un « concepto cabal », ¿cuáles son los tres conceptos que se han añadido al traducir la frase del latín al castellano ?

¹ VENDRYES, *op. cit.*, pág. 99 ; cfr. también págs. 121 y 122 ; LENZ, *op. cit.*, pág. 37.

Los artículos y las preposiciones tienen algún valor, encierran algún sentido de determinación o relación, pero no conviene decir que expresan un concepto. En cuanto a las interjecciones no es necesario insistir que no expresan conceptos, y « no son partes de la oración ».

* * *

3. Queda explicado, creemos, por qué se juzga inaceptables las definiciones corrientes de la palabra y por qué Wundt en su definición prescinde completamente del significado diciendo : « La palabra es una subdivisión de la oración, cuyas partes constituyentes están en una relación más o menos estable, de modo que el mismo grupo fonético puede entrar como elemento constituyente en diversas oraciones ».

Brugmann comienza el segundo tomo de su *Gramática Comparada* (segunda edición 1906) del modo siguiente : « Siempre resulta imperfecta la fragmentación de una oración en los grupos fonéticos significativos que sean posibles, tanto en esta como en otras oraciones, y que generalmente presentan cambio en su orden y relaciones significativas mutuas, y que se suelen llamar « palabras » ; y tal como acostumbra a hacerse en la representación escrita del lenguaje y en la Gramática, nunca está completamente exenta de arbitrariedades. *El habla humana no ha comenzado por palabras, sino por oraciones* (subrayamos nosotros) o más bien por expresiones de representaciones totales (solamente puede decirse « por palabras » en cuanto esas formaciones que llamamos palabras en las lenguas accesibles a nuestra investigación histórica, en su origen han desempeñado la función de oraciones, por lo menos parcialmente), y hasta hoy para

el lenguaje normal no hay, en general, una interrupción o pausa, sino cuando se llega al fin de la comunicación ».

*
*
*

4. Hemos subrayado en la cita anterior que « el habla humana no ha comenzado por palabras » y, por lo tanto, « la unidad del lenguaje no es la palabra », sino la oración, o digamos mejor, la frase, la comunicación, para prescindir de todo carácter gramatical determinado. « Las primeras palabras que aprende a decir el niño siempre tienen carácter de oraciones ». La tarea más difícil para la Gramática es determinar, como se dijo, la definición de la palabra. En ciertas lenguas « aislantes o monosilábicas », es a menudo imposible distinguir la palabra de la oración. « No hay límite absoluto entre oración y palabra »¹. Y bien, toda frase encierra dos especies de elementos: por una parte la expresión de un cierto número de nociones representando ideas; por otra, la indicación de ciertas relaciones entre estas ideas. Si digo « *el caballo corre* », tengo la idea del caballo y la de la carrera y uno las dos en esta afirmación: « el caballo

¹ LENZ, *op. cit.* pág. 65; cfr. M. DE MONTOLIÚ, *El Lenguaje como Fenómeno Estético* (Inst. de Filología), Buenos Aires, 1926, págs. 232-237. Dice: « Podemos aceptar que la frase sea la realidad estética del lenguaje mientras entendemos bajo la palabra « realidad » la expresión de una intuición; pero la palabra como nombre siempre quedará como una realidad lógica, necesaria y esencial en el lenguaje ». La correspondencia entre concepto y palabra fué también observada por Humboldt. « La palabra — dice — no hace el lenguaje, es verdad; pero es su parte más importante, y dentro de la lengua es la que en el mundo de los vivos es el individuo. No es de ningún modo indiferente que una lengua exprese con una frase lo que otra expresa con una sola palabra ».

corre ». Si digo: *la casa de Pedro es grande*, las ideas de *casa*, de *Pedro* y de *grande* que tengo en mi espíritu se combinan igualmente en la afirmación que constituye la frase.

A lo expresado anteriormente hay que atribuir, pues, el sentido de que « pensamos por medio de frases ». Suponemos realizado en el cerebro, « en virtud de hábitos de que el mismo sujeto no tiene conciencia », el acto mental que une un nombre a un objeto (en nuestro caso el *caballo*), que relaciona este objeto con una acción dentro de ciertos límites, para decir: *el caballo corre*.

Este acto mental, que supone el lenguaje, comprende dos operaciones sucesivas: una operación de análisis, cuando, dada la representación, el espíritu distingue en ella cierto número de elementos entre los cuales establece una relación (en este caso el *caballo* y la *carrera*), y, en seguida, una operación de síntesis, cuando estos elementos, reconocidos y analizados por el espíritu, son nuevamente combinados por él para construir « la imagen verbal ». A la lingüística sólo le interesa la síntesis, pues de las diversas modalidades de la operación de síntesis resultan las diferencias de estructura entre las lenguas ¹.

MORFEMAS Y SEMANTEMAS

5. La distinción que hemos establecido de los elementos que forman un acto mental no es puramente técnica y corresponde a lo que se ha dado en llamar morfemas y semantemas.

El *semantema* es el elemento de la palabra portador de la

¹ F. N. FINK, *Die Sprachstämme des Erdkreises* (« Las Familias Lingüísticas de la Tierra »). Leipzig, 1909, pág. 4; apud VÉNDRYES, *op. cit.*, págs. 101 y 102.

significación (*Bedeutungs element*, en alemán). Así *cant* en *cantar*, *cantable*, *cante*, etc.

Los semantemas son los elementos lingüísticos que expresan las ideas de las representaciones (en nuestro caso la idea del caballo o la de la carrera). Los semantemas se relacionan en la frase mediante los morfemas, que son los que expresan las relaciones de ideas (ejemplo : el hecho de que la carrera asociada al caballo, en general, sea puesta en tercera persona del singular de indicativo). Los morfemas, por lo tanto, expresan las relaciones que el espíritu establece entre los semantemas ¹.

Los morfemas son elementos lingüísticos desprovistos de significación. Se dividen en *dependientes* (afijos, desinencias, alternancias, etc.) e *independientes* (preposiciones, conjunciones, etc.). Los fonólogos ² restringen la noción de morfema, definiéndolo así : « Unidad morfológica no suscepti-

¹ VENDRYES, *op. cit.*, págs. 102 y 103 ; véase también el capítulo dedicado al vocabulario.

² « La fonología es una rama de la ciencia del lenguaje, fundada por R. Jakobson y N. Trubetzkoy y cultivada especialmente por el Círculo Lingüístico de Praga (los fonólogos), que investiga los fenómenos fónicos desde el punto de vista de su función en la lengua. La Fonología y la Fonética tratan de los sonidos del lenguaje, pero de modo distinto. « La única tarea de la Fonética es responder a la pregunta : ¿ cómo se pronuncia esto o aquello... ? La Fonología debe investigar qué diferencias fónicas están ligadas, en la lengua estudiada, a diferencias de significación ; cómo los elementos de diferenciación (o marcas) se comportan entre sí y según qué reglas pueden combinarse unos con otros para formar palabras o frases » (Trubetzkoy). La unidad fonológica es el *fonema*, mientras que la unidad fonética es el *sonido*. Entre los lingüistas españoles la terminología distintiva entre *Fonética* y *Fonología* está definitivamente aceptada, si bien en alguna ocasión se ha empleado *Fonemática* (= fonología) ». (FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Diccionario*, s. v. *fonología*).

ble de ser dividida en unidades morfológicas más pequeñas, es decir, una parte de la palabra que, en toda una serie de palabras, se presenta con la misma función formal, y que no es susceptible de ser dividida en partes más pequeñas que posean una cualidad » ¹.

A los morfemas como los afijos (prefijos) o desinencias hay que agregar los pronombres y artículos, separados de los nombres en la escritura. El acento es también, según Vendryes, un morfema importante; en ciertas lenguas contribuye a definir el valor morfológico de las palabras, y es el acento de altura o tono.

Las desinencias son directamente comparables a los sufijos; son también elementos sobreañadidos a la raíz. La desinencia se distingue del sufijo sólo por el empleo, pues el sufijo sirve para indicar la categoría general a que pertenece la palabra (nombre de agente, de acción, de instrumento, aumentativo, diminutivo, etc.), mientras que la desinencia — que puede ser desinencia casual e indica el caso, el género, el número; desinencia verbal o personal, que indica la persona, el número, el tiempo, el modo, la voz, etc. — indica simplemente el papel que desempeña la palabra en la frase. Sufijos y desinencias se juntan a la raíz o al tema ².

Según algunos lingüistas tenemos todavía un morfema cero, « género de morfema muy sutil; pero no menos expresivo que los otros ». En materia filológica — dicen — el grado cero tiene una importancia considerable. En música,

¹ *Travaux du Cercle linguistique de Prague*, tomo IV, Praga 1931. en donde se incluye un *projet de terminologie standardisée* (en FERNANDO LÁZARO CARRETER, s. v.).

² Véase VENDRYES, *op. cit.*, págs. 114-115.

por ejemplo, el silencio es, a menudo, tan expresivo como la melodía, en la cual está intercalado, y cuyo desarrollo corta; en el discurso se dan silencios que son elocuentes. En el lenguaje el morfema cero es un morfema como cualquiera. « En amor — se ha dicho — un silencio vale más que un lenguaje ». Pero hay también quienes han negado la existencia del « concepto palabra » como unidad, concibiéndolo como un simple agregado de semantema y morfema.

* * *

6. Terminaremos este capítulo volviendo a las definiciones de la palabra más cercanas a nuestro tiempo. Vendryes, al final del capítulo primero, segunda parte, de su obra mencionada, después de declarar que la palabra « no tiene definición general aplicable a todas las lenguas »¹, agrega: « a no ser la que propuso Meillet », que precisamente deja indecisa la manera como se expresa el empleo gramatical; y es ésta: « Es propio de la palabra, por una parte, la asociación de un determinado sentido con un todo fonético determinado, y, por otra parte, una determinada capacidad de función gramatical »².

¹ En el mismo sentido se expresa LENZ, *op. cit.* pág. 68. Dice: « Es imposible dar una definición general de la palabra aplicable a todos los idiomas; aun con limitación a las lenguas indoeuropeas, o a una sola de ellas, como la castellana, la tarea resulta difícil ».

² A: MEILLET, *Linguistique historique et Linguistique générale* (2 vol.), Paris, 1921, pág. 80 (2a. ed. 1926), II, 1936. Se ha señalado, sin embargo, que la forma exterior de una palabra no es fija y que puede modificarse con las terminaciones (*canto, cantas, cantamos*), con la alternancia (en parejas como en francés *pouvons-peuvent, ouvrier-œuvre, nouveau-neuf*; la alternancia consiste en la « correspondencia entre dos sonidos o grupos de sonidos determinados, que se permutan regularmente entre dos series de formas existentes ») y con la inflexión vocálica. Ahora bien, estas formas ¿son variedades de una misma palabra o son palabras distintas?

Por primera vez nos encontramos con una definición aceptable — y ¿no falta quien la califica de « excelente » —, en torno a la cual giran muchas definiciones posteriores de notables lingüistas ¹. Bühler, por ejemplo, encuentra el punto de partida de la definición genérica de la palabra en la propuesta por Meillet, pero con ciertas modificaciones y reservas. Por ejemplo, nota que no toda producción acústica, por el solo hecho de ser un todo fonético (o conjunto de sonidos) ya es capaz de ser una unidad verbal, sino únicamente lo son aquellas producciones que ostentan una « fisonomía fonemática », (es decir que esté compuesta de fonemas, con lo cual los gritos y otros productos acústicos imitativos (aunque sean articulados) « quedan excluidos del tesoro de palabras de una lengua ». Rechaza el término « asociación » por vago; tampoco, según él, es afortunada la condición que alude a « un empleo gramatical », debe sustituirse por la condición impuesta a toda palabra de funcionar en un « campo mostrativo » (situación) o en un « campo simbólico » (contexto). Su definición, pues, es: « Palabras son los signos acústicos de conformación fonemática y capacidad contextual simbólica o mostrativa (o indicativa) ». Lazizius, por su parte (1945) ha integrado la definición de Bühler en la concepción del lenguaje como sistema, modificándola así: « Las palabras son signos lingüísticos compuestos de elementos fónicos determinados, signos que son susceptibles de funcionar, bien en un contexto (*Seichenfeld*), bien en una situación (*Zeigfeld*), y que, en un momento dado, en el seno de una sociedad dada, forman un sistema ». Más sencilla e

¹ Véase KARL BÜHLER, *Teoría del Lenguaje*, « Revista de Occidente », Madrid, 1950 (capítulo donde se ocupa de la « palabra »); véase también CENAL LORENTE, *op. cit.*, págs. 107 y sigtes.

intuitiva, « aunque quizá más vulnerable », es la más reciente definición de B. Trnka (1948): « La palabra es el más pequeño signo intercambiable, apto para diferenciar las frases »¹.

III

UNA CLASIFICACIÓN DE PALABRAS

I. PALABRAS POPULARES, CULTAS Y SEMICULTAS (INTRODUCCIÓN)

Las dos zonas lingüísticas de Roma (latín clásico y latín vulgar) no pueden sentirse independientes la una de la otra.

De la misma manera que los gramáticos latinos del siglo III registran el influjo de las formas populares en la lengua culta y estimulan la observancia de reglas clásicas, existe una dependencia evidente entre el romance y el bajo latín.

Inversamente, cuando una expresión se ha convertido en demasiado vulgar, los cultos procuran ennoblecerla. ¿Cómo? Acudiendo directamente al latín clásico y transformando, sin evolución, la palabra latina en palabra castellana. Ello se deriva de la necesidad que siente la gente culta de utilizar un léxico distinto del vulgar, que sea, al mismo tiempo, más noble y más preciso.

El español actual puede ser considerado como integrado por dos grandes bloques de palabras: uno es el constituido por voces latinas que, aprendidas en los primeros siglos de su historia, se fueron desgastando y puliendo, a través del tiempo, hasta adquirir el aspecto fonético que en la actualidad presentan. Estas palabras son las llamadas *voces populares*.

¹ FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Diccionario*, s. v. *palabra*.

El otro bloque lo constituyen las que han ido incorporándose al caudal primitivo, a medida que nuevas cosas y nuevas ideas se han formado según los mismos procedimientos empleados en el latín, o sea: 1º, alternando el sentido de palabras ya existentes; 2º, derivando unas de otras mediante sufijos; 3º, componiendo no pocas por unión de las simples entre sí o con partículas; 4º, introduciendo y castellanzando las procedentes de lenguas extranjeras. Pero veamos esto un poco más detenidamente:

1º. Por *alteración* del sentido de palabras ya existentes hemos creado voces que son nuevas, no por su forma, sino por su acepción: las voces *un pagaré, el debe, unas medias*, ya no significan ni son lo que sus respectivas formas gramaticales *él debe, yo pagaré, unas medias calzas. Holanda, Damasco, Gaza*, ya no significan los lugares de origen respectivos, cuando a sus característicos tejidos nos referimos. Son, pues, voces nuevas sólo por su acepción. Análogicamente por asociación de ideas, el pueblo de un lado y los escritores por otro, crean constantemente expresiones nuevas que llamamos imágenes o metáforas, y que son la base principal del lenguaje artístico del poeta.

2º. Por *derivación* de *molino*, hicimos *molinero*; de *carne, carnicero* y de *canción, cancionero*, mediante el sufijo *ero*, del latín *ariu*, lo mismo que los romanos de *Janua* derivaron *Januarius*, castellano *Enero*.

3º. Por *composición* creamos *testarudo*, con dos palabras *testa* y *rudo*; y con una partícula, por ejemplo *des* y otra palabra, *correr*, inventamos *descorrer*.

De la misma manera en latín crearon *proconsul*, o las voces más populares *pedis ungula, faciem fêrire* que en cas-

tellano han dado *pezuña* (y *pesuña*) y *zaherir*, sin aspecto ya de compuesto.

4º. Por introducción de voces de otras lenguas a las que damos forma castellana hemos aumentado nuestro caudal lingüístico. Lo mismo que el latín incorporó muchísimas voces griegas, el castellano, en los periodos de formación, se apropió de « algún goticismo, algunos helenismos y muchísimos arabismos » (« más de lo que hoy conservamos »); pero « es la lengua de Roma la que le asiste como madre de los romances para nutrir continuamente el léxico español, sobre todo, desde el siglo XVIII hasta hoy día »¹.

a) Voces o palabras tradicionales o populares

Por oposición al cultismo y semicultismo, se da este nombre a toda palabra de la lengua general en que se han cumplido todas las leyes fonéticas que podían afectarle si no se han opuesto causas perturbadoras. Así, *artejo* (*articulum*) frente a *artículo*, que es un cultismo; *siesta* frente a *sexta*, etc.

Con la de *popular* alterna la designación de *vulgar* que no debe confundirse con vulgarismo². La vulgar puede

¹ Véase JAIME OLIVER ASÍN, *Historia de la Lengua Española*, Zaragoza. págs. 143-146; cfr. también MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de Gramática Histórica Española* (sexta edición). Madrid 1941, § 67, 71 y 74.

² El vulgarismo es un fenómeno lingüístico de índole vulgar, aplebeyado e inadmisibile en la lengua de uso. El vulgarismo fonético es generalmente considerado « como indicio de bajo origen social y deficiente instrucción », y se oyen incluso en medios universitarios y políticos — en España y en América — errores como *lección*, *acsoluto*, *sectiembre*, *objepto* y, en gran parte de América el *voseo*. « A nadie favorece

decirse que es « la lengua usada por la masa en sus relaciones ordinarias ».

Se prefiere utilizar — según F. Lázaro Carreter, s. v. — la designación de *lingua colloquial* reservando el de lengua vulgar para designar « a cualquiera de las lenguas románicas frente al latín, llamado a veces lengua culta ».

« La civilización occidental, pues, ha heredado el latín en dos formas distintas : como lengua hablada, madre de idiomas románicos (latín vulgar), y como vehículo universal y permanente de cultura (latín clásico) ».

A consecuencia de este doble lenguaje el vocabulario latino ha pasado a las lenguas romances siguiendo diversos caminos : unas palabras han vivido sin su forma literaria y abandonadas al curso de la evolución fonética ; se han transformado al tiempo que han nacido las nuevas lenguas y muestran en sus sonidos cambios regulares característicos ; por

llevar en su lenguaje ese sello de incultura » (NAVARRO TOMAS, *Ortología Española*, Madrid, 1921, págs. 20 y sigtes.).

Un vulgarismo extendido en gran parte de América es hacer demasiado abierta la *e* del diptongo *ei*, pronunciándose casi como *a* : *sais* (seis), *vainte* (veinte), *raina* (reina), etc.

Otro vulgarismo aún más general consiste, por el contrario, en cerrar excesivamente la *e*, llegando a darle el sonido de la *i*, cuando va delante de una *a* : *tiatro* (teatro), *candial* (candeal), *rial* (real), *apiarse* (apearse), *trailo* (traelo), *caín* (caen), *pior* (peor), etc.

Cabe empero hacer figurar en esta enumeración el conocido vulgarismo que reduce a diptongo los *ai*, *áu*, pronunciándolos en una sola sílaba con el acento sobre la *a* : *páis* (país), *bául* (baúl). En la Argentina personas de vasta cultura, escritores y políticos usan algunos de estos vulgarismos por razones afectivas como rasgo o sello de « criollismo ». Es el caso de personalidades como Carlos Ibarguren, Marcelo T. de Alvear y Ramón S. Castillo, a quienes se los oía pronunciar « *páis* » (NAVARRO TOMAS, *op. cit.* pág. 56) ; véase para otros vulgarismos americanos RUFINO JOSÉ CUERVO, *Apuntaciones Críticas* (7.ª ed.).

ejemplo: *speculum, genesta, filius, saltus, altarium* han dado en castellano *espejo, hiniesta, hijo, soto, otero*. Son las llamadas populares o tradicionales, « que constituye el acervo más representativo de cada lengua »¹.

b) Palabras cultas o eruditas

Ya hemos señalado que cuando una expresión se ha convertido en demasiado vulgar, los cultos procuran ennoblecerla, y ello se deriva de la necesidad que siente la gente culta de utilizar un léxico distinto del vulgar, que sea, al mismo tiempo, más noble y más preciso. « El especialista en enfermedades de la vista no se llamará *ojista*, como vulgarmente podría derivarse de *ojo*, sino *oculista*, derivado de *oculus*. Del mismo modo, el instrumento médico que sirve para observar, reflejando su imagen, determinados órganos, no recibe el nombre de *espejo*, derivado de *speculum*, sino *espéculo*, palabra calcada sobre la voz latina ».

Las palabras cultas o eruditas (llamadas también *sabias, doctas o librescas*) no sufren la modificación de las populares, pero, de todas maneras, al introducirse en una lengua determinada estas palabras elegidas sufren siempre más o menos profundas modificaciones de acuerdo con la naturaleza de cada lengua, sin más alteraciones que las precisas para acomodarlas a la estructura fonética o gramatical romance (« *evangelium* y *voluntatem* dan *evangelio* y *voluntad* »). Asimismo *preeminente* e *insigne*, son tan latinas como castellanas. Algunas se han transmitido por el habla y

¹ Véase RAFAEL LAPESA, *Historia de la Lengua Española*, Madrid, 1942, cap. III.

la lengua escrita combinadas ; pero en su mayor parte han sido tomadas directamente del latín literario, aunque éste fuera el bajo latín medieval. Por ejemplo *aniquilar* no proviene de *nihil*, sino de la pronunciación *nichil* (*niquil*).

Llamamos, pues, cultismos a las voces latinas incorporadas una vez formada la lengua. Los cultismos o latinismos pueden observarse en las primeras obras literarias castellanas. En Berceo, aunque dice hablar como habla el pueblo (*Quiero fer una prosa en román paladino en qual suele el pueblo hablar a su vecino*), se leen palabras como *lectuario*, « droga y confite »; *flabello*, de *flabellum*, « gran abanico colgado del lecho », que el propio poeta llamaba a su vez con voces populares *aventadero* y *moscadero*, pero la intensa latinización que presenta hoy nuestro moderno castellano, con abundancia de cultismos, es más bien obra de los siglos posteriores ¹.

Una palabra latina puede originar dos romances, una culta y otra popular (lo que algunos llaman : *series paralelas de derivación*). En ocasiones los resultados tienen acepciones comunes (*fosa* y *huesa*, *frigido* y *frío*, *íntegro* y *entero*), pero aun en ellas hay distinto matiz afectivo ; por lo general son palabras completamente independientes, sin más nexos que el de la etimología, olvidada en el uso.

De *articulus* la forma popular era *artejo*, y posteriormente vuelve a tomar la forma de *artículo*. En *sexta* (hora *sexta*), la derivación popular es *siesta* ; la erudita *sexta* es igual a la latina. Otros ejemplos de dobles : *laico* y *lego*, *signo* y *seña*, *concilio* y *concejo*, *cátedra* y *cadera*, *factura* y

¹ JAIME OLIVER ASÍN, *op. cit.*, págs. 143 y sigtes. ; cfr. también RAFAEL LAPESA, *op. cit.*, págs. 74 a 77.

*hechura, octavo y ochavo, película y pelleja, operar y obrar, rípido y raudó, etc.*¹.

Las variaciones más o menos profundas que sufren las palabras eruditas generalmente tienen lugar en la desinencia, es decir, que las voces eruditas cambian casi siempre la desinencia latina en las voces romances correspondientes, dejando intacto el tema radical. Ejemplo: *amabilitate(m)* dio *amabilidad*. Aquí la desinencia *idad* sigue una de las leyes fonéticas típicas del castellano: la sonorización de las dos *t* y la pérdida de la *e* final; el tema queda invariable, aunque constituye una contradicción con el castellano, según la cual la vocal antes del acento (protónica) se pierde; en castellano habría de dar *amabilidad* (*continuitatem* da *continuidad*). *Ducado* (de *dux, -cis*) está infringiendo una de las leyes más generales de la evolución del castellano, pues hubiera de ser *dugado*, en cambio la desinencia sigue las leyes del castellano como cualquier palabra popular derivada de un participio *atus* latino.

c) *Palabras semi-cultas*

Los cultos y los letrados de la remota Edad Media introdujeron también algunos latinismos que no han pasado, como los vocablos del caudal primitivo, por todas las etapas de la evolución, sino tan sólo por aquellas que permitió la fecha de su introducción: son las voces *semi-cultas*. Se distinguen en que los cambios que experimentan son más profundos que los de los eruditos, pero sin acabar de sufrir todas las evoluciones propias de las populares.

¹ Para otros ejemplos véase RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, págs. 9 a 13.

En castellano *titulu* era *tilde*. A pesar de que *tilde* con respecto a *título* es popular, sin embargo, no lo es realmente, porque, comparándola con otras palabras castellanas, vemos que el nexo *tulu* tiene una evolución distinta. Si estuviera sujeta a la evolución popular hubiera dado *t:jo*, como *vitulu* dio *viejo* y *mitulu* (al) *meja*. Lo mismo *capitulus* hubiera tenido que dar *cabejo* en vez de *cabildo* como *vermiculus* da *bermejo*.

Las voces semi-cultas a veces son de gran importancia porque gracias a ellas podemos fijar la cronología de ciertos cambios que se operan en los sonidos de una lengua: *Sæculum* dio *siegl*o y *siglo*. Aquí hay fenómeno regular de diptongación de la *e* (*e* abierta) en *ie*. En esta parte de la derivación es popular, pero el nexo *gl*, respondiendo a *culu*, es irregular: *sæculum* hubiera de dar *sejo*, como *speculum* dio *espejo*. De esta diferencia se saca una conclusión elocuente: la lengua tuvo tiempo de participar en el cambio de *e* en *ie*, pero no al de *c'l* en *j*, porque ya había pasado; luego el primer cambio es más antiguo que el segundo. Asimismo *spatula* sería hoy *espaja* (como *vet(u)la*, *vieja*) de no haber sido introducido después de que *t'l* dio *j*.

Otras veces la duplicidad se da entre un derivado culto y un semi-cultismo: *secular* y *seglar*. La lengua se ha servido de estos dobles para la diferencia semántica: el culto *litigar*, por ejemplo, ha descargado al popular *lidiar* de uno de sus sentidos.

2. PALABRAS COMPUESTAS

Hemos visto que uno de los procedimientos de que la lengua se sirve para obtener palabras nuevas es la formación de

compuestas, consistente en la reunión de dos o más palabras en una sola, si bien adquiere un significado que no resulta de la simple agregación de los significados de las palabras componentes: *botamanga*, *ferrocarril*, *puntapiés*. La dificultad de separar las palabras es tanto mayor para una lengua cuanto más grande es la posibilidad que tiene de formar palabras compuestas, mediante la unión de dos o más conceptos, sustantivos o adjetivos, posibilidad que existe en alto grado en sánscrito, en griego y, modernamente, en las lenguas germánicas, pero escasa en latín y en las lenguas neolatinas. Pero ¿qué es lo que se necesita para que haya un verdadero compuesto? Según Bréal¹ se necesita, como cuestión primordial, que a pesar de la presencia de dos términos, el compuesto produzca en la mente la impresión de una idea simple. Ἀκρόπολις (= akropolis) designa, no una unidad más o menos elevada, sino la fortaleza, la ciudadela; δολομήτις (= dolométis) es sinónimo del adjetivo *astuto*; πολύτροπος (= polytropos) corresponde exactamente al latín *versutus* (hábil, ingenioso, sagaz). Para Bréal es el sentido y no otra cosa el que constituye el compuesto y el que, en último término, decide la forma. Así el francés, *beau-frère* (« hermano político » = cuñado), *belle-fille* (« hija política » = nuera, hijastra); *grand-père* (« padre mayor » = abuelo). Se ha querido distinguir estos compuestos franceses de los compuestos semejantes a Ἀκρόπολις (= akropolis) llamándolos yuxtapuestos. Se ha apellidado igualmente como yuxtapuestas a palabras como *aquaeductus*, *terræmotus*, *legislator*, *iurisconsultus*, *fideicomissum*, *artifex*, por-

¹ MIGUEL BRÉAL, *Ensayo de Semántica*, Madrid (sin año). La España Moderna, págs. 141-143.

que el primer término lleva la marca de una desinencia ; mas para el latino eran compuestas (yuxtapuestas o compuestas impropias en latín son : *rosmarinus*, *respublica*, *iusiurandum* (esp. *ricos hombres*), y que se declinaban tanto el sustantivo como el adjetivo). En los nombres mencionados sólo se declina la segunda parte y en *paterfamilias*, por ejemplo, la primera.

Se ha debatido la cuestión de por qué el latín tiene menos compuestas que el griego y se ha dado por razón una falta de « fuerza plástica » lo cual es — según Bréal — una « petición de principio a la vez que una metáfora vacía de sentido ». ¿ Por qué — se pregunta — los compuestos latinos tienen trazos de préstamos ? ¿ Por qué los latinos fueron los primeros en sonreírse al oírlos ? Sin duda porque la inteligencia de la masa necesita ser preparada para las creaciones de los poetas por la lengua de cada día. Ahora bien, los antiguos compuestos como *princeps*, *pauper* y *simplex*¹ aparecían ya demasiado reducidos y contraídos por la pronunciación, habían perdido ya demasiado de su transparencia para servir de iniciación y guía.

Con ocasión de los nombres compuestos, al tener que encontrar algún equivalente del griego es cuando deplora Lucrecio, por ejemplo, la pobreza latina — *patrii sermonis egestas* —. No hay que creer, sin embargo, que el latín carece de compuestos : « si quisiéramos reunirlos todos — afirma Bréal (págs. 144-145) — la lista sería larga ». Sólo la lengua del Calendario ofrece cierta colección, como *armilustrum* (purificación del ejército ; es la celebración de

¹ Para la composición de *princeps*, *pauper* y *simplex*, véase GEJADOR y FRAUCA, *Diccionario Etimológico Analítico Latino-Castellano*, s. v.

la fiesta de purificar las armas), *regifugium* (fiesta de la celebración de la expulsión de los reyes), *fordicidia* (fiesta en honor de *Tellus*, en que se sacrificaba una vaca preñada). No tiene menos el derecho: *iudex*, *manceps*, *iustitium*, etc. Lo que falta a la lengua latina son esos « bellos epítetos de puro adorno tan abundantes en la lengua griega ».

*
* * *

El objeto de la creación del compuesto no es el mismo en las tres lenguas mencionadas (el griego, el sánscrito y el alemán). El griego crea el compuesto para designar una cualidad permanente, una acción constante, pero no para indicar un hecho pasajero o un atributo accidental. Aquiles se llamará, por ejemplo *ὠκύπους* (*Okypous* = « ligero de pies »), pero para marcar que acaba de ser herido en el pie, no se dirá *βλητόπους* (*bletópous*), o *τρωτόπους* (*trotópous*). En general el griego reserva a la frase y al verbo la tarea de marcar esos estados transitorios. Se sabe que no pasa lo mismo en sánscrito: pues ocurre a cada instante que un compuesto recargado de circunstancias momentáneas absorbe en sí el movimiento de la frase, a la cual, después de eso, no quedará ya nada que decir. « La composición es para el sánscrito como una segunda vía abierta, que le permite esquivar, o poco menos, toda sintaxis ».

Con los ejemplos que trae Bréal — págs. 146 y 147 — muestra cómo las diferentes partes de una lengua se hallan en una dependencia mutua, y cómo, desarrollando una de ellas más de lo debido, « hay la exposición de debilitar alguna otra ».

El alemán moderno que hace gran uso de la composición,

« no deja de correr algún peligro del mismo género ». Véase si no este ejemplo que « con dudoso éxito » practicaba hace años en Alemania la llamada « Allgemeine deutsche Sprachverein » (Sociedad de Lingüística General Alemana); la de los pangermanistas, que querían germanizarlo todo, corporación que quería que se diga en lugar de *Physiologie*, « que todo el mundo entendía », *Menschenleibeschaftenlehre*, « tratado de las propiedades del cuerpo humano » (es decir, toda la definición castellana en una sola palabra germana). Claro que ese « peligro » por fortuna no existía en la lengua de Goethe, de Schiller o de Schopenhauer, sino en el lenguaje ordinario de que nos ofrecían muestras las últimas planas de los periódicos ¹.

La facilidad de los alemanes (lo mismo que en el sánscrito y en el griego) de formar palabras compuestas es asombrosa. Palabras de tipo *Gartentür*, *Eisentür*, según Lenz, *op. cit.*, pág. 66, se forman en alemán con la misma facilidad que en castellano combinaciones como *puerta de jardín* y *puerta de hierro*. Además el alemán contenía cierto número de compuestos como *himmel-blau*, « azul como el cielo », *schnee-weis*, « blanco como la nieve », *stock-fest*, « firme como un tronco », en que la primera palabra sirve de ejemplo a la cualidad denotada por la segunda.

Finalmente debemos agregar que según Bréal, p. 151, sea cual sea la longitud de un compuesto (trae un larguísimo ejemplo de Aristófanes), jamás comprende más que

¹ Véase AMÉRICO CASTRO, *El Elemento Extraño en el Lenguaje*. Publicación de la Sociedad de Estudios Vascos, 1921, p. 44; cfr. palabras compuestas monstruosas como las siguientes en Bréal, *op. cit.* pág. 148, Nota: *Präsidentenschaftswahlkampf*. — *Postdampfersubventionsvorlage* — *Vierwaldstätterseeschraubendampfschiffgesellschaft* y otras.

dos términos, y agrega que « esta regla no es arbitraria »; se debe — dice — a « la naturaleza de nuestro espíritu, que asocia sus ideas por pares ». Puede suceder que cada uno de los términos sea un compuesto. Pero es claro que cada una de las dos partes no se cuenta más que por un solo elemento. « Lo importante, en semejante caso, es poner el corte en el sitio conveniente: es la dificultad de las lenguas que abusan de la composición ».

*
* * *

Veamos ahora, para terminar este capítulo de los compuestos, las formas en que puede realizarse una composición. Puede ser: 1) *Copulativa*. Esa forma es rara fuera del sánscrito: latín *quatuor-decim*, francés coloquial *Mon-sieur*, (*Ma-dame*). 2) *Determinativa*, subdividida en a) *dependiente*, en la cual el primero o primeros componentes están en « relación casual » con el último: latín *iuris-consultus*, *saero-sanctus* (en este caso la parte flexible es la segunda); b) *descriptiva*, en la cual uno de los componentes, actuando como un adjetivo o un verbo, califica al otro: *amarillo trigo* (alem. *blaugran* o *graublau*, según el color que prevalezca; en cast. « gris azulado o azul plomizo »); c) *aposicional* o *atributiva*, « cada uno de cuyos componentes es explicador del otro; excepto por la ausencia de inflexión del primer componente, tal compuesto es, en realidad, una frase nominal »: *físico-químico*; 3) *posesiva* o *exocéntrica*, resulta de la transformación de un nombre compuesto en un adjetivo que indica una cualidad poseída por otro sustantivo: latín *magnanimus*, *in-animus*; castellano, *gentilhombre*, *magnánimo*; 4) *iterativa*, compuesto por repetición del compo-

nente que « así obtiene fuerza enfática », *bueno-bueno*; latín, *quisquis*; francés coloquial, *très-très-très joli*; inglés, *goody-goody*, bueno, buenó. No debe omitirse aquí el tiempo compuesto de los verbos, que « comporta, al menos gráficamente, dos elementos morfológicos distintos »: *he cantado, había venido*. A estos compuestos se les suele dar también el nombre de tiempos perifrásticos ¹.

3. PALABRAS HEREDITARIAS Y DE PRÉSTAMO

Desde que una comunidad lingüística adquiere cierta fuerza en la historia comienzan a desarrollarse dos actividades: de una parte evoluciona el fondo propio en todos sentidos (modificando sonidos, formas y significados); son las hereditarias, y de otra empieza a asimilar elementos del exterior: es decir, empieza a adquirir elementos extraños (préstamo). Nos ocuparemos de esto último. El préstamo es, pues, el elemento lingüístico (léxico de ordinario) que una lengua toma de otra, ya adoptándolo en su forma primitiva, bien imitándolo más o menos. El préstamo es extranjerismo incorporado al sistema.

Desde fecha remota comienza el latín a adoptar voces griegas, primero de las colonias establecidas en Sicilia y en el sur de Italia (Magna Grecia), después directamente de la misma Grecia. Y no es esto sólo, « las lenguas célticas, las germanas e incluso las orientales » enriquecen, en forma diversa, el vocabulario.

Muchas preocupaciones obstruyen el camino de los préstamos extranjeros. La primera de todas, o, « para hablar

¹ L. TESNIÈRE, en FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Diccionario*, s. v.

como Bacon, el primer « ídolo », aquel de quien derivan todos los demás », es ver en la pureza de la lengua algo semejante a la pureza de la raza.

Esas preocupaciones y discusiones acerca de si los idiomas deben o no expulsar todo cuanto no procede de las células originarias de la lengua, no han revestido importancia antes de los tiempos modernos, o dicho más exactamente, antes del siglo XIX.

Los alemanes (principalmente los pangermanistas) desde hace más de un siglo han levantado barrera tras barrera para detener la inmigración de los vocablos franceses. A partir de J. Chr. Adelung (1732-1806) son innumerables las manifestaciones lanzadas contra las voces extranjeras y de las sociedades que se han propuesto combatir la invasión.

Pero antes del siglo XIX « todos los países se hallaban sobre poco más o menos como hoy Inglaterra, donde las palabras no necesitan certificado de origen ». La razón de haber existido antes esas discusiones es — según Américo Castro — sencillamente « el escaso hábito de pensar sobre la composición léxica de los idiomas, y el no distinguir, por tanto, lo indígena de lo adventicio »¹.

Combatiendo las corrientes puristas de Alemania, Castro nos trae (p. 45) una cita de Leo Spitzer y es ésta: « Me declaro partidario del patriotismo y del atento cultivo de la lengua alemana, pero no de la patriotitis lingüística de los pangermanistas que lo quieren germanizar todo. Éstos recuerdan a aquellos santos extraordinarios de que se burla Morgenstern, los cuales pensaban que la luna era objeto completamente germánico, porque un alemán podría leer en ella una A y una Z alemanas ».

¹ Véase AMÉRICO CASTRO, *op. cit.*, págs. 43 y 44.

La verdad es (y vale para todas las lenguas) que cuando recibimos un arte, una ciencia, un juego, una moda, por lo común entra en su compañía el vocabulario de su uso. Al recibirse por ejemplo de Italia cierta música en el siglo xvii, la lengua musical se llenó de voces italianas. Al hablar de un *adagio*, un *allegro*, al hablar de una *sonata*, un *andante* o una *cantata*, ¿quién piensa en el origen exótico de esas denominaciones? Los antiguos hicieron exactamente lo mismo. « Como los romanos recibieron de los griegos su escritura, todo lo que se refiere al arte de la escritura es griego, empezando por *scribere* y *litteræ* ». Y si pudiéramos remontarnos más atrás, veríamos, sin duda, « que muchos términos técnicos que nos parecen griegos nacieron lejos de la Hélade; nos conducirían a Egipto y Caldea ». Así los préstamos son de todos los tiempos; son tan antiguos como la civilización.

Si hay que buscar las cosas necesarias para la vida allí donde se encuentran, no se puede buscar las palabras más que en los países que las poseen. Muchos términos de la vida parlamentaria son ingleses, porque Inglaterra ha dado el primer modelo del sistema constitucional. Tomemos como ejemplo el término *quorum*, que, a pesar de ser latino (genit. plural de *qui*) nos viene de Inglaterra¹. Lo mismo podría decirse de los términos del deporte.

*
* * *

Finalmente cabe señalar, como caso particular « muy importante » del préstamo, el *calco*. Es un « préstamo que imita

¹ *Quorum vos A. B. C. D., unum esse volumus*: (« de los cuales queremos que vos, A. B. C. D., etc., seáis uno »). *The Stanford Dictionary*; ap. CUERVO, *Apuntaciones Críticas*, VII, pág. 674.

el esquema o la significación de una palabra o locución extranjeras, y no su entidad fonética. El alemán *Ausdruck* 'expresión' es un calco que reproduce el esquema del latín *expressio*; el italiano *miraggio* es un préstamo tomado al francés (*mirage*), mientras el español *espejismo* es un calco basado en el sentido (francés *miroir* 'espejo'). Los lingüistas alemanes distinguen entre *calco del esquema* (*Uebersetzungslehnwort*) y *calco de la significación* (*Bedeutungslehnwort*). Los lingüistas ingleses utilizan un término único, *translation loan word*, como los franceses (*calque*), italianos y españoles (*calco*) »¹.

4. PALABRAS VACÍAS Y LLENAS

Frente a lenguas como el indoeuropeo y el semítico, en las que la palabra formada por la raíz (radical) y los sufijos ofrece un todo completo y autónomo, es decir, dotadas de significación, se encuentra una serie de lenguas en las cuales los morfemas son más o menos independientes de los semantemas. El tipo más claro es aquel en que la lengua distingue dos categorías de palabras, las palabras vacías (francés: *Mots vides*) y las palabras llenas (inglés: *full words*) para emplear, según Vendryes, la terminología china. « El francés tiene palabras vacías, por ejemplo, en sus preposiciones ». Los auxiliares *haber* (en castellano), *être* y *avoir* (en francés), *to do*, *to shall*, *to will* (en inglés) son palabras vacías.

Aunque algunas lenguas indoeuropeas hayan creado así palabras vacías, lo que en general caracteriza la palabra

¹ FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Diccionario*, s. v.

indoeuropea como la semítica es la unidad: en ella, morfemas y semantemas están unidos de una manera indisoluble. Por el contrario, hay lenguas en que el lazo que une el morfema al semantema está más o menos flojo ¹.

5. PALABRA-FRASE

Se da alguna vez este nombre de *palabra-frase* a la frase compuesta de una sola palabra, es decir, a la palabra que desempeña la función de una frase (p. e. ¡ *calla!*). « El verdadero lenguaje humano tradicional — dice Lenz — nace con el primer nombre... que es aprendido y comprendido por una segunda persona a quien se le enseña. De interjecciones de aprobación y desaprobación habrán nacido los primeros adjetivos como « bueno » y « malo »; de interjecciones imperativas (¡ *acá!*, ¡ *adelante!*, ¡ *afuera!*,) nacen los primeros verbos, y de la combinación de dos o más palabras-frases, la primera oración exclamativa (¡ *mama!*, ¡ *agua!*, ¡ *acá!* = ¡ Tráeme agua, madre!). » También se habla de *palabra-raíz* (al. *Wurzelwort*), es decir, la raíz que funciona como palabra, sin elementos morfológicos añadidos (*haz, ve, di*) ².

6. PALABRAS Y COSAS (WÖRTER UND SACHEN)

En el siglo XIX se inicia en Europa un movimiento científico por una serie de lingüistas, siendo los más importantes Meringer y Schuchardt, los cuales postulan la necesidad de estudiar simultáneamente los vocablos y las realidades por

¹ Cfr. VENDRYES, *op. cit.*, págs. 116 a 118.

² LENZ, *op. cit.*, págs. 326 y 327; FERNANDO LÁZARO CARRETER, s. v.

ellos expresadas, para obtener una imagen clara de la evolución de la lengua y de su situación en un momento dado.

Después de un período en que los estudios de la lengua se han limitado a la aclaración de las leyes fonéticas, parece que ha llegado el tiempo de dar su valor al significado de las palabras y las cosas. Pero, ¿qué debemos entender por cosas? Bajo el nombre de cosas « se entiende no sólo los objetos, sino también las ideas, las representaciones o instituciones que tienen su concreción en alguna palabra ».

Cree Meringer, en oposición a otros lingüistas, que « la etimología actual necesita del conocimiento de las cosas ». Esta misma idea la concreta en otra ocasión cuando afirma que « sin el estudio de las cosas los estudios lingüísticos no pueden subsistir »¹.

Las ideas expuestas por Meringer sobre el estudio de las palabras y las cosas en el campo de la germanística las encontramos dilucidadas en el dominio románico por Schuchardt « con aquella visión permanente que caracteriza los estudios del gran maestro ». Sabemos que después de Diez — fundador de la Gramática y Etimología romances — nadie ha reunido tal cantidad del léxico de las lenguas neolatinas. « En la investigación de las palabras — según Schuchardt — debe buscarse un complemento en la investigación de las cosas significadas ». Aprovechando la ocasión de dar cuenta de un estudio del conde de Nigra sobre los nombres de los cencerros y de los collares de los ganados, escribe Schuchardt un artículo sobre el método de investigar en el estudio de la historia de las palabras e insiste con Gröber

¹ MERINGER (I. F. XVI, 10 y XIX, 457); apud MOSÉN ANTONIO GRIERA. Publicación de la Sociedad de Estudios Vascos, 1921, pág. 101.

sobre la utilidad que las figuras y dibujos prestan al estudio del origen del nombre de un objeto ¹. El punto de vista de Schuchardt no fue exclusivo de él. (Recuérdese los nombres de Usener (1893), Stooklein (1898) y Schraeder, además de Meringer) aunque Schuchardt reclama la prioridad para la fórmula *palabras y cosas* (*Wörter und Sachen*), título de una « espléndida revista » que se publicaba desde 1809 en Heidelberg.

Schuchardt trataba de articular y hacer marchar juntas la filología románica y la etnografía románica. Aunque nadie duda de la necesidad que tiene el etimologista de conocer la historia de las cosas o la utilidad que tiene para la arqueología el conocer los nombres que designan las cosas, hasta los estudios de Schuchardt y de Meringer la arqueología y la filología han tenido poco contacto ². Este método se conjugó pronto con la geografía lingüística y la fonética experimental en las investigaciones dialectales.

IV

LENGUAJE, LENGUA Y HABLA

I. COMPLEJIDAD DEL HECHO LINGÜÍSTICO

El lenguaje, objeto de la lingüística, es indudablemente uno de los productos más complicados que puede ofrecerse a la investigación. Un examen superficial descubrirá en él elementos del más variado orden: lo que primero percibi-

¹ El artículo de SCHUCHARDT se publicó en *Zeitschrift für romanische Philologie*, XXVII, págs. 609 y sigs.; cfr. MOSÉN ANTONIO GRIERA, *op. cit.*, págs. 103 a 107.

² Véase el artículo de Américo Castro sobre Schuchardt en *Lengua, Enseñanza y Literatura*, Madrid, 1924, págs. 155 a 170.

mos en él son sonidos, productos acústicos que pertenecen indudablemente al orden de los hechos físicos. Dichos sonidos se producen mediante la acción conjunta de diferentes órganos del cuerpo humano (los pulmones, la laringe, la campanilla, la lengua, etc.). Tienen, por lo tanto, un origen fisiológico y exigen para ser explicados un estudio de las relaciones entre los órganos humanos; se descubrirá también una imagen verbal en la fantasía del que habla y una idea asociada a aquella imagen, proceso de carácter psíquico indiscutible. A un grupo de sonidos corresponde un determinado estado de conciencia, es decir, dicha serie física de sonidos se refiere a nuestra psique. Los lazos entre representación y palabra son tan indisolubles, que el camino puede ser recorrido, con perfecta simetría, en ambos sentidos, y siempre con tal proceso estamos dentro del campo del psiquismo. Finalmente con cada grupo de sonidos va ligado, tanto para el hablante como para el oyente, una noción idiomática, la conciencia de un indeterminado trozo de nuestro mundo de experiencia; hasta que este trozo no se une a su correspondiente serie de sonidos no forma lo que nosotros comúnmente llamamos «palabra», y en ese mundo de la palabra se descubrirá una acción individual y un mutuo intercambio entre los diversos individuos de una misma colectividad, es decir, un fenómeno evidentemente social. Se plantea, pues, aquí la antigua querrela de los que ven en el lenguaje un producto, algo creado, concluido, dispuesto para su utilización, y aquellos otros que le atribuyen el carácter de fuerza creadora, de actividad ¹.

¹ Véase von WARTBURG, *Problemas y Métodos de la Lingüística*. Publicación de la *Revista de Filología Española*. (Trad. de D. Alonso). Introducción, págs. 3 a 5; cfr. también FERDINAND DE SAUSSURE, *Cours de Linguistique générale* (3. ed.), París, 1931, págs. 24 y 25.

2. EL LENGUAJE SEGÚN HUMBOLDT

A Guillermo von Humboldt se debe « la exposición clara y precisa » de esta vitalidad eminente de la realidad lingüística: « El lenguaje — dice Humboldt — comprendido en su verdadero ser es algo que fluye y pasa continuamente en cada instante... No es una obra o producto (*érgon*), sino una actividad (*energeia*). Por esto su verdadera definición no puede ser sino genética. El lenguaje es, pues, el trabajo del espíritu, trabajo que se repite eternamente en orden a hacer el sonido articulado apto para expresar » ¹.

Humboldt reconoce que esta definición tiene más bien por objeto el acto individual de hablar (pág. 63), pero advierte que en sentido verdadero y esencial sólo se puede considerar como lenguaje « la totalidad de ese hablar ». Pues agrega, « no es el caso disfrazado de palabras y reglas lo que constituye la realidad del lenguaje sino el acto individual del uso de la palabra ». Pero lo fundamental en esta tesis de Humboldt es el hecho de la perfecta identidad de función existente entre la actividad intelectual y la actividad verbal (p. 64). Y esto es el lenguaje no ya solamente de su realidad psíquica más íntima, sino hasta en sus manifestaciones externas, en los productos fonéticos articulados.

« Es de esta manera el lenguaje una fuerza, actividad creadora del espíritu, una forma viva de su concepción del mundo: algo que sólo existe en el espíritu y por el espíritu » ².

¹ GUILLERMO DE HUMBOLDT, *Sobre la variedad de los sistemas lingüísticos humanos y sobre su influjo en el desarrollo espiritual de la humanidad* (Introducción, p. 55); cfr. RAMÓN CEÑAL LORENTE, *La Teoría del Lenguaje de Bühler*, Madrid, 1941, págs. 51-54.

² *Vom sprachwissenschaftlichen Denken der Französischen* (« Sobre el Pensamiento de la Ciencia del Lenguaje de los Franceses »), pág. 81 y sigts.; ap. Ceñal Lorente, *op. cit.*, págs. 56-57.

Sin embargo — objeta Ceñal Lorente, *op. cit.*, p. 53 y 54 —, Humboldt no puede negar que en el « complejo universalmente denominado lenguaje » se da algo que no es pura actividad, creación continua; en el lenguaje se nos ofrece también algo ya hecho, tangible, como producto de aquella actividad. Esta misma actividad originariamente creadora no siempre se ocupa en la realización de algo nuevo, sino que en la mayor parte de de sus manifestaciones obra sobre « algo ya previamente existente », *auf etwas schon Gegebenes*, existente, se sobrentiende, como hecho lingüístico. « La realidad lingüística — agrega — no puede, por tanto, reducirse a la actividad pura, a la *energeia* descrita por Humboldt: en ella, comprendida en toda su plenitud, se nos descubre otro polo, la obra, el producto, *to érgon* ».

3. SAUSSURE Y LA LINGÜÍSTICA

Estos dos aspectos del lenguaje fueron analizados « con clásica maestría » por el lingüista suizo-francés Ferdinand de Saussure, quien trata de determinar « con toda ponderación posible » el objeto propio de la lingüística, empresa delicada y difícil, dada la complejidad, ya descrita, de los fenómenos que constituyen el objeto material de esta ciencia. Establece Saussure una distinción preliminar entre lenguaje y lengua: « Hay que colocarse — dice — primeramente en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las demás manifestaciones del lenguaje », por consiguiente es el todo de los fenómenos lingüísticos. Para Saussure el lenguaje es la suma de la lengua y el habla; la lengua una parte determinada, esencial ciertamente: « Para mí [la lengua] no se confunde con el lenguaje; no es sino

una parte determinada, esencial, es verdad, de él.» (pág. 25). « Tomado en su conjunto — continúa Saussure — el lenguaje es multiforme y heteróclito ; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece también al dominio individual y al dominio social ; es imposible clasificarlo en ninguna de las categorías de los hechos humanos, pues carece de elemental unidad. La lengua, al contrario, es un todo en sí y un principio de clasificación » (*ibid.*).

Lengua y habla (langue y parole)

Habla es el término con que suele traducirse el francés *parole*. Este punto de partida nace de una distinción fundamental intuida desde hace mucho tiempo por el americano Whitney y modificada de un modo riguroso por Saussure mediante la oposición entre *langue* (colectivo) y *parole* (individual). Saussure la delimita así : « El habla es un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir : 1º, las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal ; 2º, el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar sus combinaciones » (*op. cit.*, pág. 31). El habla ha significado siempre la lengua de una comunidad. Así decimos *habla española, latina, alemana, inglesa, húngara*, etc. En cuanto a lengua, en general podemos decir que es el « sistema de signos orales y escritos que utiliza una comunidad para expresarse ». Saussure ha introducido el término *lengua* para oponerse a *habla* (el de *langue* a *parole*) : es el conjunto de signos, de naturaleza psíquica, a disposición de la colectividad, pero exterior al individuo « que por sí sólo no puede ni crearla ni modificarla ; no

existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad... La lengua existe en la colectividad en la forma de una suma de acuñaciones depositadas en cada cerebro, más o menos como un diccionario, cuyos ejemplares, idénticos, fueran repartidos entre los individuos. Es, pues, algo que está en cada uno de ellos, aunque común a todos y situado fuera de la voluntad de los depositarios » (*ibid.* págs. 31 y 38).

4. SAUSSURE Y HUMBOLDT

La distinción a la que llega Saussure corresponde, en cierta manera, a la establecida por Humboldt; éste distingue, como sabemos, actividad, *energeia*, y producción, *érgon*; aquél distingue actividad, *parole*, y sistema, *lingua*. Pero este paralelismo nos descubre a la vez una oposición radical; para Humboldt el objeto primario de la lingüística es la actividad, la *parole*, para Saussure, por el contrario es el *érgon*, la *lingua*. Más exactamente, para Humboldt la lengua es ante todo el lado dinámico del lenguaje, el principio inmediato de la evolución y el progreso; para Saussure, lo estático; lo ya fijo en formas aceptables por los miembros de la comunidad lingüística es el objeto primero de esta ciencia.

No faltan lingüistas que opongan el concepto de lenguaje de Saussure al de Humboldt, viendo en ambas posiciones una expresión de la radical diferencia entre la lingüística francesa y la alemana. Pero parecen olvidar que el lenguaje es para Saussure — según vimos — un conglomerado sin ninguna determinación, y, por tanto, no puede ser objeto de ninguna ciencia; el lenguaje es incalificable, es decir, no

puede especificar una ciencia, ser su objeto formal. La oposición, por lo tanto, se ha de establecer en torno a la « lengua » (*langue*).

5. LAS ANTINOMIAS DE SAUSSURE — OBSERVACIONES Y REFUTACIÓN

Las dualidades que Saussure concibe como antinomias irreductibles fueron refutadas por von Wartburg (*op. cit.* Introd.), quien ha probado la interdependencia de los dos conceptos (*diacronía* y *sincronía*).

A su vez Amado Alonso¹ se pregunta si son realmente antinomias la *lengua* y el *habla* (*langue* y *parole*), la *diacronía* y la *sincronía*².

« Saussure — dice — nos ha hecho ver que son aspectos discernibles del lenguaje... pero ¿son objetos separados, y más, como quería Saussure, objetos sin contacto directo posible? »

Una marcada oposición con las teorías de Saussure y con los principios positivistas encontramos en la escuela de Munich, fundada por Karl Vossler, que llega por diverso camino a reconocer la naturaleza individual del lenguaje, que fundamenta en la estética idealista de Croce: « La esencia del lenguaje es actividad interna, intuición ». Nos dice también en otro lugar: « El lenguaje no tiene conceptos sino

¹ AMADO ALONSO, Introducción a la traducción de la obra de Saussure. Buenos Aires, 1942, págs. 12 y 13.

² Como sabemos, Saussure divide la lingüística en dos partes: una dinámica, histórica o diacrónica, y otra estática, descriptiva o sincrónica. Es sincrónico — según él — todo lo que se refiere al aspecto estático de nuestra ciencia, y diacrónico todo lo que se relaciona con las evoluciones. Del mismo modo *sincronía* y *diacronía* designarán respectivamente un estado de lengua y una fase de evolución.

intuiciones, cada una de las cuales tiene su individual y momentáneo valor, y quiere ser juzgado por sí ». Usa los términos *estético* e *histórico* en lugar de *sincronía* y *diacronía* Saussureanas. « El lenguaje es en primer lugar actividad puramente teórica instintiva e individual : arte. Todo individuo que expresa una impresión espiritual crea intuiciones, produce formas de lenguaje. Cada una de de estas creaciones lingüísticas posee su valor artístico, que puede ser un valor íntegro, propio y perfecto o un fragmento de valor, una obra de arte o una ineptia. De la plenitud de los valores decide la crítica estética » ¹.

La oposición entre *langue* y *parole* tampoco satisface a algunos neolingüistas — que están más cerca de Vossler que de Saussure —. Bajo forma de « lingua » y « linguaggio » fué divulgada en Italia por Giulio Bertoni. « A ese propósito — según Devoto — importa evitar el equívoco terminológico implícito en el hecho de que el « linguaggio » bertoniano (que se opone a la « langue ») no corresponde al *lenguaje* de Saussure » (que es, como sabemos, la suma de *parole* y de *langue*).

Según esto, en la definición bertoniana se entiende por *lingua* un organismo netamente definido, consagrado por el reconocimiento de una colectividad más o menos amplia en el ámbito de la cual la expresión individual encuentra : 1º,

¹ Véase *Positivismo e Idealismo en el Lenguaje y El Lenguaje como Creación y Evolución*. Traducción : José Francisco Pastor, Madrid, 1929. Hay una traducción italiana de T. Gnoli de las dos obras y otra española de la primera por Manuel de Montoliú; cfr. para una crítica de las teorías de Croce y Vossler, MANUEL DE MONTOLIÚ, *El Lenguaje como Fenómeno Estético*, Inst. de Filología de Buenos Aires, 1926, págs. 215 y sigs.

el medio para difundirse; 2º, una dilatación y una guía. La lengua lleva así el nombre de la colectividad que la reconoce: « lengua latina », « lengua griega », etc. Se da, en cambio, el nombre de « *linguaggio* » a « la síntesis que se opera entre pensamiento y forma lingüística concreta, a la individualización que alcanzan los valores colectivos en la expresión de lo singular (o a la colectivización del pensamiento que se torna accesible a los otros miembros de la comunidad): el « *linguaggio* » lleva el nombre del individuo que lo ha forjado (el « lenguaje de Dante », por ejemplo).

Tampoco se identifica la *parole* de Saussure con el « *linguaggio* » bertoniano. « La definición estrictamente individual de este último — dice Devoto —, válida para la contraposición dialéctica de los elementos, debe ceder el paso a una realidad que no opone de modo tan neto dos solas fuerzas o imágenes, sino que pasa de la una a la otra a través de dos o tres términos intermedios.

Devoto — como medio conciliador — piensa que el problema no se presenta en forma de una opción abstracta entre la posición de Saussure y de Bertoni, sino como una corrección y una atenuación del contraste, que se apoya en Bertoni « sólo por su mayor extremismo y su mayor eficacia ejemplificadora ». Y justamente porque se trata de correcciones y atenuaciones, no se debe apuntar ni a una preponderancia de la lengua sobre el lenguaje — *parole*, según el gusto del positivismo tradicional —, ni a una absorción de la lengua por el lenguaje — *parole*, según los esquemas gratos a la estética idealista ¹.

¹ GIULIO BERTONI, *Trilogía: Lingua e Pensiero* (1932), *Lingua e Poesia* (1937), *Lingua e Cultura* (1939), ap. GIACOMO DEVOTO, *Los Fundamentos de la Historia Lingüística*. Dep. de Filología clásica (Fac. de Fil. y Letras), Buenos Aires, 1955, págs. 4 a 7.

Vendryes ve en el lenguaje, como Saussure, un complejo heterogéneo: es uno y múltiple, el mismo en todos los pueblos, y, no obstante esta identidad, es diversificado a la vez infinitamente entre los seres.

« Es cosa manifiesta que dos individuos no hablan nunca exactamente de la misma manera... » No es, pues, tan absurdo pretender que haya tantas lenguas diferentes como individuos ¹.

Pero tampoco es falso pretender que no existe más que un lenguaje humano idéntico en su fondo, en todas las latitudes. Es la idea que se manifiesta en las tentativas de la lingüística general. Vendryes define la diferencia entre lenguaje y lengua con estas palabras: « El lenguaje es el conjunto de procedimientos fisiológicos y psíquicos de que dispone el ser humano para hablar, mientras que las lenguas representan la utilización práctica de estos procedimientos » (p. 318).

Por estas palabras parecería Vendryes acercarse a la concepción de Humboldt; pero en el fondo « late » una concepción radicalmente opuesta, que anula « en absoluto » toda correspondencia; la actividad lingüista « no brota para Vendryes, en oposición al lingüista alemán, como una emanación inmediata del espíritu. Para el francés la lengua, como el lenguaje también en toda su complejidad, no es una esfera de la vida del espíritu, que éste utiliza en beneficio de su propia actividad ».

¹ Véase también RAMÓN CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, págs. 59 a 62; cfr. SÉCHEHAYE, *La pensée et la langue ou comment concevoir le rapport organique de l'individuel et du social dans le langage.*

« El lenguaje, por ser un medio de acción, tiene un fin práctico; es preciso, pues, para conocerlo bien, estudiar las relaciones que le uneu al conjunto de la actividad humana » (p. 317).

Dos ideas se presentan al espíritu — según Vendryes — respecto a los diversos factores de diferenciación que pueden obrar en el seno del lenguaje humano. En primer término se pregunta: ¿Es la lengua un producto racial? « Un negro — dice — o un japonés educados en Francia en las mismas condiciones que un muchacho francés hablan esta lengua como indígenas ». Esto lo notamos con más amplitud aún en países cosmopolitas como los Estados Unidos y la Argentina formados por inmigraciones de todas las razas y de todas las latitudes y todos hablan inglés o castellano, y muchos hasta ignoran las lenguas de sus progenitores. Esto basta para que sea vana toda tentativa de unión de la lengua y la raza. (Y reflexionando sobre los términos podría discutirse la denominación de « día de la raza » al del descubrimiento de América: ¿de qué raza?). Luego examina Vendryes « las tesis romántica »: ¿Es la lengua un producto de la mentalidad?, y responde con una nueva negativa: entre la lengua y la mentalidad no hay ninguna dependencia especial: « Es tan arbitrario — dice — deducir la lengua de la mentalidad, como la mentalidad de la lengua. Las dos son productos de las circunstancias: son hechos de civilización » (p. 320).

Excluidas las dos hipótesis precedentes, Vendryes concluye: « una lengua es la forma lingüística ideal que se impone a todos los individuos de un mismo grupo social ». Sólo estudiando el papel social del lenguaje es como se puede tener mejor idea de lo que es una lengua: el hombre

es, ante todo, un ser social. « Uno de los rasgos por que mejor se manifiesta el carácter social del hombre se halla, sin duda, en este instinto que mueve a los individuos agrupados a hacer inmediatamente comunes las particularidades que les unen ». (p. 324).

En lo que que antecede se ve « con toda precisión » nuevamente la tesis del carácter eminentemente social del lenguaje ya formulada por Saussure, si bien esa tesis está atenuada en Vendryes, quien no admite que esta institución social que constituye la lengua tenga una existencia independiente de la actividad individual, de manera que ésta quede enteramente anulada.

7: DELACROIX Y EL COMPLEJO LINGÜÍSTICO

Según Ceñal Lorente (*op. cit.*, págs. 63-65), entre los lingüistas franceses es Henry Delacroix quien, después de Saussure, ha realizado análisis más profundos del complejo lingüístico. Delacroix juzga insuficiente la distinción (*langue-parole*) propuesta por Saussure, y la sustituye por esta otra, en la que se consideran cuatro aspectos distintos: 1°. « El lenguaje propiamente dicho, es decir, la función humana que construye o permite utilizar el sistema de signos calcados sobre nociones ordenadas por relaciones, en lo que consiste toda lengua... Las lenguas son variaciones históricas y sociales sobre el gran tema humano del lenguaje. 2°. La lengua, conjunto de convenciones lingüísticas que corresponden a un nivel del espíritu, a un momento de desarrollo del espíritu y de la civilización... 3°. El hablar o la formulación verbal, es decir, el sujeto hablante, en su manejo de la lengua y su sumisión a las exigencias del lenguaje... 4°.

La parole, que no es otra cosa que el mecanismo psicofísico que permite al sujeto hablante exteriorizar el sistema auditivo-motor »¹.

Entre la lengua y el lenguaje no se da, por tanto, « la relación de todo y parte », como sostenía Saussure ; lenguaje y lengua son dos grados de diferenciación de una misma e idéntica realidad, pues que son — como ya se dijo — « variaciones históricas y sociales sobre el gran tema humano del lenguaje ». La lengua es exterior al sujeto que habla, puesto que la debe aprender de los otros y es hablada antes y después de su paso por el mundo ; la lengua es el bien común de la colectividad lingüística. El punto de vista donde se sitúa Delacroix — como se ve — para realizar su examen es distinto del de Saussure, Bally, Vendryes y otros autores franceses² : « estos inquieren en la estructura del mundo del lenguaje como lingüistas ; aquél como psicólogo ». En la lengua — afirma Delacroix — la personalidad, es decir, lo individual se entrecruza con lo social ; « la lengua es producto uno e indisoluble » en ambas tendencias : individuo y sociedad. Pretender hacer de la lengua un hecho, una institución social, con vida y objetividad propia, independiente de la vida psíquica de los individuos, es para « el psicólogo y lingüista francés » intento vano y estéril.

¹ HENRY DELACROIX, *Le Langage et la Pensée*, Paris 1930, págs. 2 y 3.

² « Delacroix tiene conciencia plena de la complejidad del hecho lingüístico, objeto de sus análisis... ; para este autor, rompiendo abiertamente con la tradición lingüística de sus connacionales no es el lado social del lenguaje el objeto principal de este estudio » (CENAL LORENTE, *op. cit.*, pág. 66).

Para la concepción del lenguaje de Bally, véase su obra *Le Langage et la Vie*, traducción castellana, Losada, 1941.

Lo que caracteriza de modo peculiar la posición de Delacroix es « su moderado eclecticismo ». Entre la afirmación de Vossler, « individualismo extremo », quien sostiene que « todo lo que en la lengua puede ser objeto de estudio es una libre emanación del espíritu de los sujetos que la hablan », y la tesis sociológica « exagerada », Delacroix encuentra un justo medio. La distinción entre *langue* y *parole* no representa para él un antagonismo irreductible: « La *parole* — afirma — no es sino la lengua en acción »¹.

8. CONCEPCIÓN LINGÜÍSTICA DE KARL BÜHLER

La doctrina ecléctica de Delacroix brevemente expuesta nos sirve « de puente » para pasar a la concepción de Bühler, porque este autor representa — a juicio de Ceñal Lorente — en el seno de la lingüística alemana una posición simétrica a la de Delacroix. Los lingüistas alemanes en general rechazan la concepción francesa del lenguaje, instrumento, sistema cerrado de símbolos, que el individuo recibe como impuesto de afuera, para fijar la atención, sobre todo en la vida íntima del proceso verbal, en su inmediata floración de la actividad creadora² del espíritu. « Bühler pretende conciliar ambos puntos de vista ».

¹ Véase DELACROIX, *op. cit.*, págs. 70 a 73; véase también CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, págs. 66 y 67.

² Cfr. WINKLER, *op. cit.* pág. 93; ap. CEÑAL LORENTE, *op. cit.* pág. 68. VENDRYES concordando con Meillet dice: « por su fonética y su morfología una lengua tiene existencia propia, independiente de las disposiciones psíquicas del sujeto que habla. La lengua se impone a este último como un organismo ya preparado, como una herramienta que se le coloca en la mano. La utiliza para fines múltiples: la emplea para necesidades vulgares, de donde saca efectos de virtuosidad. Pero siempre es el mismo

Bühler también parte de la distinción *langue-parole*, establecida por Saussure para reconstruir su propia concepción de la estructura del lenguaje; pero para él ni la vieja dualidad propugnada por Humboldt (*energeia-érgon*) ni la más moderna sostenida por Saussure (*langue-parole*) traducen plenamente la rica estructura del proceso verbal (*op. cit.*, págs. 48 y sig.). Según el comentarista, en la primera exposición de su axiomática¹, Bühler reconoce en los dos términos de diferenciación propuestos por aquellos autores los aspectos fundamentales de la realidad lingüística; para distinguirlos emplea los sustantivos *Sprachhandlung* (acción verbal) y *Sprachgebilde* (forma verbal) que corresponden a *parole* y *langue* respectivamente en la nomenclatura del lingüista suizo-francés. Pero, ya allí, en la primera exposición insinúa que esta distinción no agota plenamente las posibilidades de diferenciación del complejo lingüístico. En la definitiva reducción de la axiomática que nos ofrece en la *Sprachtheorie* (Teoría del lenguaje, ya mencionada), Bühler afirma ya resueltamente que « no dos sino cuatro son los momentos o lados que en el lenguaje se han de distinguir »: colateral a la *Sprachhandlung* considera ahora Bühler *das Sprachwerk*, el producto verbal, y simétricamente, *die*

instrumento, y el papel del lingüista es justamente estudiar lo que ese instrumento posee de esencial y permanente » (*op. cit.*, pág. 318). La noción de lenguaje-instrumento no representa para Vendryes una realidad estática y fija: « Es casi un abuso — dice — hablar de vida del lenguaje, para designar lo que justamente está desprovisto de vida, los sonidos, las formas gramaticales, las palabras » (pág. 317). Para la concepción de la lengua como instrumento véase GIACOMO DEVOTO, *op. cit.* págs. 25. a 27.

¹ BÜHLER, *Axiomatica (Die Axiomatik)*, pág. 415; ap. CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, pág. 69.

Sprachgebilde encuentra en el *Sprachwerk* su término de correlación correspondiente. Entre estos cuatro términos Bühler establece un doble orden de relaciones mutuas. *Sprachhandlung* y *Sprachakt* dicen relación al sujeto que habla, mientras que *Sprachwerk* y *Sprachgebilde* dicen objetividad independiente. En otro sentido, la acción verbal (*Sprachhandlung*) y el producto verbal (*Sprachwerk*) constituyen un « orden fenoménico » de formalización lógica inferior ¹.

Como se ve, la concepción de Bühler, que no hemos hecho más que esbozar, es sumamente complicada. La plena inteligencia de estas relaciones mencionadas requiere una atenta consideración de aquellos cuatro términos o aspectos que Bühler distingue en el complejo verbal. Puede verse en la obra de Bühler — *Teoría del Lenguaje*, mencionada — y en su comentador Ceñal Lorente, *op. cit.*, págs. 71-82.

V

CONSIDERACIÓN SOCIAL DEL LENGUAJE

(« *fait social* » y « *fait linguistique* »)

Se ha dicho con mucha razón que la lingüística francesa se caracteriza, en oposición a la alemana (psicologista, individualista), por su predilección por la consideración social del lenguaje. Se caracterizan por su especial interés los trabajos de Meillet (*Les Lois du Langage*; *Les Tendances logiques du Langage*; *Le Caractère du Mot*), Vendryes (cuya tendencia sociológica del lenguaje hemos señalado), Bréal (*Essai de Sémantique*) y Pichon (*La Logique vivante de l'Esprit enseigné*

¹ Ver CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, págs. 69-70.

par le Langage. La Linguistique en France : Problèmes et Méthodes). Charles Bally, cuya obra hemos mencionado, nos ha legado finos análisis de las relaciones del lenguaje y la vida, « considerada ésta en su compleja plenitud de pasividad y actividad, de percepción y reacción, de concentración personal y de expresión social ». De estas múltiples direcciones de la vida es el lenguaje reflejo.

Pero se considera de mayor relieve a este respecto el nombre de Ferdinand de Saussure, « figura tal vez la más representativa de la lingüística francesa ». Con la distinción *langue-parole* Saussure realiza en la línea de diferenciación iniciada por Humboldt un progreso de fecundas consecuencias para el análisis de los complejos lingüísticos (véase capítulo IV de este trabajo). En lo que en este capítulo nos interesa, las coincidencias que existen entre la lingüística de Saussure y la sociología de Durkheim son bien notorias: la « langue » definida por aquél responde « adecuadamente » al « fait social », objeto central de las especulaciones de éste. Ahora bien, de la comparación del « fait social » de Durkheim y la noción de « langue » de Saussure concluye Dorozewski: « Se ve en suma que la « langue » de Saussure no solamente corresponde exactamente al « fait social » de Durkheim, sino que esta *langue*, semi-psíquica y semi-social, exterior al individuo, ejerciendo una fuerza sobre el individuo y existiendo en la conciencia colectiva del grupo social, era de alguna manera modelo de las « representaciones colectivas » de Durkheim. En el fondo « langue » y « fait social » no hacen sino uno sólo, no siendo aquélla sino una manera de réplica, de ilustración de éste »¹.

¹ *Quelques Remarques sur les Rapports de la Sociologie et la Linguistique*, pág. 90; ap. CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, pág. 57 y Nota.

* * *

De las relaciones de la sociología y de la lingüística se ocupa también Lévy Bruhl, señalado como el más notorio de los muchos continuadores de Durkheim. Que la lingüística y la sociología no pueden quedar extrañas la una a la otra, resulta — según este eminente sociólogo — a primera vista, de la naturaleza misma de sus objetivos respectivos. De una parte, los hechos lingüísticos tienen necesariamente un aspecto social. « Una lengua no se concibe sin un grupo donde ella es hablada, y se transmite de una generación a la siguiente ». De otra parte las costumbres, las instituciones, las tradiciones, que son lo característico de las sociedades humanas, no podrían nacer ni mantenerse sin el lenguaje. Lo que la lingüística estudia no le pertenece a ella sola. En la realidad concreta interesan también la *física*, la *psicología*, la *lógica*, la *patología* y, en fin, la *sociología*.

Por consiguiente, la lingüística hallará ventaja, al menos en ciertos casos, en tener en cuenta lo que la sociología le puede aportar : « tanto con puntos de vista nuevos como contribuyendo a la explicación de hechos ya conocidos ». Agrega el sociólogo francés que este punto de vista fue señalado por Meillet varios años antes. En una « admirable memoria » intitulada *Comment les mots changes de sens* (*Anne sociologique*, t. IX), él ha probado que si no se quiere limitarse a comprobar los cambios de sentido, sino a descubrir causas, éstas no podrían ser sino en hechos sociales que se producen simultáneamente con ellos ¹. Su demostración (la

¹ Más tarde en otro lugar (*Lingüistique historique y Lingüistique générale*, 1936-1938) Meillet sustituye el principio de las leyes naturales, en cuya existencia creían los neogramáticos, por las leyes sociológicas.

de Meillet) fundada sobre un gran número de hechos decisivos y sugestivos para el lingüista proporciona también al sociólogo una amplia materia de reflexión y le abre los ojos sobre el provecho que su ciencia podría sacar de los trabajos de la semántica.

Destaca, además, Lévy Brühl que entre todas las provincias del dominio de la sociología es sobre todo la etnología para la cual el concurso de la lingüística es más precioso, o, por decirlo mejor, indispensable. Y se pregunta si la etnología osaría enfrentarse con los enigmas que le presentan instituciones de una rareza desconcertante, si para entrar en las relaciones mentales de esos hombres, « que por mal nombre se llaman primitivos »¹, no dispusiera del camino que les abren sus lenguas. Camino particularmente difícil sin duda, ya que muchas de sus ideas, y por ende de los términos que las expresan, no encuentran entre nosotros ideas y términos que correspondan con una aproximación suficiente. Y considera que es necesario aquí para la socio-

Parte Meillet del principio de que la lengua es una realidad de un lado lingüística, de otro social, ya que una lengua es un sistema bien definido, con leyes generales propias, a las que debe someterse toda innovación individual para producir; social, porque toda lengua es patrimonio complejo de hablantes y existe en cuanto es medio de comunicación entre los diversos miembros de un grupo. (Cfr. G. THOMSEN, *Historia de la Lingüística*. Col. « Labor », págs. 153-155).

¹ La palabra « primitivo » fue llamada así por falta de otro término mejor. No se trata, en efecto, de un origen, pues los primeros documentos que nos permiten percibir el pensamiento están muy lejos de eso. La cuestión de origen para las realidades primeras tales como *sociedad, conciencia, vida, energía*, no es, por el momento al menos, una cuestión científica, pues se está obligado a tomar todas estas nociones ya todas dadas, y que ningún hecho ha permitido remontar más allá.

logía la ayuda de los lingüistas hábiles para manejar el método comparativo, y de una gran amplitud y flexibilidad de espíritu ¹.

VI

EL IDEALISMO Y EL ANTIMENTALISMO EN EL LENGUAJE

1. IDEALISMO

El idealismo — como se sabe — es la escuela lingüística cuyos orígenes remotos están en la obra de W. von Humboldt, de donde tiene su arranque, y que modernamente representa B. Croce, K. Vossler y sus discípulos.

Para Humboldt el lenguaje « es trabajo continuamente repetido de la mente para domeñar los sonidos y adaptarlos a la expresión del pensamiento ». Pretende ahondar hasta lo más íntimo el secreto mecanismo del lenguaje, que el individuo crea, habla y aprende, y trata a la vez de dominar el « espacio inmenso » de todas las lenguas que viven aún o alguna vez tuvieron vida entre los hombres. De la comparación de esta multiplicidad y aquel mecanismo interno surge el problema fundamental de la lingüística de Humboldt; porque presupuesto que entre el pensar y el hablar se da un paralelismo perfecto, ¿ cómo podría explicarse la variedad de las lenguas, siendo el proceso del pensamiento humano en todos los individuos y en todos los pueblos substancialmente idéntico, y por ende substancialmente idéntico el mecanismo de la actividad lingüística? Para la solución de esta antinomia introduce Humboldt las nocio-

¹ LÉVY BRÜHL, *Actes du Quatrième Congrès international de linguistes, tenu à Copenhague du 27 août au 1^{er} septembre 1936.*

Koebenhaven Munksgaard 1938.

nes *Sprachkraft* (fuerza del lenguaje) y *Sprachform* (*inere Sprachform* = forma interna del lenguaje), nociones que expresan un original dinamismo y que sólo pueden tener algún sentido coherente dentro del idealismo kantiano, base de toda la concepción filosófica de Humboldt ¹.

El idealismo de inspiración hegeliana tiende, por su parte, a una interpretación estética del lenguaje. Sus principales representantes son Karl Vossler y Benedetto Croce. La posición filosófica del primero se caracteriza por su oposición a la lingüística positivista; de aquí sus ataques contra todo lo que no sea hacer resaltar lo común, lo convencional en la vida del lenguaje. Su punto de partida es el lenguaje del poeta. El lenguaje es una creación individual, cuya explicación se ha de buscar en las intuiciones del individuo que habla. La gramática debe resolverse enteramente en la estética; historia del lenguaje no puede ser otra cosa que historia de las formas del espíritu, es decir, historia del arte en el sentido más amplio de la palabra. En cuanto a Croce, ya en 1900 propugnaba su *Tesis fundamental de una estética como ciencia de la expresión y lingüística general*. Para Croce, Estética y Lingüística, concebidas como verdaderas ciencias, no son cosas distintas sino una sola. Porque el objeto de la ciencia del lenguaje es la expresión ². Duda

¹ HUMBOLDT, *op. cit.* págs. 59 y 240 sigs. Sobre la filosofía del lenguaje de Humboldt cfr. E. CASSIRER, *Die Kantischen Elemente in W. v. Hs Sprachphilosophie* (« Los Elementos Kantianos en la Filosofía del Lenguaje de Humboldt »); en *Zeitschrift zu P. Hansen*; *Philosophie der Symbolischen formen* (« filosofía de las formas simbólicas »), I, p. 98. Véase también B. CROCE, *Estética* (Madrid, 1926, págs. 249 a 253); CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, pág. 6.

² K. VOSSLER, *Positivismo e Idealismo del Lenguaje*; CROCE, *op. cit.*, p. VII; cfr. ACHILLE POLLEZIERI, *Del Duecento al Ottocento*, ap. CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, pág. 18.

Croce de la existencia de un sistema lingüístico exterior al hombre: « éste crea continuamente su medio expresivo ». Surge así el llamado *idealismo lingüístico*, cuyo principal representante es Karl Vossler. Éste se adhiere a la concepción del lenguaje como creación (1905), y lo considera continuamente ligado al espíritu del hablante que lo crea y a la vida de la sociedad que lo adopta como instrumento comunicativo. Se opone al positivismo en todas sus formas; pero modifica la ideología de Croce « que convierte el lenguaje en un caos ». « El lenguaje es una creación perpetua »... « millones de creadores del lenguaje, millones de creaciones lingüísticas, desde las más pequeñas frases... hasta la obra de arte más pensada..., cada una de ellas libre, cada una autónoma y dueña de sí ». Para salvar « esta caótica concepción », Vossler propone otro nuevo criterio caracterizador del mismo: la *evolución*, que completa y « contrarresta », en cierto sentido, la de *creación*¹. Efectivamente la creación lingüística de un hablante individual puede coincidir con la de otro u otros, cumpliendo así a la vez una función expresiva y comunicativa. Esa creación es aceptada por los oyentes, repetida, modificada, difundida, amenazada. En suma, los hablantes cooperan colectivamente en el lenguaje, convierten a éste en un instrumento; ello nos permite concebir las lenguas como órganos expresivos colectivos².

La influencia de la filosofía de Croce y su aplicación por Vossler y la lingüística no ha escapado a las críticas de

¹ VOSSLER, *El Lenguaje como Creación y Evolución*, CROCE, *Estética*, cap. XVIII.

² FERNANDO LAZARO CARRETER, *Diccionario*, s. v. (Idealismo, evolución, creación).

lingüistas europeos. Según Montolíu — *op. cit.* — la intervención de Vossler en la cuestión de principios de la ciencia del lenguaje ofrece dos puntos de vista : uno negativo y otro positivo. El concepto negativo consiste no precisamente en una acción destructiva de los métodos de la filología moderna sino más bien en una obra rectificadora de esos métodos. Vossler, « contento de haber descubierto la verdadera naturaleza del lenguaje, nos advierte que podemos seguir trabajando sin peligro a base de las antiguas casillas de los métodos tradicionales », mientras no olvidemos que toda la construcción metodológica es interina y convencional. De manera — concluye — que si a primera vista aparece como destructor « en realidad es sólo el continuador de una escuela idealista de la lingüística » ¹.

2. EL ANTIMENTALISMO O BEHAVIORISMO

En oposición al idealismo el antimentalismo es una concepción mecanicista (o mecanista, según algunos) o materialista del lenguaje, que se ha desarrollado en Estados Unidos a partir de la publicación del libro de L. Bloomfield (New York, 1933), que tuvo un « intransigente adalid » en R. Hall Jr. y donde se dice : « La teoría materialista, o mejor mecanicista, supone que la variabilidad de la conducta humana, incluido el lenguaje, es debida sólo al hecho de que el cuerpo humano es un sistema complejo ». Este sistema está regido por los nervios. Es, pues, según Bloomfield,

¹ Cfr. para críticas al idealismo de Croce y Vossler, además del trabajo de Montolíu : *El Lenguaje como Fenómeno Estático*, M. BARTOLI, *Introduzione a la Neolingüística*, pág. 64 y G. NENCIONI, *Idealismo e Realismo nella Scienza del Linguaggio* (pág. 45 y sigs.).

del sistema nervioso del que debe partir el lingüista para su estudio y no de un elemento presupuesto por los mentalistas, y tan problemático como el espíritu, mentalidad o voluntad.

Denominan mentalista los lingüistas americanos antimentalistas « la actitud de los que juzgan el acto de hablar como el resultado de una operación consciente de la mente ». El lenguaje es una reacción, un « behavior » ante un estímulo estrictamente físico. Con este materialismo « gran parte de la ciencia del lenguaje norteamericano se opone a la tradición de la lingüística europea ».

Según Devoto la corriente tradicional de la gramática histórica podría decirse hoy concentrada sobre todo en Norteamérica. Tal tendencia es considerada como un postulado que conscientemente se acepta sobre la base de una vieja experiencia europea más bien que como normal desarrollo de la escuela psicológica llamada behaviorista o conductista¹. Como el lenguaje es bajo este aspecto una forma de comportamiento se ha querido relacionar esta manera de ver con el postulado de Hjelmslev de que « la lingüística debe intentar entender el lenguaje como un conglomerado de fenómenos no lingüísticos (por ejemplo: físicos, fisiológicos, psicológicos, sociológicos), sino como una totalidad que basta a sí misma, una estructura sui generis »

¹ *Behavior* (ing. comportamiento, conducta). Psic. Método psicológico (Becherew, Pavlov, Watson) que excluye la introspección y no admite sino el estudio de la manera de comportarse (o reaccionar) el individuo (hombre o animal) en una situación determinada. (Psicología de la reacción). La doctrina de Watson reduce el piquismo al conjunto de reacciones nerviosas, musculares y glandulares determinadas por un estímulo. Es en realidad una nueva forma del materialismo y del epifenomenismo y puede ser sinónimo de neuropsicología behaviorista (REGIS JOLIVET, *Vocabulario de Filosofía*, s. v.).

El antimentalismo puede llamarse, por lo tanto, también behaviorismo o conductismo ¹.

VII

LA LENGUA UN SISTEMA SIMBÓLICO

El símbolo es un signo convencional que propone un lazo de semejanza entre el significante y el significado (por ejemplo: « la balanza es el símbolo de la justicia »). Pero convencional no significa necesariamente artificial y arbitrario. Existen convenciones más o menos objetivamente fundadas. Que la balanza signifique la justicia, la zorra la astucia, o considerar la loba como una forma del pecado actual, la serpiente mordiendo la cola, la eternidad, esto implica cierta socialización de los signos, y en esto son convencionales; mas el valor de su significación no es enteramente arbitrario, por fundarse en semejanzas o analogías objetivas.

Algunas veces este término ha sido usado como signo ².

¹ GIACOMO DEYOTO, *op. cit.*, págs. VI y 55; FERNANDO LÁZARO CARRERER, *Dicc.*, v. s.

² El signo puede ser *natural*: el que está ligado por una relación natural con la cosa significada (ej.: el humo, del fuego; el gemido, del dolor) y *convencional*: aquel que resulta de una convención, ya sea objetivamente fundada (= símbolo), ya sea puramente arbitraria (RÉGIS JOLIVET, *Vocabulario de Filosofía*, s. v.).

La diferencia entre el lenguaje emotivo y el proposicional — según Caissirer — representa la verdadera frontera entre el mundo animal y el humano. Para evitar confusiones conviene distinguir claramente entre signos y símbolos. En la conducta animal interviene un complicado repertorio de signos o señales... sin albergar un contenido conceptual, que es lo propio del símbolo; las señales pertenecen al mundo físico, mientras que los símbolos son parte del mundo humano del sentido (cfr. F. ROMERO, *Ubicación del Hombre*, edit. « Columba », págs. 29-33).

Saussure rechaza tal identificación « porque el símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario ; no está vacío : hay un rudimento de vínculo natural entre el significante y el significado. El símbolo de la justicia, la balanza, no podría reemplazarse por otro objeto cualquiera, un carro, por ejemplo », (*op. cit.* pág. 101). De ahí que se dé el nombre de *signo simbólico* al *signo motivado*.

Frente a la teoría de la absoluta arbitrariedad del signo lingüístico algunos lingüistas oponen la creencia de que, en algunos signos, el significado influye de alguna manera en la forma que posee el significante. Se establece así, frente a la relación arbitraria entre significado y significante « una especie de relación necesaria » que es lo que suele llamarse *motivación*. Saussure, que les niega tal carácter, habla, sin embargo, de signos « *relativamente motivados* » : « Así *veinte* es inmotivado, pero *diecinueve* no lo es en el mismo grado, porque evoca los términos de que se compone y otros que le están asociados, por ejemplo, *diez*, *nueve*, *veintinueve*, *diez* y *ocho*..., etc. ; tomados separadamente *diez* y *nueve* están en las mismas condiciones que *veinte*, pero *diecinueve* presenta un caso de motivación relativa » (*op. cit.*, pág. 181). Bally considera un tipo de motivación que llama *interna*, la cual se da « en signos que, siendo absolutamente simples en su constitución fónica, son motivados por el hecho de que sugieren una asociación interna necesaria ; dicho de otro modo, son sintagmas ¹ implícitos y,

¹ *Sintagma* es un término introducido por Saussure que lo define así : « Las palabras contraen entre sí, en virtud de su encadenamiento, relaciones fundadas en el carácter lineal de la lengua, que excluye la posibilidad de pronunciar dos elementos a la vez. Éstos se alinean uno tras otro en la cadena del habla. Estas condiciones que se

por tanto, signos motivados ». Así, por ejemplo, *ciego* = « no vidente », *negar*, « decir no ». etc.

*
* *
*

Un símbolo reúne, pues, como ya dijimos, un significante, forma exterior, elemento constitutivo del que aporta la imagen acústica. Ésta « no es el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos » (Saussure). El significado (tecnicismo especializado por Saussure) designa el concepto o idea como elemento constitutivo del signo. Hay que agregar también el término *significación*, término « impreciso » usado como sinónimo de *significado*

apoyan en la extensión se pueden llamar *sintagmas* ». El sintagma se compone siempre, pues, de dos o más unidades consecutivas (p. ej. : *re-leer, contra todos ; la vida humana ; Dios es bueno, si hace buen tiempo saldremos, etc.*), y colocado en un sintagma, un término sólo adquiere su valor porque se opone al que le precede o al que le sigue o a ambos ... La noción de sintagma no sólo se aplica a las palabras, sino también a los grupos de palabras, a las unidades complejas de toda dimensión y de toda especie (palabras compuestas, derivadas, miembros de frase, frases enteras) ... La frase es el tipo por excelencia del *sintagma*. Hay sintagma, según él, en cuanto dos o más elementos lingüísticos se combinan. Estos elementos pueden ser semantemas y morfemas (*reclam-ante, pre-decir, un día, corre-ve-i-di-le*), semantemas (*ferro-carril, boca-manga*), determinante y determinado (*libro de Juan, mar azul*), sujeto y predicado (*Luis corre, tú vendrás*). Nótese que el estudio de los *sintagmas* no se confunde con la *sintaxis* : ésta, como observa Saussure, no es sino una parte de aquella.

El término *sintagma* ha conocido un gran éxito en la lingüística. Se han ocupado de él los principales lingüistas. Citaremos los nombres de Bally, F. Mikus, Trubetzkoy, H. Frei, Dámaso Alonso, Baudouin de Courtenay y Julio Casares (Cfr. SAUSSURE, *op. cit.*, págs. 170-173. Véase además para diversas interpretaciones del término FERNANDO LIZÁO CARRETER, *Diccionario*, s. v.).

y de *sentido*. Hay palabras a las que, junto a la *significación central conceptual*, se asocia alguna *significación secundaria* de tipo afectivo, que puede desarrollarse a expensas del significado primitivo. Así, el latín *captivus*, « prisionero », ha dado en italiano, *cattivo*, francés *chétif* (« malvado »), desarrollando una *significación secundaria*.

La palabra — según Bally —¹ no es más que un rótulo aplicado a un concepto. En los sonidos de la palabra *mujer* — su significante — nada hay que evoque la imagen sensorial de una mujer; el valor mismo de esta palabra — su significado — es el de un puro concepto, inteligible, pero no representable, delimitado desde fuera por otros conceptos que habitualmente le están asociados por medio de otras « palabras-rótulos »; sin la ayuda del habla y del lenguaje individual, no correspondería jamás a una representación actual y concreta, y ni siquiera a la idea general que cada uno se hace de la mujer, tan diferente de individuo a individuo. La palabra *mujer* es, pues, arbitraria en su significado y en su significante, y lo mismo sucede con todos los signos que se acomodan al ideal que la comunicación persigue. De aquí deriva que los signos presenten los sentimientos en figura de ideas y que *los juicios de valor* se enuncien de la misma manera que *los juicios de hecho*: « ese acto es injusto » tiene la misma sintaxis y un adjetivo del mismo tipo que « esa mesa es redonda ».

La relación entre la palabra y lo que significa es un arcano para quien no sea un técnico de la lengua, y a veces incluso para los mismos lingüistas. La palabra es un sonido conven-

¹ CHARLES BALLY, *El Lenguaje y la Vida*, págs. 130 y 131; FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Diccionario*, s. v.

cional que ha vivido mil peripecias en su forma y en su contenido. Un objeto presenta infinitos aspectos desde los cuales lo podemos enfocar. En una época determinada uno de estos aspectos empieza a designarse por tales fonemas; el objeto en su conjunto se designa por aquello que en un principio era sólo una denominación parcial; pero naturalmente « el objeto sigue ofreciendo mil posibilidades de nombres », que vendrán a ser realidades si hay motivo para que la gente se fije especialmente en ellos. La raíz indoeuropea *arbor*, tal como aparece en latín, parece significar « crecer », lo cual conviene al árbol, pero también a cualquier viviente. Así, pues, cuando podemos sorprender a las palabras en su significación originaria nos encontramos con que se unen al concepto que tenemos del objeto sólo por un rasgo particular. La palabra latina *habere* debió de significar en latín vulgar « riqueza en ganado »; se decía « *habere in praediis* » « tener su fortuna en fincas »; debió de decirse también *habere in pecudibus*, y de aquí que *habere* sólo vino a significar « ganado », como sinónimo de riqueza; compárese el cambio opuesto, que justifica este proceso semántico, de *pecunia* « dinero » [derivado de *pecu* « ganado »]¹. *Hostis*, originariamente « extranjero », llegó poco a poco al significado de « enemigo ».

* * *

Ernesto Cassirer² ve la raíz de lo humano en la capacidad de forjar símbolos. Para él el lenguaje, el mito, el arte,

¹ Cfr. SCHUCHARDT, *Zeitschrift für romanische philologie*, XXIII, pág. 179; A. CASTRO, *Publicación de estudios vascos*, págs. 45-46.

² La obra fundamental de Ernesto Cassirer es: *Philosophie der Symbolischen Formen* (« Filosofía de las Formas Simbólicas »), Berlín,

la religión, son funciones simbólicas, que tienen en la actividad individual y social del espíritu humano un valor preeminente en orden a la comprensión del mundo: « El mito y el arte — escribe —, el lenguaje y la ciencia no son simples imágenes que reproducen una realidad existente, sino que representan las grandes líneas directivas del movimiento del espíritu del proceso ideal, en el cual se constituye para nosotros lo real como lo uno y múltiple (*op. cit.* I, p. 43). Muchos aspectos de la cultura no se pueden reducir a la pura razón, porque en su génesis y composición entran otros elementos, como la imaginación y la emoción. En cambio, todas las formas culturales coinciden en ser simbólicas: el hombre, pues, se puede definir « adecuadamente » como un animal simbólico o simbolizante. El lenguaje — nos dice — no se comporta como un espejo que refleja en sí algo dado del ser exterior o interior, sino que implica el acto de la espontaneidad del sujeto, el acto mismo que crea el modelo ¹.

Por medio del lenguaje el hombre se eleva de la esfera de las impresiones sensibles a la de los conceptos y juicios, resolución plenaria de toda ciencia. Este proceso lo descubre Cassirer en la historia de las lenguas con sus tres etapas:

1923; luego Cassirer ha reelaborado su doctrina « en términos más restringidos y asequibles » en su libro: *An Essay on Man* (1944), traducido al castellano por el Fondo de Cultura Económica de México con el título de *Antropología Filosófica*. La obra primera constaba de 3 volúmenes. I: *Die Sprache* (la lengua); II: *Das mytischen Denken* (el pensar o el pensamiento mítico), 1925; III: *Phaenomenologie d'Erkenntnis* (fenomenología del conocimiento), 1929. Se puede considerar la *Antropología filosófica* como resumen de esta obra considerable.

¹ E. CASSIRER, *Filosofía de las Formas Simbólicas*, I, págs. 26 y 43; CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, págs. 14 y 26.

la primitiva de lo sensible-concreto : edad de la onomatopeya ; la segunda, de la expresión verbal intuitiva : pintura verbal del espacio, tiempo y número ; la tercera y última, la de hablar conceptual hasta llegar a la cumbre de toda expresión verbal, al campo de las formas puras de relación (*op. cit.*, págs. 123, 146, 244). Nunca sin embargo, nota Cassirer, pierde el lenguaje su adherencia a la materia ; más aún, ésta es precisamente su razón de existir, su valor más apreciable como medio sensible para elevarse hasta lo más encumbrado de la vida del-espíritu. Sostiene, asimismo, que sólo el punto de vista epistemológico nos puede ofrecer una consideración adecuada del lenguaje ; si no renunciamos a ver en el lenguaje una copia de un mundo circundante — prejuicio realístico —, vendremos a dar en una falsa idea de los fenómenos más importantes del lenguaje ; solamente si consideramos el lenguaje como forma simbólica, como creador autóctono de su propio mundo, en el sentido de Kant y de Humboldt, podremos descubrir su verdadera naturaleza, su *Zeichennatur* (naturaleza simbólica).

OBJECIONES

Esta concepción de Cassirer tampoco fue exenta de críticas. Ceñal Lorente (pág. 14-16), basado en Otto Funke, *Studien zur Geschichte der Sprachphilosophie* (« Estudio de la Historia de la Filosofía del Lenguaje ») — dice : « Bien se trasluce la filiación neokantiana de esta concepción, y, por lo mismo, expuesta a todas las quiebras de aquel dispositivo idealista » (págs. 15 y 16). Su axioma fundamental, que « el símbolo crea su modelo », el contenido representado, de manera que « la significación sea una concrescencia ya preexistente re-

pugna abiertamente a la percepción inmediata de la misma conciencia cuyo trabajo de interpretación de los símbolos no consiste de ninguna manera en incorporar un sentido a un complejo mental, sino inversamente, en referir a un sentido real o ideal ya presente en la conciencia un determinado medio de representación ». Rebate asimismo las « tres etapas » que Cassirer pretende descubrir en el desarrollo lingüístico de la humanidad, que no puede sostenerse — dice — « sin violentar a la vez la historia misma de las lenguas y el funcionamiento esencial a toda producción lingüística humana ». Se podrá tal vez en la ontogenia de la lengua distinguir un estado primitivo e incipiente de mínima dosis de conceptualidad, pero la lengua humana ya constituida, aun en sus formas más elementales, aun cuando es expresión de un nivel ínfimo de cultura intelectual, nunca carece de esa dignidad de contenido conceptual que Cassirer restringe « gratuitamente » a las producciones culminantes del desarrollo lingüístico.

A su vez Giacomo Devoto (*op. cit.*, págs. 12 y 13) objeta también el simbolismo lingüístico de Cassirer. Según él es preciso definir separadamente tres problemas: el de las relaciones « institucionales » entre el instrumento-lengua y la *parole* (dígase: *habla*) en su conjunto; el del mecanismo en funcionamiento para traducir la *parole* al instrumento-lengua; el de la « descripción » del instrumento.

Desde el primer punto de vista el carácter simbólico del instrumento-lengua puede aceptarse para el conjunto, no para cada una de las unidades que la componen; « la *parole* que él realiza no es una escondida realidad constituida por elementos paralelos, sino una realidad *indiferenciada*, de la cual, por diversos escalones, se desciende a las múltiples

unidades gramaticales, que, consideradas en sí mismas, no simbolizan en cambio cosa alguna ». Está, pues, en abierta diferencia con lo que es la actitud de Cassirer en la definición simbólica de la lengua. A estas correspondencias parciales — opina Devoto — les convendría acaso el término de « reflejo » más bien que el de « símbolo » de la realidad expresiva, « aunque no en el sentido que le dan los lingüistas soviéticos, para quienes la realidad es naturalmente algo objetivo y no algo pensado ».

Por el mismo motivo también cree Devoto que debe aceptarse con reservas la fórmula Saussureana del signo como asociación de un concepto y de una imagen acústica: tal fórmula — dice — presupone « una implícita pero inexistente correspondencia, al menos cuantitativa. Teoría de los signos y arbitrariedad presuponen, en efecto, una traducibilidad entre la sustancia expresiva y las realizaciones lingüísticas, mientras que los « reflejos » sólo son « grandes aproximaciones particulares a una realidad compleja, general o inanalizable »; no pueden dejar de ser arbitrarios, o, mejor, inmotivados: desde aquéllas nos remontamos, por una suerte de « análisis espectrográfico », al contenido expresivo.

MAURICIO SCHNEIDER

ACUERDOS

Consulta acerca del prenombre *Acaropita*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si el prenombre *Acaropita* tiene traducción a nuestro idioma », en junta del 12 de julio aprobó el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« En Italia se usa la palabra *Acheropita* como nombre propio de persona. *Acheropita* viene del griego ἄχειροποίητος, -ος -ου, adjetivo que significa 'no hecho por la mano [del hombre]', compuesto de la partícula negativa α y de χειροποίητος, -ος, -ου 'hecho de la mano [del hombre]', derivado del verbo χειροποιεῖμαι 'hacer con sus propias manos', que a su vez está formado de χεῖρ, χεῖρός 'mano' y ποίεω 'hacer'.

ἄχειροποίητος se usó en la literatura bíblica y en los evangelios apócrifos con el significado de 'auténtico', de 'no falso'. En el *Evangelio de San Marcos* (XIV, 58) se aplica al templo místico que Jesús promete reedificar en el espacio de tres días para substituir el templo hecho de mano de hombre (*templum mcnu factum*, según la versión de la *Vulgata*). En la *Segunda Epístola de San Pablo a los Corintios* (V, 1) indica la vida eterna (*domus non manufacta*), por oposición a la vida terrestre (*terrestris domus*), o sea el cuerpo perecedero. En especial, designó lo que está hecho por Dios, a diferencia de lo que está hecho por el hombre y particularmente la imagen que reproduce con fidelidad el rostro del Salvador, el Dios verdadero, contrapuesto a los ídolos, falsos dioses inventados por los hombres.

La más célebre de estas imágenes es la que se guarda en el

oratorio pontificio del *Sancta Sanctorum*, en la Basílica Lateranense, de Roma. Se la llama la *Acheropita* por antonomasia. Es una pintura hecha sobre tabla de madera y representa a Jesús *pantocrator*, con barba, sentado en un trono guarnecido de piedras preciosas. Rodea la cabeza un nimbo crucífero. El Salvador tiene levantada la mano derecha para bendecir y apoya la izquierda en un ejemplar de los Evangelios. En la parte superior, sobre un fondo azulado, se lee el resto de una inscripción: [Emmanu]El. Los expertos aseguran que, por su estilo, la pintura no es posterior a la mitad del siglo VI.

Esta imagen fue objeto de ardiente devoción. Según la leyenda fue comenzada por San Lucas y terminada por una mano sobrenatural. El *Liber Pontificalis* cuenta que cuando el rey longobardo Agilulfo sitió a la ciudad de Roma, el papa Esteban II (752-757), con los pies descalzos, llevó en procesión, sobre las propias espaldas, la imagen milagrosa desde el Laterano hasta Santa María Maggiore, para pedir al Salvador del Mundo (*Salvator Mundi*) que protegiera la ciudad amenazada.

Diversos ritos se relacionan con esta imagen. La mañana de Pascua recibía el homenaje solemne del Papa y de los cardenales. La noche del 14 de agosto, o sea la vigilia de la fiesta de la Asunción, era llevada procesionalmente a Santa María Maggiore, para aproximar el divino Hijo a su Madre, en el día de su festividad. Esta devoción especial fue causa de que la palabra *Acheropita* se considerase entre el pueblo, sobre todo en la parte meridional de Italia, como sinónimo de *Assunzione* o *Assunta* y que se usara como nombre propio de persona. Equivale, pues, al nombre español *Asunción*. No ha sido posible documentar la existencia de la variante *Acaropita* y la extensión de su empleo.

Consulta acerca del uso de abreviaturas. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca del « uso de las abreviaturas no autorizadas », y en especial, de cómo deben abreviarse las palabras *República Argentina*, en junta del 12 de julio resolvió contestar en los términos del informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« No hay en español un sistema completo y definitivo de abreviaturas. La Real Academia Española advierte, en su *Gramática*, que « es imposible sujetar a número y reglas fijas y constantes las abreviaturas, habiendo como debe haber, justa libertad para convenir en cuantas sean necesarias y oportunas en libros de cierta índole, como diccionarios, catálogos, bibliografías, colecciones epigráficas, etc., donde resultaría molesto el repetir con todas sus letras y hasta la saciedad una o dos docenas de palabras de clasificación o especificación común a muchos artículos del libro » (§ 557 a, nota).

Las abreviaturas pueden hacerse mediante dos procedimientos, por apócope o suspensión y por síncope o contracción ¹. En el primero se suprimen letras al fin de un vocablo, por ejemplo, *A.*, Alteza; *E.*, Este; *J. C.*, Jesucristo; *lic.*, licenciado; *pról.*, prólogo; etc. En el segundo se suprimen una o más letras dentro de la palabra: *Dr.*, doctor; *Fnz* o *Fz*, Fernández; *Sr.*, Señor; *Vds.*, ustedes, etc. En consecuencia, *República Argentina* puede abreviarse *R. A.*, *Rep. Arg.* o *Rca. Ana.* Pero, cualquiera que sea el procedimiento elegido, conviene atenerse a las siguientes normas:

1° La abreviatura debe ser clara, es decir, fácil de entender.

2° Entre varias abreviaturas posibles debe elegirse la de mejor aspecto en la escritura.

3° Si una abreviatura está ya consagrada por el uso, debe emplearse esta forma y rechazarse toda otra forma que no sea la habitual.

De las tres abreviaturas de *República Argentina* indicadas la única que cumple con los requisitos establecidos en estas tres normas es la de *Rep. Arg.* También puede admitirse *R. A.*, sobre todo en casos en que su empleo se justifica por razones de espacio, v. gr., *A. R. A.*, Armada de la República Argentina. En cuanto a *Rca. Ana.* es una innovación superflua que conviene evitar ».

¹ V. ZACARÍAS GARCÍA VILLADA, S. I., *Paleografía Española*, I (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1923), 53-61. •

Consulta acerca del gentilicio de Chascomús. — Consultada la Corporación acerca de « cómo deben llamarse los nacidos en Chascomús », en sesión del 12 de julio acordó aprobar el siguiente informe, presentado por el señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« Chascomús tiene tres gentilicios : *chascomusero*, *chascomusense* y *chascomunense*.

El primero, atestiguado por Lisandro Segovia, no se usa. *Chascomusense* es el gentilicio culto, formado mediante la adición del sufijo *-ense* al nombre de la población. *Chascomunense* se explica por la disimilación de la *s*, debida a la influencia de la *m* que se encuentra en la sílaba anterior y al deseo de evitar la repetición de dos *s* seguidas. En la lengua popular predomina *chascomunense*. Don Máximo Canale, que fue comisionado municipal de Chascomús en 1956, afirma que el vocablo *chascomusero* « es muy poco utilizado en nuestro medio, donde la palabra de uso corriente ha sido siempre *chascomunense*, como lo comprueba el escrito adjunto del escritor local Alejandro de Isusi. Todos los diarios y periódicos lugareños han empleado y emplean sin excepción en sus crónicas la palabra *chascomunense*, con lo cual se denominan, asimismo, diversas instituciones locales (Liga *Chascomunense* de Fútbol, Asociación *Chascomunense* de Bochas, etc.) ».

El artículo de Alejandro de Isusi, mencionado por don Máximo Canale se titula *Una capilla de negros junto a la laguna de Chascomús* y se publicó en el diario *El Pueblo*, de la Capital Federal, el domingo 11 de noviembre de 1956 : En él se lee : « A los *chascomunenses* nos parece que la capilla está allí desde que nació el pueblo », y más adelante : « A pesar de que los morenos *chascomunenses* llevaran diversos apellidos, se los llamó, generalizando « los negros de Alsina », por el vasco que compró en Brasil un matrimonio de esclavos, que trajo al barrio, y que fué tronco de numerosa familia ».

« Han existido también — añade don Máximo Canale — algunas opiniones en el sentido de que para denominar a los nativos de Chascomús, debe utilizarse el vocablo *chascomusense*, el que ha tenido muy poca o ninguna aceptación ».

Si nos atenemos a la etimología ha de considerarse *chascomunense* como la denominación correcta, pero dado la evidente preferencia del uso no hay duda de que predominará *chascomunense*, por lo cual es aconsejable que se admitan las dos formas del vocablo ».

Consulta acerca del nombre de la madre de Moisés. — En sesión del 12 de julio la Academia Argentina de Letras consideró una consulta acerca de « la correcta traducción del hebreo al idioma español del nombre de la madre de Moisés », y resolvió aprobar el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« Según el *Libro del Éxodo* (VI, 20) el nombre de la madre de Moisés fue *Yojeved*, esposa de Amram. Este nombre ha sido escrito de diversas maneras por los traductores : *Jochabed*, *Jochebed*, etc. La transcripción más aproximada a la fonética hebrea es la de *Yojéved*.

Los exegetas discuten acerca de la etimología y el significado de este nombre. Algunos lo consideran como un nombre teofórico, esto es, un nombre en cuya composición entra el nombre de Dios, *El* o *Yahvé*, reducido a la primera sílaba (*Ya*), que se coloca al principio (en otras palabras, al fin) y creen, por ello, que significa 'Dios es honor'. Otros niegan que el nombre de *Yahvé* fuese conocido en los tiempos premosaicos. Se basan en que, según el *Libro del Éxodo* (VI, 2-3), Dios habló a Moisés y le dijo : « Yo soy Jahvé. Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios omnipotente (en hebreo. *El Shadday*), pero no me di a conocer de ellos por mi nombre de *Yahvé* ». Según el texto transcrito, el nombre de *Yahvé* apareció en la época mosaica. En efecto, el mismo libro bíblico (III, 10-14) cuenta que Dios ordenó a Moisés que se dirigiera a Faraón para sacar de Egipto a los hijos de Israel. Y Moisés le contestó : « Iré, pues, a los hijos de Israel y les diré : El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, pero cuando me pregunten : ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé? Y Dios dijo a Moisés : « Yo soy el que soy (*Yahvé*) ». Y agregó : « Así dirás a los hijos de Israel : « El que

es (Yahvé) me ha enviado a vosotros ». Este último pasaje da, por primera vez, el nombre y la etimología de *Yahvé*, desconocidos hasta entonces por los hebreos y, según los sostenedores de la segunda teoría, prueba que ignoramos el significado exacto de *Yohéved* ».

Consulta acerca del femenino de poeta. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « cuál es el femenino de poeta », en la sesión del 12 de julio, resolvió contestar según los términos del informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« El femenino de *poeta* es *poetisa*. En griego se distinguía entre ὁ ποιητής 'el poeta', propiamente 'el creador', y ἡ ποιήτρια 'la mujer que hace versos'. A Safo, como es sabido, se la denominaba ἡ ποιήτρια por excelencia.

El latín distingue también el sexo con distintas palabras : usa *poeta*, del griego ποιητής o de una forma dórica de este vocablo, para el masculino ; *poetria*, -æ, *poetris*, -idis, del griego ποιήτρια, y *poetissa*, -æ, derivada de *poeta*, con adición del sufijo -issa, transcripción del griego -ισσα.

Este último término ha pasado al español. El *Diccionario de Autoridades* (1737), de la Real Academia Española, cita el siguiente pasaje de Gómez de la Rocha : « Inquiriendo la verdad de las fábulas... si verdaderamente se casó Júpiter con su hermana, y si Sapho *Poetisa* fue verdaderamente casta ò ramera » (*Traducción de la Filosofía del Conde Manuel Thesauro*, lib. 12, cap. 2). No es difícil hallar ejemplos de *poetisa* en la literatura moderna y contemporánea. « A Flérida, poetisa » (Leandro Fernández de Moratín, *Obras*, IV, 1831, 237). « En él [el drama *Baltasar*] se pone en escena, valiéndonos aquí de las propias palabras de la *poetisa* en su elocuente dedicatoria, « la caída del Imperio babilónico, señalada por celeste prodigio » (Juan Valera, *Observaciones sobre el drama titulado « Baltasar »*, en *Obras Completas*, II ; Madrid, M. Aguilar, Editor ; 1942 ; 113 b). « Yo convengo en que la mujer es o puede ser *poetisa*, filósofa, matemática, política, naturalista e historiadora, tan bien o mejor que

el hombre » (Ídem, *Las mujeres y las Academias*, op. cit., I, 851 b). « Hablemos un poco en torno a la más poética de las condesas y la más condesa de las *poetisas* » (José Ortega y Gasset, *La poesía de Ana de Noailles*, en *Obras Completas*, IV, 429). « Quiero hablar de un libro suyo [de Carmen Conde]... que fué el que la reveló como la primera entre las muchas y valiosas *poetisas* de la España actual » (Dámaso Alonso, *Pasión de Carmen Conde*, en *Poetas Españoles Contemporáneos*; Madrid, Editorial Gredos, [1952]; 359). « La *poetisa* Ágata del Arroyuelo, en el mundo Petra Mantecón, tenía un primo que andaba metido en eso de contratar artistas ». (Gamilo José Cela, *Los Viejos Amigos*, primera serie, 1960, 193). « La más veterana de las *poetisas* que colaboran en *La Violeta* es la *poetisa* catalanà (había nacido en Tarragona), Josefa Massanés y Dalmau... Pero esta poesía corresponde a su prehistoria poética, la de sus prácticas de *poetisa* romántica en la que tema y formas corresponden exactamente a la escuela » (José María de Cossío, *Cincuenta Años de Poesía Española*, I; Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1960, 67), etc

A pesar de que no cabe duda acerca del género gramatical de *poeta*, en los últimos tiempos ha empezado a usarse como femenino: « Existe hoy la tendencia — quizá sólo moda — advierte Manuel Seco ¹, de evitar el nombre *poetisa* porque se le supone evocador de la cursilería de muchas cultivadoras de la poesía; y cuando se quiere designar, ensalzándola, a una de éstas, se la llama con el nombre masculino *poeta* ».

Lo corrobora Dámaso Alonso, citado por Manuel Seco: « A las mujeres españolas — dice — que escriben hoy en verso parece que no les gusta que se las llame « *poetisas* »; se suelen llamar, entre sí, « *poetas* ». Habrá, sin embargo, que rehabilitar la palabra « *poetisa* »: es compacta y cómoda » ². Añadamos: y la única correcta ».

¹ *Diccionario de Dudas y Dificultades de la Lengua Española* (Madrid, Aguilar, 1961), 252 a.

² *Poetas Españoles Contemporáneos*, pág. 359, nota 1.

Consulta acerca de la palabra *crinolina*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de la definición exacta de la palabra *crinolina*, en la sesión del 30 de agosto resolvió aprobar el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« *Crinolina* es, en español, un galicismo. Viene del francés *crinoline* y éste del italiano *crinolino*. Esta voz está compuesta de *crino* 'crin' y *lino* 'lino'. Sirvió para designar, en un principio, un tejido cuya urdimbre era de lino o de hilo de algodón y cuyo relleno era de crin blanca. Con este género se hacían los coletes de los militares, en Francia, en la época de Luis XV y después, durante el reinado de Luis XVI, los de la burguesía. Desde 1830 se lo usó para sostener las mangas llamadas à *gigots*, o sea, aquellas mangas hinchadas de los vestidos femeninos que, por su forma, se parecían a una pierna de cordero. En el Segundo Imperio se comenzó a utilizarlo como forro de las faldas. Éstas eran amplísimas, en forma de campana, y estaban sostenidas por una armazón hecha con alambres o ballenas, que en español se designó con el nombre de *miriñaque*. *Crinolina* pasó a denominar también esta clase de faldas, pero la moda no duró más de una veintena de años : eran demasiado incómodas, sin contar que una de las características esenciales de la moda consiste en una perpetua variación, y aunque se ha tratado algunas veces de resucitarla, modificándola de una manera o de otra, en general debe considerársela como una curiosidad más o menos arqueológica.

De los dos sentidos con que aparece en la historia la palabra *crinolina* : el de un tejido y el de una falda hecha con este tejido, el segundo sólo tiene valor histórico, mientras que el primero persiste todavía. El *Diccionario de Tejidos*, escrito por F. Castany Saladrigas y publicado en 1959, nos informa que actualmente se entiende por *crinolina* (en francés *tissu de crin*, en inglés *haircloth*) un « tejido de crin o mezcla de ésta con algodón » y explica el modo de hacerlo : « se teje con ligamento tafetán y se utilizan los pelos del cuello y de la cola, que no sufren una hilatura sino que se anudan los unos a los otros formando una hebra larga,

las crines del cuello suelen tener unos 24 cm. de largo y las de la cola unos 72 cm. Los telares son especiales, muy pequeños, y con ellos se tejen estos artículos, que no tienen nunca un ancho superior a los 24 cm. ». « La crinolina — añade — es utilizada para cribas o tamices, así como también mezclada con algodón, para reforzar solapas, ahuecadores, etc. » (pág. 100 b). En la industria moderna se han introducido algunas modificaciones, como la de reemplazar la crin por el apresto para mantener la rigidez de la tela.

Es indudable, como lo demuestra la evolución del vocablo y de los hechos sociales con los que está vinculada, que la palabra *crinolina*, de uso corriente en nuestro idioma, no se presta a confusiones e identifica sin equívoco el tejido así denominado ».

Consulta acerca de la expresión *marcar a fuego*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si en acepción idiomática o popular *marcado a fuego* implica una característica de perdurabilidad o inalterabilidad », en sesión del 29 de noviembre acordó aprobar el siguiente informe presentado por el señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« El nombre correcto con que se denomina el procedimiento de marcar a fuego es *marca a fuego*. En la Argentina se usan también las expresiones *marcación a fuego* y *marcada a fuego*, correcta la primera, incorrecta la segunda.

Teóricamente cualquier substancia sólida puede marcarse a fuego. En especial el procedimiento se aplica al ganado mayor. Metafóricamente, en el habla política, se dice que se marca a fuego a una persona cuando se le hacen imputaciones gravísimas que se consideran irrefutables.

Un postre, como cualquier otra materia de cierta consistencia, puede marcarse a fuego. Los hay que llevan su nombre estampado mediante dicho procedimiento.

La expresión *marcado a fuego* implica cierta perdurabilidad e inalterabilidad, pero éstas son relativas al objeto de que se trata : es evidente que un postre dura menos tiempo que un animal y se altera mucho más fácilmente que éste ».

« **Consulta acerca de los nombres *Leida* y *Leila*.** — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si *Leida* o *Leila* son nombres para las personas en nuestro idioma », en junta del 29 de noviembre resolvió contestar en los términos del informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« *Leila*, del árabe *láila* 'noche', se usa en su lengua originaria como nombre propio. Famosa fue en el mundo árabe la leyenda de *Leila* y *Magnun*, que dio origen a todo un ciclo novelesco oriental. Narrábase en él los desdichados amores de dos beduínos, Romeo y Julieta del desierto, prototipos de los héroes románticos, en cuya vida el amor y la muerte se unen indisolublemente. *Leila* y *Magnun* se aman, pero *Leila* se ve obligada a casar con otro y cuando, muerto el marido, puede unirse a *Magnun*, muere a su vez y el infortunado amante, consumido de pasión, la sigue a la tumba. Algunos han identificado a *Magnun* con un personaje histórico, Qais ibn al-Mulawwah, de la tribu de los Banu Amir, que vivió probablemente en los siglos VII y VIII, después de Cristo, y al que se le dio el nombre de *Magnun*, esto es, 'el loco [de amor]'.

La leyenda de *Leila* y *Magnun* tuvo gran difusión entre los musulmanes e inspiró a poetas persas, turcos e indostanos. Nizami, de Ganja (n. en 1140 - m. en 1203, d. de C.) le dedicó uno de sus cinco *masnavi* o poemas novelescos. Posteriormente, otro poeta, no menos célebre que Nizami, Jami, de Jam (n. en 1414 - m. en 1492), considerado como el último poeta clásico de Persia, volvió a cantar los amores de *Leila* y *Magnun*, les dio un sentido místico e hizo de ellos el símbolo del amor divino, del anhelo del hombre para unirse eternamente a Dios.

En otros idiomas, *Leila* ha tenido una difusión más literaria que popular. En italiano, debe recordarse la novela de Antonio Fogazzaro, publicada en Milán el 12 de noviembre de 1910, y que completa la tetralogía formada por *Pequeño Mundo Antiguo*, *Pequeño Mundo Moderno*, *El Santo* y *Leila*. Pero no obstante estos antecedentes literarios, ni *Leila*, ni su variante *Leida*, se usan en español ».

Consulta acerca de los vocablos *cientista* y *cientificista*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca « del significado de los vocablos *cientista* y *cientificista* », en junta del 29 de noviembre, aprobó el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« A semejanza de otras lenguas (francés, inglés, etc.), en español el adjetivo *científico*, *ca* se ha substantivado para indicar la persona que se consagra al estudio de una ciencia o de varias ciencias. El *Diccionario* de la Real Academia Española lo admite, con este significado, en sus dos terminaciones, masculina y femenina.

Las palabras *cientista* y *cientificista* tienen en filosofía una acepción diferente de la que se da a *científico*. No se aplican al que posee conocimientos científicos, sino al que piensa que la ciencia, empírica proporciona al hombre un saber total que resuelve todos los problemas y satisface todas las necesidades intelectuales del hombre. El *cientismo* o *cientificismo* sostiene dos principios esenciales.

1°. La verdadera ciencia es la mecánica universal, que ordena en términos racionales todos los fenómenos, sin exclusión de algunos de ellos, y reduce las cualidades a ecuaciones cuantitativas.

2°. El método de la ciencia consiste exclusivamente en ordenar y explicar los hechos por la necesidad causal. El determinismo universal, según el cual las mismas causas producen los mismos efectos, se extiende así tanto al hombre como a los animales ¹.

El *cientismo* o *cientificismo* implica, pues, una posición positivista y, por lo tanto, antimetafísica. En efecto, estos neologismos fueron acuñados en Francia, en la segunda mitad del siglo XIX, para designar las teorías de Hipólito Taine y de Félix Le Dantec. Este último, en su artículo *Contra la metafísica*, publicado en la *Grande Revue*, el 25 de diciembre de 1911, escribió : « El único rótulo en *ista* que me parece convenir a mi

¹ Centro di Studi Filosofici di Gallarate, *Enciclopedia Filosofica*, IV, 435-436, s. u. *scientismo*.

temperamento lo he encontrado hace poco al haceros mi profesión de fe : es el de *cientista* [en francés *scientiste*], y también : « [La ciencia] no conserva ningún vestigio de su origen humano ; y tiene, por consiguiente, piensen lo que piensen la mayoría de nuestros contemporáneos, un valor absoluto. Sólo la ciencia tiene este valor y por ello me declaro *cientista* ».

La filosofía posterior al positivismo no aceptó la doctrina de las científicistas. Emilio Boutroux demostró que la ciencia determinista no abarca la vida y el pensamiento y que la ciencia tiene un dominio más vasto que el regido por el determinismo.

Las expresiones *cientismo* y *cientificismo*, *cientista* y *cientificista* ostentadas con orgullo por los positivistas, se convirtieron en términos peyorativos en la pluma y en la boca de sus adversarios. Esta especialización de sentido y la adhesión a determinada escuela filosófica que la acompaña inevitablemente impiden que puedan aplicarse con propiedad a todos los hombres de ciencia, sin contar que el uso oscila entre *cientismo* y *cientista*, por un lado, y *cientificismo* y *cientificista* por el otro.

Indudablemente, como observa el consultante, la palabra *científico* puede ocasionar repeticiones enfadosas, si se dice, por ejemplo, que « el *científico* Fulano de Tal realizó importantes descubrimientos *científicos* ». Sin embargo, la dificultad no es insalvable : basta substituir el primer *científico* por el nombre de la especialidad respectiva y decir : « el físico o el geólogo o el fisiólogo Fulano de Tal, hizo importantes descubrimientos *científicos* ».

Consulta acerca de los nombres *Ruchla* y *Rechma*. — En sesión del 29 de noviembre la Academia Argentina de Letras consideró una consulta acerca de « la versión castellana, si la hubiere, de los nombres extranjeros *Ruchla* y *Rechma* » y resolvió aprobar el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« *Ruchla* y *Rechma* son variantes asquenazies de los nombres propios bíblicos *Rahel* 'oveja', en sefardita *Rachel*, en español moderno *Raquel*, y de *Ruhama* 'compadecida', en sefardita *Ru-*

chama, respectivamente. En el *Libro de Oseas* se lee: « Y concibió [Gómer] otra vez y parió una hija. Y díjole [el Señor]: « Dale el nombre de *Loru'hama* [no compadecida], porque no Me compadeceré más de la casa de Israel ni la perdonaré de manera alguna » (I, 6), y más adelante: « Llamad, pues, a vuestros hermanos '*Ammí* [Mi pueblo] y a vuestras hermanas *Ru'hama* [compadecida] » (II, 3). *Ruhama* no ha pasado al español ».

Consulta acerca de la palabra *Irina*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si la palabra *Irina* se incorporó al idioma nacional », en sesión del 29 de noviembre, aprobó el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso:

« *Irina* no existe en español. Se lo emplea en ruso como nombre propio femenino. Alcanzó fama y difusión literarias a fines del siglo XIX y principios del XX, por llevarlo dos célebres personajes pertenecientes uno, a la novela *Humo* (1867), de Iván Turguénev, y otro, al drama *Las Tres Hermanas* (1901), de Antonio Chéjov. No ha pasado al español porque en nuestro idioma ya existe el mismo nombre, aunque con pronunciación y grafía distintas: el griego *Ειρήνη*, con que se designa a la diosa de la Paz, se convirtió en el español *Irene* y en el ruso *Irina* ».

Consulta acerca del nombre *Yuri*. — Consultada la Corporación acerca de « si el nombre *Yuri* ha sido incorporado a nuestro idioma o pertenece al mismo para imponerlo como nombre de persona », en la sesión del 29 de noviembre resolvió contestar, de acuerdo con el informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso, que « *Yuri* no pertenece a nuestro idioma ni se lo ha incorporado a él ».

Consulta acerca del vocablo *Rina*. — En sesión del 29 de noviembre la Academia Argentina de Letras consideró una consulta acerca de « si *Rina* es nombre propio de persona » y resolvió aprobar el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso:

« *Rina* es nombre propio de persona. Se usa en nuestro idioma sobre todo por influencia del italiano que lo emplea como nombre propio femenino. Es un hipocorístico formado por aféresis de varios nombres : *Caterina* (en español, *Catalina*), *Marina*, etc., especialmente del primero. En otros casos, proviene de *Cora* o de *Corina* : « Acabó por profesarle un afecto tranquilo y firme cuando nació *Corina*, su hija, dos años después de Antonio, su primogénito. Aquella niña fué el eje de su vida. Llamábanla *Rina* » (Hugo Wast, *Flor de Durazno* ; Buenos Aires, *Editores de Hugo Wast*, 1918), 10 ».

Consulta acerca de la grafía del nombre de la Cordillera de los Andes. — En sesión del 29 de noviembre, la Academia Argentina de Letras consideró una consulta acerca de la correcta grafía del nombre de la Cordillera de los Andes, y resolvió aprobar el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« Ni la etimología ni el uso justifican la grafía *Los Andes*. El Inca Garcilaso de la Vega, en su descripción del Perú, dice que el imperio incaico « al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres ni de animales ni de aves, innaccesible cordillera de nieves que corre desde Sancta Marta hasta el Estrecho de Magallanes, que los indios llaman Ritisuyu, que es vanda de nieves » (*Comentarios Reales de los Incas*, libro primero, capítulo VIII, ed. de Ángel Rosenblat, I, 25-26). La denominación *Cordillera de la Nieve* o *Cordillera Nevada* persistió entre los conquistadores españoles. El 22 de noviembre de 1560, el Capitán General de Chile, García Hurtado de Mendoza, « informado que detrás de la *Cordillera de la Nieve*, á las espaldas de la ciudad de Santiago, á cuarenta leguas de ella leste-ueste, está descubierta una Provincia, llamada Cuyo », nombró gobernador de dicha provincia a Pedro del Castillo, quien « en el nombre de Dios, en el asiento y valle de Guentata provincias de Cuyo de esta otra parte de la *Gran Cordillera nevada*, en dos días del mes de Marzo año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesu Cristo de mil e quinientos y sesenta y un años », fundó la

ciudad de Mendoza y le dio « por términos y jurisdicción con mero misto imperio desde la *Gran Cordillera Nevada* aguas vertientes a la Mar del Norte »¹.

El nombre se repite constantemente en los cronistas : « La ciudad de Mendoza, el primero pueblo de la provincia de Cuyo, de la otra parte de la *cordillera nevada*, enfrente de la ciudad de Santiago y como cuarenta leguas della, tendrá como veinte y ocho o treinta vecinos » (Juan López de Velazco, *Geografía y Descripción Universal de las Indias*, en *Colección de Historiadores de Chile*, publicada por José Toribio Medina, XXVII, 306). « Desde estos dos pueblos [Mendoza y San Juan de la Frontera]... se camina para el reino de Chile, de cada cibdad por su camino, por donde se pasa la *cordillera Nevada*, que es la misma que llamamos en el Perú Pariacaca » (Fray Reginaldo de Lizárraga, *Descripción Colonial*, ed. de Ricardo Rojas, tomo II, cap. LXXII, 239) « Y aunque en esta diócesis y jurisdicción de aquel reino, entran y se comprenden otras tres pequeñas ciudades demás de las dichas, no las he contado con ellas por estar apartadas, no solamente de los accidentes de aquella guerra, pero de los límites que parecen que demarcan y dividen aquel reino de las demás provincias sus vecinas, que tienen a la parte de Levante, por separarlas del reino, o a él dellas, la *Cordillera Nevada* según lo tengo justificado » (Alonso González de Nájera, *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile*, en Medina, *Colección*, XVI, 14). « Después de haber hablado de las dos partes de este reino de Chile, se sigue ahora que digamos brevemente de la tercera, que contiene las dilatadas provincias de Cuyo, que están de la otra banda de la *cordillera* al oriente, de cuyo estilo, anchura y largueza, dijimos ya al principio ; ahora de su naturaleza y propiedades : y comenzando por las malas, es cosa que admira ver que estando tan cerca de Chile, que no hay de por medio más de la *cordillera nevada*, sea tan opuesta en alguna de sus calidades » (Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reino de*

¹ ROBERTO LEVILLIER, *Guerras y Conquistas en Tucumán y Cuyo* (Buenos Aires, ed. del a., 1945), 197-198.

Chile, en Medina, *Colección*, XII, cap. VI, 131). « Habiendo con tanta prosperidad pacificado toda la tierra de Chile el gobernador Don García Hurtado de Mendoza, y pobládola reedificando las ciudades y fuertes que los rebeldes habían destruido, emprendió poblar la provincia de Cuyo, que está de la otra banda de la *cordillera nevada* » (Diego Rosales, *Historia General del Reyno de Chile*, t. II, cap. 22, pág. 96).

Según el Inca Garcilaso de la Vega « los Reyes Incas dividieron su Imperio en cuatro partes, que llamaron Tauantisuyu, que quiere dezir las cuatro partes del mundo, conforme a las cuatro partes principales del cielo : oriente, poniente, setentrión y mediodía. Pusieron por punto o centro la ciudad del Cozco... Llamaron a la parte del oriente Antisuyu, por una provincia llamada Anti que está al oriente, por la cual también llaman Anti a toda aquella gran cordillera de sierra nevada que passa al oriente del Perú, por dar a entender que está al oriente. Llamaron Cuntisuyu a la parte del poniente, por otra provincia muy pequeña llamada Cunti. A la parte del norte llamaron Chinchasuyu, por una gran provincia llamada Chinchá, que está al norte de la ciudad. Y al distrito del mediodía llamaron Collasuyu, por otra grandíssima provincia llamada Colla, que está al sur » (*Comentarios Reales*, libro segundo, cap. XI, *ed. cit.*, I, 89). El P. Diego Fernández Holguín, en su *Vocabulario* (1608), confirma la etimología indicada por Garcilaso y da las siguientes definiciones : *Ante*, la tierra de los Andes ; *Anteruna* o *anti*, el indio hombre de los Andes ; *Ante suyo*, una de las cuatro parcialidades, o partes del Perú, y *Ante uncoy*, mal de los Andes pestífero (pág. 2 a).

Se ha objetado esta etimología argumentándose que *Inti* « el sol » señalaba el sol en su apogeo, *Anti*, el oriente o sol naciente y *Cunti*, el occidente o sol poniente y que las ideas de oriente y occidente son relativas según el lugar en que se coloque el hombre, de tal manera que lo que es *Anti* para unos es *Cunti* para otros. No se comprendería, en consecuencia, la razón por la cual se ha preferido uno de los nombres, sobre todo si se tiene en cuenta que las montañas del Perú se dividen en dos cordilleras, la Oriental y la Occidental.

Por esta causa, se ha propuesto otra hipótesis basada en la división entre los núcleos mineros de la parte montañosa y los pescadores de la costa. *Anta*, en quichua, y *anti*, en aimara, significan « cobre ». Los *antis* serían, por lo tanto, los mineros que extraían el metal utilizado en la fabricación de armas y herramientas, y *Anti*, la cadena de montañas metalíferas donde vivían las parcialidades más numerosas del Perú ¹.

La explicación no es convincente. Las denominaciones de los puntos cardinales se aplican, en este caso, no a la situación de las montañas con respecto al hombre, que puede cambiar de sitio, sino en relación con la parte del país que ocupan. Y la prueba está en que actualmente las dos cadenas de los Andes peruanos se llaman Oriental y Occidental, con referencia a la parte del territorio en que se encuentran y no a sus pobladores. En cuanto a la extensión del nombre de la Cordillera Oriental a todo el sistema orográfico, se explica fácilmente: se trata de una sinécdoque, habitual en nuestra lengua, por la que el todo se designa con el nombre de una de las partes.

Fonéticamente debe hacerse otro reparo a la segunda de las etimologías propuestas. Las voces quichuas terminadas en *a* conservan, al pasar al español, la vocal final: *achira*, *apacheta*, *canchá*, *papa*, *puna*, *vincha*, etc. Habría que admitir que la *-i* del aimara *Anti* se transformó en la *-a* del quichua *Anta* y que éste, a su vez, se convirtió de nuevo en *-i* para transformarse en español en *-e*. No es necesario entrar a discutir estos cambios poco verosímiles. Los textos bastan para demostrar que *Andes* proviene de *Anti* 'oriente' y no de *anta* 'cobre'. El licenciado Juan de Matienzo, en su obra *Gobierno del Perú* (antes de 1573), escribe: « Aquella tierra desde Quito hasta Chile, tomada por la longitud son tres diferencias las que tiene, que son tres callejones a la larga, cada uno de su temple, aunque en ellas mismos ay temples diferentes y la latitud de cada uno es muy poca, el uno es de los llanos, y el otro es de sierra, y el otro es de los

¹ V. JUAN DURAND, *Etimologías Perú-Bolivianas* (La Paz, Talleres Gráficos La Prensa, 1921), 202-206.

andes » (capítulo 45°, ed. de 1910, pág. 91). Esta misma división geográfica se encuentra en la *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590), del P. Joseph de Acosta : « el Perú está dividido en tres como tiras largas y angostas, que son llanos, sierras, y *andes* : los llanos son costa de la mar : la sierra es todo cuestras con algunos valles : los *andes* son montes espesísimos » (libro tercero, capítulo veinte, ed. de 1894, I, 256). Más adelante se aclara que « lo que llaman *andes*, y lo que llaman sierra, son dos cordilleras de montes altísimos, y deben de correr mas de mil leguas la una á vista de la otra, cuasi como paralelas ». Como se ve, se distinguen tres partes : la costa, franja variable de unas diez leguas de ancho que corre a lo largo del Océano Pacífico ; la sierra, esto es, la Cordillera Occidental, y los Andes o Cordillera Oriental. Cuando el Inca Garcilaso de la Vega afirma que « llaman Anti a toda aquella gran cordillera de sierra nevada que pasa al oriente del Perú », no distingue entre los dos cordones, los engloba en una misma denominación. La frase « que pasa al oriente del Perú » no es limitativa, sino explicativa y debe entenderse en el sentido de que la cordillera de los Andes ocupa, dentro del Imperio Incaico, la parte que está al oriente, con respecto a las zonas no montañosas, o sea la región de la Costa. *Anti*, *Ritisuyu* y *Cordillera Nevada* son términos sinónimos.

El paso de *Anti* a *Andes* se ajusta a los cambios fonéticos generales de nuestro idioma. Como advierte Ángel Rosenblat, « la combinación *nt* del quechua cuzqueño ha dado sistemáticamente *nd* en castellano : *cúntur* se hizo *cóndor*. La *-i* final indígena se hace regularmente *-e* ¹. Lo que en Garcilaso de la Vega es *Anti-suyo*, en el Licenciado Juan Matienzo es *Andesuyo* : « Provease que los Indios de las provincias de Condesuyo y Chinchasuyo, que todos tienen minas de oro en su comarca, sean ocupados en ellas y no baxen a los Andes, sino solo los de la provincia de *Andesuyo* y *Collasuyo* » (cap. 51°, ed. cit., pág. 107). El *Ande*,

¹ ÁNGEL ROSENBLAT, *Buenas y Malas Palabras en el Castellano de Venezuela*, segunda serie (Caracas-Madrid, Ediciones EDIME, 1960), pág. 214.

por ser nombre de cordillera se pluralizó, ya que en español, como en latín, los nombres de cordilleras suelen usarse en plural: *los Alpes*, *los Apeninos*, *los Pirineos*, etc.

La grafía *los Andes* es la generalmente usada. Se encuentra en documentos oficiales y privados. La consagra una invariable tradición literaria. Sería tarea verdaderamente abrumadora transcribir los pasajes en que el artículo está escrito con minúscula inicial. He aquí algunos ejemplos. El 7 de noviembre de 1814, el general San Martín envía un oficio, desde Mendoza, a las autoridades chilenas que habían quedado en el Huasco, en el que les dice: « Pero si llegase el caso que no puedan contener al enemigo, será su firme objeto el tomar y asegurar algunos de los boquetes de esa parte de *los Andes*, fortificándose en él; y retirando á este lado armas, municiones, dinero y cuanto pueda ser útil á la reconquista ya expresada »¹. En una carta, que escribe a Tomás Guido, el 20 de octubre de 1816, le dice: « Por la patria vea Vd. al Director a fin de que me remita los vestuarios para cazadores, granaderos y número ocho; que estos están á más tardar á mediados de Diciembre; sin este auxilio no se puede realizar la expedición, pues es materialmente imposible pasar *los Andes* con hombres enteramente desnudos »².

La Constitución de Chile, de 1822, da al territorio de Chile los siguientes « límites naturales »: « al sur, el cabo de Hornos; al norte, el desierto de Atacama; al oriente *los Andes*; al occidente el mar Pacífico ». La de 1823 establece: « El territorio de Chile comprende de norte á sur desde el cabo de Hornos hasta el despoblado de Atacama; y de oriente á occidente, desde la Cordillera de *los Andes* hasta el mar Pacífico ». Cláusulas análogas se encuentran en constituciones posteriores³.

¹ V. BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de San Martín*, I (Buenos Aires, Félix Lajouane, editor, 1890), 501.

² V. CARLOS IBARGUREN, *San Martín Íntimo* (Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1950), 37.

³ V. [Gobierno de la República Argentina], *Memoria presentada al Tribunal nombrado por el Gobierno de Su Majestad Británica... respecto á la frontera entre las Repúblicas Argentina y Chilena*, I (Londres, 1902), 6.

En poesía abundan las referencias a *los Andes*: « Oigo el eco veloz, que atravesando/ Del Pacífico mar la inquieta hondura,/ Resuena de *los Andes* en la cima » (Juan Cruz Varela, *Por la libertad de Lima*). « Era la tarde, y la hora/ En que el sol la cresta dora/ De *los Andes* » (Esteban Echeverría, *La Cultiva*). « Del cóndor de *los Andes* las alas no pudieron/ Seguir en sus victorias al pabellón azul » (Juan María Gutiérrez, *La Bandera de Mayo*). « No morirá tu nombre,/ Ni dejará de resonar un día/ Tu grito de batalla,/ Mientras haya en *los Andes* una roca/ Y un cóndor en tu cúspide bravía » (Olegario V. Andrade, *San Martín*). « Mas los sublimes montes, cuya frente/ a la región etérea se levanta, /que ven las tempestades a su planta/ brillar, rugir, romperse, disiparse,/ *los Andes*, las enormes, estupendas/ moles atadas sobre bases de oro,/ la tierra con su peso equilibrando,/ jamás se moverán » (José Joaquín de Olmedo, *La Victoria de Junín*); « hijos son estos, hijos/ (pregonará a los hombres)/ de los que vencedores superaron/ de *los Andes* la cima » (Andrés Bello, *La agricultura de la zona tórrida*). « Los Estados Unidos son potentes y grandes/ Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor/ que pasa por las vértebras enormes de *los Andes* » (Rubén Darío, *A Roosevelt*). José Mármol emplea *los Andes* y *el Andes*, según convenga al metro, a veces en la misma estrofa: « Y pueda con la mente llegar hasta la roca/ donde se quiebra *el Andes* y en el Estrecho toca/ de su cadena inmensa como último eslabón./ Y ver sobre la tierra donde nací a la vida,/ la frente de *los Andes* quebrada y abatida,/ rindiendo a los desiertos honor y admiración » (*Cantos del Peregrino*). Lo mismo ocurre en otros poetas: Olegario V. Andrade, Rafael Obligado, Leopoldo Díaz, etc. En la lengua literaria se usa también *el Ande*, a semejanza de *el Alpe*, *el Pirineo*: « ¡ Oh ! qué hermosa, qué espléndida, qué grande/ Es la patria mirada/ Desde el soberbio pedestal *del Ande* » (Olegario V. Andrade, *San Martín*). « Se ausentó para siempre ! Solitario/ Quedó su corazón, pues no cabía/ En su íntimo santuario,/ Otro amor que su patria, ni otro cielo/ Que aquel sublime y grande,/ Que se dilata del platino estuario,/ En arco inmenso, hasta la sien *del Ande* » (Rafael Obligado, *Echeverría*).

En cuanto a los mapas, el excelente cartógrafo don Alberto Vúletin afirma que en « treinta y cinco años al servicio de la cartografía argentina no tuve la ocasión de encontrar plano alguno avalado por la seriedad de una repartición o cartógrafo de oficio que muestre la leyenda *Cordillera de Los Andes* ».

Cuando *los Andes* se refiere a la cordillera, el artículo *los* y el sustantivo *Andes* no forman un todo indisoluble. Lo demuestra el que pueden intercalarse otras palabras: « *los nevados Andes* », « *los altos Andes* », « *los terribles Andes* », ¹ etc., que no se escriben, y sería absurdo hacerlo, « *Los nevados Andes* », « *Los altos Andes* », « *Las terribles Andes* ».

Los Andes, con mayúscula inicial en el artículo, sólo aparece a principio de escrito, después de punto y en algunos topónimos en los que los dos vocablos se unen para formar un nombre propio: *Campo Los Andes*, *Gobernación o Territorio de Los Andes*, *Estado de Los Andes*, etc., que también se escriben *Gobernación o Territorio de los Andes*, *Estado de los Andes*, etc.

En resumen, debe escribirse *cordillera de los Andes* y no *cordillera de Los Andes* ».

Consulta acerca del vocablo *bahut*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si se ha aceptado la palabra *bahut* o *bahiut* para designar a una especie de bargueño », en

¹ « Salve patria mil veces, altaneras/ Flotan en todo Chile tus banderas... / Del arduo excelso asiento/ De los nevados Andes, hoy la Fama,/ Tocando el estrellado pavimento,/ En los Orbes proclama/ A vuestros héroes: su eco resonante/ Va desde el mar del Sud al mar Atlante » (ESTEBAN DE LUCA, *A la Victoria de Chacabuco*). « Alla en la cumbre de los altos Andes/ Sobre region de nieve sempiterna, / Donde mas brilla el luminoso Febo,/ La América inocente colocada/ Domine al orbe ; asiento magestuoso/ Le dan las cimas de elevados montes » (*A la Secretaría de Estado*, en *La Lira Argentina*, 181). « ¡ Salve, patria feliz ! A las regiones/ Que antigua libertad os predicaron/ Tu nuevo sol se ofrece esplendoroso, / Cual aparece en la blanqueada cima/ De los terribles Andes derramando/ Su luz al padre antiguo de los hombres » (*Al reconocimiento de la independencia de la América del Sud por la del Norte*, op. cit.: 155).

junta del 29 de noviembre, aprobó el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« *Bahut* no pertenece a nuestro idioma. Es un vocablo francés, de etimología incierta. Lázaro Sainéan sugiere la hipótesis de que proviene del verbo francés dialectal *bahuter*, que significa 'hacer ruido' y que tiene, a su vez, un origen onomatopéyico. Según Sainéan, *bahut* aludiría al cierre ruidoso de la tapa. La hipótesis no es convincente : el ruido no es una característica esencial del *bahut* y nada induce a creer que la tapa del primitivo *bahut* se cerrara tan ruidosamente como la de los *bahuts* posteriores. Los especializados en la historia del mobiliario aseguran que, en un principio, se llamó *bahut* una envoltura de mimbre, recubierta de cuero, por lo común de piel de vaca, dentro de la cual se ponía un cofre de madera, y que servía para transportar la ropa y los objetos necesarios en un viaje. Con este fin, después de cargado se lo ataba, por medio de correas, bien a la cabalgadura, bien a la parte superior de las maletas ⁴. Si el *bahut* estaba forrado de mimbre lo más probable es que el ruido de la tapa no llegaría hasta el punto de llamar tan particularmente la atención como para dar nombre a la cosa que lo producía. Más lógico es pensar que, cuando desapareció la envoltura de mimbre y el *bahut* se fabricó con hierro, madera y cuero, se asociara la idea de él con la cualidad de ruidoso, sea, como afirma von Wartburg, por las muchas vueltas que deben dársele para clavetearlo por todos lados, sea, más verosímilmente, porque a causa de los elementos de que estaba hecho, producía fuertes ruidos mientras se lo fabricaba o cuando se lo llevaba de un lugar a otro. Esto permite sostener que, en lugar de venir *bahut* de *bahuter*, es *bahuter* el que procede de *bahut*, tanto más cuanto que *bahut* está atestiguado desde hacia 1200 y *bahuter*, según Oscar Bloch, no apareció antes de 1633.

Federico Diez propone sacar *bahut* del latín *baiulus* 'portador,

⁴ VIOLLET-LE-DUC, *Dictionnaire raisonné du Mobilier Français*, I (París, V^e A. Morel & Cie., 1872), 23 ; HENRY HAVARD, *Dictionnaire de l'Ameublement et de la Décoration*, I (París, Maison Quartier, s. a.), col. 216.

ganapán', pero como en *baiūlus* la *u* de la penúltima sílaba es breve el acento cae en la primera sílaba, mientras que en *bahut* cae en la segunda. Habría que admitir un cambio, no explicado, en la colocación del acento. Para salvar este inconveniente, otros etimologistas consideran que *bahut* no nace del sustantivo *baiūlus*, sino del verbo *baiulāre* 'llevar', pero surge otra dificultad: la de que *baiulāre* no haya dado origen, en francés, a un verbo equivalente, mientras servía para crear un sustantivo derivado de él.

Más aceptable es ver en *bahut* la continuación del bajo latín *bahudum*, que Du Cange encontró en autores latinos medievales, con el significado de 'especie de arca' (*arcæ species*) y que parece relacionarse con el germánico *behuotan*, *behoadan* 'guardar' (en alemán *behütten*, en holandés *behouden*), compuesto de la preposición *be*, *bei*, y de *huotan*, *hoodan* 'guardar, conservar', de donde el francés *hulle* 'lugar en que se guardan [las provisiones]'.

El francés antiguo presenta las variantes *bahur*, *bahu*, *bahuc*, *behent* y *baiul*. La más frecuente es *bahur*. De ella procede el español *baúl*, nombre que se daba, según Covarrubias, al « cofre pequeño, casi redondo y ligero que se puede llevar a las ancas de la cavalgadura ». No hay duda de que el *baúl* español y el *bahut* francés de la Edad Media y de los siglos *xvi* a *xviii* son la misma cosa. César Oudin, en 1625, los da como equivalentes. Define *baul* « vn bahu, vn coffre, vne malle » y *bahu*, « baul » (*Tesoro de las dos Lenguas Española y Francesa*). En el siglo *xviii*, *bahut* deja de usarse en Francia: « *Bahut* est vieux, on dit coffre », advierte César Pedro Richelet, en 1680. Lo confirma el *Dictionnaire de Trévoux*, en 1771: « *Bahutier* commence a vieillir. Plusieurs aiment mieux dire Mallier, & meme Coffretier, que *Bahutier* » (« *Bahutier* [obrero que hace *bahuts*] comienza a envejecer. Algunos prefieren decir *mallier* [maletero], y hasta *coffretier* [cofrero], a *bahutier* »).

Se ha discutido acerca de si *bahut* y *coffre* 'cofre' son sinónimos o no. La mayoría se inclina por la afirmativa. Enrique Havard lo niega y se basa para ello en que la tapa del *bahut* tiene forma redonda y en que está guarnecido de cuero. « El carác-

ter esencial del *bahut* — dice — es ser ante todo móvil y transportable » (*op. cit.*, 214), por lo que, en algunos textos, llega a usarse con el sentido de *bagage* 'equipaje'. Havard refuerza su argumentación haciendo notar que, en arquitectura, se dice que una piedra está tallada *en bahut* cuando se la redondea en la parte superior. De igual modo en jardinería se emplea aún la frase *en dos de bahut* para indicar que una porción de tierra está dispuesta en forma convexa y redondeada a lo ancho. Estas características del *bahut*, señaladas por Havard, no lo diferencian del cofre: hubo y hay cofres de tapas convexas, guarnecidos de cuero y transportables. Por lo contrario, otros *bahuts*, como el llamado *bahut de Flandes*, que se usó en el siglo XVI y XVII, presentan sólidos herrajes, en vez de estar guarnecidos de cuero, con clavillos dispuestos de manera más o menos artística.

Mientras el *baül* español permaneció estacionario, el *bahut* francés se transformó con el tiempo. Es sabido que el cofre fue el mueble doméstico más usado e importante en la Edad Media: se lo empleó como maleta, asiento, caja fuerte, cama, armario y escalón. Al permanecer en las habitaciones se le añadieron patas. Como dice Viollet-le-Duc, de cofre transportable se convirtió en mueble fijo. « No hubo cámara, en la Edad Media, que no tuviera su *bahut*. En él se guardaban trajes, dinero, ropa blanca, objetos preciosos; servía, en caso necesario, de mesa y de banco, y formaba, con el armario y el lecho, las piezas principales del mobiliario privado de las personas ricas, como el de los más humildes particulares. En las dependencias de las iglesias, tales como sacristías, salas capitulares, vestuarios, se colocaban también *bahuts* » (*op. cit.*, 23).

La transformación del *bahut* dió nacimiento a dos clases de muebles: el *gabinete* y la *credencia*. Según parece ambos fueron de origen italiano. El *gabinete* (en italiano *gabinetto* o *stipo*, en francés *cabinet*) apareció en el siglo XVI, aunque se han señalado antecedentes antiguos y clásicos. Los había de diversas formas y dimensiones, con patas o sin ellas, pero todos se caracterizaban por ser siempre cuadrados, tener puertas y estar dividida a parte interior en gran número de cajoncitos. Servían principalmente

para guardar joyas y objetos preciosos. Algunos, como los de Enrique IV, Catalina de Médicis, María Antonieta, etc., eran verdaderas obras de arte, de una belleza y magnificencia extraordinarias. Estaban formados bien por dos cofres superpuestos, bien por un cofre sostenido por columnas casi siempre labradas. Una variedad española es el *bargueño*, así denominado, según se dice, por construirse en el pueblecillo toledano de Bargas. Es curioso que la palabra *bargueño* no aparezca en los léxicos hasta fecha reciente. La Real Academia Española la admitió, no en 1884, como afirma Martín Alonso, sino en 1890 (fecha de la décimatercia edición del *Diccionario*), con la grafía *vargueño*, y con la de *bargueño*, en 1914, año en que se publicó la décima cuarta edición del *Diccionario* y en el que ambas coexisten desde entonces. Juan Corominas supone que el vocablo apareció hacia 1900 (*Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, s. u. *bargueño*). Los viejos escritores y los inventarios, según advierte el Marqués de Lozoya, llaman a los *bargueños* *escriptorios* o *contadores*. Tales denominaciones se explican por proceder el *bargueño* del gabinete, a través de la arquimesa, o sea de un gabinete provisto de un tablero que servía de mesa. « Lo que distingue al *bargueño* de la arquimesa, añade el mismo escritor, es que está repartido en cajones — generalmente, cuatro, seis o nueve — con el frente más o menos decorado. Sin poder apoyarnos en fuentes literarias, podemos suponer que las palabras *escritorio* y *contador* se refieren a tipos distintos. La primera designaría al *bargueño* cuya cajonería se oculta bajo una tapa que gira sobre goznes de abajo arriba y que, en posición horizontal, abierto el mueble, se apoya en largueros extensibles, dispuestos en el mueble inferior formando una mesa de muy cómoda utilización, pues el que escribe tenía a mano, en los cajones, papeles y recado de escribir. El contador sería el *bargueño* sin tapa, no apto para escribir, pero sí para guardar en sus cajones dinero y documentos »¹. El siglo xvii fue la época por excelencia de los gabinetes. Se suprimieron en el siglo xviii porque los arquitectos estimaron que ocupaban demasiado espacio. Posteriormente el *bargueño* fue confundido con la credencia.

La *credencia* (en italiano *credenza*, en francés *crédence*) es un armario en el que se colocan y guardan los utensilios empleados para comer y beber. En un principio se usó exclusivamente en las iglesias. Se componía de una armazón de madera sin pulir, formada de un estante ancho, que hacía las veces de mesa, sobre la cual se escalonaban varios anaqueles. Se la cubría generalmente con una tela lujosa que tapaba la madera. Solía colocársela inmediata al altar con el objeto de tener a mano lo necesario para la celebración de los oficios divinos.

En el siglo XIV, probablemente en el último cuarto, se utilizó en la vida civil para hacer la salva (en italiano *fare la credenza*, en francés *faire la crédence*). Ésta consistía en que la persona encargada de servir la comida y la bebida al rey o a los príncipes, por lo común el noble más importante, las probaba antes a fin de demostrar que las viandas no estaban envenenadas¹. Con tal objeto, se colocaban sobre la mesa de la credencia, previamente cubierta de un mantel, la vajilla, la cristalería y las copas de oro y plata. La comodidad de tener cerca estos elementos al servir la mesa hizo no sólo que se continuaran usando las credencias cuando se suprimió la costumbre de la salva, sino que el mueble se generalizara y se hiciera de uso corriente en la mayoría de las casas.

De la *credenza* primitiva, sin puertas, salió el *dressoir* francés. Éste servía sobre todo para adorno y ostentación. Se los colocaba en los dormitorios de las mujeres nobles, cuando iban a tener familia, para ordenar en ellos los regalos que recibían. Los arqueólogos mencionan un famoso *dressoir* perteneciente a Carlos el Temerario, duque de Borgoña, en el que, con motivo de las *relevailles* de su mujer, la condesa de Charolais, se exhibió

¹ MARQUÉS DE LOZOYA, *Muebles de Estilo Español desde el Gótico hasta el Siglo XIX* (Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S. A., 1962), 19 b.

² AMÉRICO CASTRO, *Hacer la salva*, en *Mélanges de Philologie et d'Histoire offerts a M. Antoine Thomas* (Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1927), 89-94. Las expresiones italiana y francesa confirman la tesis de Américo Castro.

toda la vajilla de oro y plata de este príncipe, considerado entonces como el más rico de la cristiandad.

A fines del siglo xv y principios del xvi la credencia adoptó la forma que, en líneas generales, persistió hasta nuestros días. Estaba compuesta de un armario, que llegaba más o menos a la altura del pecho, y con dos, cuatro o hasta seis puertecillas. En el siglo xvi se hicieron credencias con dos armarios sobrepuestos, lo que trajo como consecuencia que se confundiera, en lo que respecta a la forma, la credencia con el gabinete. En cuanto al empleo se mantuvo la diferencia: el gabinete se utilizaba para guardar objetos preciosos, pañuelos, telas, etc.; la credencia, para poner lo relacionado con el servicio de la mesa: vajilla, cristalería, cubiertos, manteles, servilletas, etc.

Las credencias continuaron usándose hasta el siglo xviii. En el xix desaparecieron en España y Francia. En los países hispánicos se la substituyó con el aparador o se la confundió con el bargeño. En Francia, una credencia de tamaño pequeño dio origen, en el siglo xviii, a otro mueble: la *commode*, en español la *cómoda*. En Italia persistió la credencia de grandes dimensiones, que por estar formada de dos cuerpos de armario sobrepuestos y tener el superior cerrado con vidrios se denominó *credenza a vetri*. Actualmente, en este último país, se nota la tendencia a volver a la simplicidad antigua y se fabrican credencias análogas a las del estilo Renacimiento, a la par que las del estilo Luis XV.

En nuestros días, en la Argentina, por lo menos, se ha reemplazado la credencia por el *bahut* y se da este nombre a un mueble híbrido, mezcla de credencia o bargeño, como suele decirse equivocadamente, y de aparador. Tiene el alto de una persona, es decir, entre un metro cincuenta y un metro ochenta, y tres cuerpos: el central, en cuya parte superior se colocan las botellas y la cristalería, y que se ilumina al abrirse las puertas, y cuya parte inferior está dividida en cajones para los cubiertos, manteles y servilletas, y los laterales, destinados a contener la vajilla. Algunos tienen una subdivisión en cada extremo para vasos y copas. Debe observarse que, en general, al nombrar este mueble,

no se pronuncia *bahut*, sino *bahut*. Enrique Havard se quejaba de la impropiedad con que, en su tiempo (hacia 1887), se usaban las palabras *crédence* y *bahut*. « Nos parece, pues, escribía, que el nombre de *crédence* es aplicado por los aficionados y los ebanistas contemporáneos, con tanto discernimiento como la palabra *bahut* ». Los hechos demuestran que esta falta de discernimiento ha continuado y que la confusión de nombres y muebles es, ahora, mayor que nunca ».

Consulta acerca del prenombre *Bartolo*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si el prenombre *Bartolo* pertenece a la lengua castellana », en junta del 29 de noviembre resolvió contestar en los términos del informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« *Bartolo* pertenece a nuestro idioma. Es la abreviatura de *Bartolomé*, nombre propio tomado del hebreo, lengua en la que significa 'hijo de Tolmai o Talmái'. Como *Bartolo* es un hipocorístico, en la inscripción de nombres propios debe utilizarse la forma plena *Bartolomé* y no la abreviada *Bartolo* ».

Consulta acerca de los vocablos *petroloquímica* y *petroquímica*. — Consultada la Corporación acerca del « sentido y acepción técnica de los términos *petroloquímica* y *petroquímica* y de si el término *petroquímica* es una palabra de mera fantasía », en sesión del 29 de noviembre acordó aprobar el siguiente informe presentado por el señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso :

« *Petroloquímica* es el calco español de la expresión inglesa *petroleum chemical*, compuesta de las voces *petroleum* 'petróleo' y *chemical* 'producto químico'. Ésta se inventó hacia 1942 para designar la química del petróleo y de los productos de la destilación de esta substancia, utilizados como fuentes de energía.

Petroloquímica es una deformación incorrecta de *petroquímica*. *Petroquímica* no es una palabra de mera fantasía. Está formada de *petro*, tema de la palabra griega *πέτρος*, -ου 'piedra' y *química*. Con ella se denomina la química de los productos deri-

vados del petróleo que no se destinan inmediatamente a fines energéticos: colorantes, plásticos, solventes, etc. ».

Consulta acerca de los vocablos *nutrimentario*, *nutricionista*, *nutrólogo*, *nutriología* y *trofología*. — En sesión del 13 de diciembre, la Academia Argentina de Letras consideró una consulta acerca de la corrección de los vocablos *nutrimentario*, *nutricionista*, *nutrólogo*, *nutriología* y *trofología*, y resolvió aprobar el siguiente informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso:

NUTRIMENTARIO, RIA

« Es correcta la formación de *nutrimentario*, *ria*, para indicar 'lo que es propio de la nutrición o se refiere a ella'. El adjetivo *nutrimentario* está formado del sustantivo latino *nutrimentum* y el sufijo culto *-ario*, del latín *-arium*, según el modelo de *alimentario*. Nada puede objetarse a construcciones como « educación *nutrimentaria* », « economía *nutrimentaria* », etc. ».

NUTRICIONISTA

« También es correcto y, por lo tanto, aceptable el sustantivo *nutricionista*, creado mediante la adición del sufijo *-ista*, que indica oficio o profesión, al primitivo *nutrición*. *Nutrólogo* es poco eufónico, está mal formado, porque en él se unen un inexistente tema *nutro-*, supuestamente latino, y un vocablo griego ».

NUTRIOLOGÍA

« *Nutriología* es objetable por su formación híbrida. Está constituida por una forma verbal latina y una palabra derivada del griego. *Trofología* es el vocablo correcto, aunque no frecuente. Se encuentra también en francés, inglés, etc. A favor de *nutriología* están un empleo mayor que el de *trofología* y la influencia de otras palabras de la misma familia: *nutrición*, *nutricio*,

nutrido, nutrimental, nutrimento, nutrir, nutritivo y nutriz, a los que vienen a agregarse las propuestas *nutrimentario* y *nutricionista*. El uso es, en tales condiciones, el único que decidirá entre uno y otro vocablo ».

Consulta acerca de los nombres *Hersch* y *Pessie*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « la versión castellana de los nombres extranjeros *Hersch* y *Pessie* », en sesión del 13 de diciembre resolvió contestar según los términos del informe del señor Secretario y Asesor Técnico, académico don Luis Alfonso:

HERSCH

« *Hersch* es la variante judeo-alemana del nombre propio *Hirsch*, traducción alemana del hebreo *sebi*, que significa 'cierva', 'gacela' ».

PESSIE

« *Pessie* viene del nombre propio hebreo *Pessah*. De la voz hebrea *pesah* 'paso, tránsito' viene la palabra española *pascua*, a través del arameo *pashā*, del griego *πάσχα*, del latín clásico *pascha* y del latín vulgar *pascūa*.

Se discute la etimología de *pesah*. Según algunos deriva del verbo *pashā* 'saltar' y estaría relacionada con las danzas del culto, como la que menciona el *Segundo Libro de Samuel*: « David y toda la casa de Israel iban danzando delante de Yavé con todas sus fuerzas, con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos » (VI, 5). Según otros, *pesah* se refiere al paso del sol por la constelación de Aries o de la luna en su cenit. El relato del *Éxodo* (XII, 1-30) relaciona el vocablo *pesah* con el « paso » de Yavé por la tierra de Egipto la noche en que mató a los primogénitos de los egipcios y pasó de largo por las casas de los israelitas, cuyos dinteles y postes estaban untados con la sangre del cordero pascual.

Entre los asquenazíes *Passah* es tanto nombre de pila como

apellido, y presenta en femenino, según datos proporcionados por el doctor Michael Molho, las formas *Pessia*, *Pessie*, *Pesse* y *Peysie*, el empleo de las cuales depende de la región habitada por los asquenazíes de Oriente (Polonia, Lituania, Estonia, etc.).

Pessah equivale, en español, a *Pascual*, nombre propio derivado de *pascua*, y *Pessie* a *Pascuala* ».

NOTICIAS

Donación. — El señor académico don Rafael Alberto Arrieta donó, para el archivo de la Academia, la fotocopia de unos originales pertenecientes a los *Cantos del Peregrino*, de José Mármol.

Homenaje a don Leopoldo Díaz. — El 9 de agosto la Academia Argentina de Letras celebró sesión especial y privada para rendir homenaje a don Leopoldo Díaz, que fue miembro de número de la Corporación, con motivo de cumplirse el 11 de agosto el centenario del nacimiento. Asistieron los señores académicos de número José A. Oría, Luis Alfonso, Ángel J. Battistessa, Francisco Luis Bernárdez, Jorge Luis Borges, Arturo Capdevila, Fermín Estrella Gutiérrez, Arturo Marasso, Manuel Mujica Láinez y Ricardo Sáenz-Hayes. Además asistieron especialmente invitados el señor miembro de número de la Real Academia Española, doctor Rafael Lapesa, a quien acompañaba su esposa, y miembros de la familia del señor académico desaparecido.

El señor Presidente saludó y agradeció en primer término la presencia del señor académico don Rafael Lapesa. Luego señaló el significado del homenaje a quien fue, además de poeta, miembro dignísimo de la Academia. Seguidamente hicieron uso de la palabra los señores académicos don Francisco Luis Bernárdez, don Arturo Capdevila y don Arturo Marasso.

Recepción del señor académico don Jorge Luis Borges. — El 16 de agosto la Academia Argentina de Letras celebró sesión extraordinaria y pública para recibir solemnemente al señor académico de número don Jorge Luis Borges.

El acto se realizó con gran brillo en el recibimiento del Palacio Errázuriz. Presidió la sesión el señor Presidente don José A. Oría. Estuvieron presentes, además de don Jorge Luis Borges, los señores académicos don Luis Alfonso (Secretario), don Atilio Dell'Oro Maini (Tesorero), don Enrique Banchs, don Ángel J. Battistessa, don Arturo Capdevila, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Bernardo A. Houssay, don Alfonso de Laferrère, don Eduardo Mallea, don Manuel Mujica Láinez, don Jorge Max Rohde y don Leonidas de Vedia.

Asistieron también el señor Edecán Naval, Capitán de Fragata Gonzalo D. Bustamante, en representación del Excmo. señor Presidente de la Nación, doctor José María Guido; S.E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Bonifacio del Carril; la señora Subsecretaria de Educación, doña Elena Zara de Decurguez; el señor Subsecretario de Comercio, el señor Presidente de la Academia de Ciencias Económicas, doctor Alfredo Labougle; el señor Presidente de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, Ingeniero Agrónomo José María Bustillo; el señor Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, General de Brigada Ernesto Florit; el señor Director del Museo Histórico Nacional, Capitán de Navío Humberto F. Burzio; el Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Francisco P. Laplaza; el señor Encargado de Negocios a. i., de la Embajada Real de los Países Bajos, W. V. Cohen Stuart; el señor Agregado Cultural de la Embajada de Italia, doctor Umberto Cianciolo; el señor Secretario de la Embajada de Suecia, D. Krister Göranson, otros representantes de diversas instituciones culturales y un calificado público.

El señor Presidente declaró abierta la sesión y cedió la palabra al señor académico don Arturo Capdevila, quien saludó al recipiendario en nombre de la Corporación. Seguidamente el nuevo miembro de número, que ocupa el sillón que lleva el nombre de Dalmacio Vélez Sársfield, pronunció su discurso que versó acerca de *El concepto de Academia y los celtas*.

Los discursos pronunciados se publican en este número del *Boletín*.

Fallecimiento del señor académico don Juan B. Selva. — El 29 de julio falleció en Dolores (Provincia de Buenos Aires) el señor académico correspondiente don Juan B. Selva.

Fallecimiento del señor académico don Ramón Pérez de Ayala. — El 5 de agosto falleció en Madrid el señor académico correspondiente don Ramón Pérez de Ayala.

Donación. — La señorita Cordelia Díaz Leguizamón donó a la Academia varios libros de don Leopoldo Díaz: *Las Sombras de Hellas*, *Las Ánforas y las Urnas*, *Sueño de una Noche de Invierno*, y dos cartas, una de don Rafael Obligado y otra de Leconte de Lisle.

Licencia concedida al señor Tesorero don Atilio Dell'Oro Maini. — La Corporación concedió licencia por el tiempo que dure en el desempeño de las funciones de embajador, para las que ha sido designado, al señor Tesorero, académico don Atilio Dell'Oro Maini, quien se ausentará próximamente con destino a Italia.

Fallecimiento de la señora académica doña María Rosa Lida de Malkiel. — El 27 de septiembre falleció en Estados Unidos la señora académica correspondiente doña María Rosa Lida de Malkiel.

Recepción del señor académico don Francisco Luis Bernárdez. — El 25 de octubre la Corporación celebró sesión pública y extraordinaria para recibir solemnemente al señor académico de número don Francisco Luis Bernárdez. El acto se realizó con gran brillo en el recibimiento del Palacio Errázuriz. Presidió la sesión don José A. Oría, y estuvieron presentes, además del señor académico don Francisco Luis Bernárdez, los miembros de número don Luis Alfonso, don Atilio Dell'Oro Maini, don Enrique Banchs, don Ángel J. Battistessa, don Jorge Luis Borges, don Arturo Capdevila, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Alfonso de Laferrère, don Eduardo Mallea, don Manuel Mujica Láinez, don Jorge ~~Max~~ ~~Rohde~~, don Ricardo Sáenz-Hayes y don

Leonidas de Vedia. Asistieron también S.E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Carlos Manuel Muñiz ; en representación de S.E. el señor Secretario de Guerra, el Mayor Jorge Pozzo ; el señor Jefe Nacional de Ceremonial, Embajador José María Álvarez de Toledo ; el señor Tesorero General de la Nación, don Gustavo Luis Montyn ; el señor Procurador General de la Nación, doctor Ramón Lascano ; el señor Secretario de Cultura y Acción Social de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, doctor Jorge Mazzinghi ; el señor Director General de Cultura, profesor Héctor Blas González ; el señor Subdirector de la Dirección General de Cultura, profesor Williams L. Fontán ; en representación del señor Director del Museo Histórico Nacional, el doctor Simón de Irigoyen Iriondo ; en representación del señor Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, el señor Oscar E. Carbone ; S.E. el señor Embajador de España, don José María Alfaro y Polanco ; el señor Agregado Cultural de la Embajada de España, señor Juan Jesús Castrillo ; S.E. el señor Embajador de Colombia, doctor Luis Córdoba Mariño ; el señor Agregado Cultural de Colombia, doctor Ricardo Pardo ; el señor Consejero Cultural de la Embajada de Francia, Joseph Gagnaire ; el señor Cónsul General de Venezuela, don Julio Luis Pagnini Sánchez ; S.E. el señor Embajador de Portugal, don Emilio Patrio ; S.E. el señor Embajador de Nicaragua, Coronel Francisco Gaitán ; S.E. el señor Embajador de Honduras, doctor Arturo Rondón Madrid ; en representación de S.E. el señor Embajador de Italia, el señor Agregado Cultural, profesor Umberto Ciancio ; en representación de S.E. el señor Embajador del Brasil, el señor Agregado Cultural, don Mario Borges da Fonseca ; S.E. el señor Embajador de la India, General de División Tara Singh Bar ; S.E. el señor Embajador del Salvador, doctor Armando Peña Quezada ; S.E. el señor Embajador de los Países Bajos, J. C. van Beusekom ; S.E. el señor Embajador de Indonesia, Serdy Salin ; S.E. el señor Encargado de Negocios a. i. de Polonia, Waldemar Hönnele ; S.E. el señor Encargado de Negocios, a. i. de la República Árabe Unida, Saad El Fatrati ; S.E. el señor Embajador de Bulgaria. Stas Geor-

jiev ; S.E. el señor Embajador de Austria, doctor Wolfgang Hoeller ; el señor Agregado Cultural de Nicaragua, don Rodolfo Aguilar Morales, en representación de S.E. el señor Embajador de Inglaterra, el señor representante del Consejo Británico, doctor N. A. R. Mac Kay ; el señor Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, don Carlos Alberto Erro ; el señor Contralmirante Isaac Francisco Rojas y el Almirante Samuel Toranzo Calderón.

Fallecimiento del señor académico don Francisco Romero. — El 7 de octubre falleció el señor académico de número don Francisco Romero. Con tal motivo el señor Presidente dictó una resolución en la que dispuso :

1°. Expresar a la familia de don Francisco Romero el pésame de la Corporación.

2°. Invitar a los miembros de número y correspondientes al velatorio y al acto del sepelio.

3° Designar al señor académico don Arturo Capdevila para que, en nombre de la Academia, despidiera los restos mortales del académico fallecido.

4° Enviar una corona de flores a la capilla ardiente.

Honra recibida por el señor académico don Manuel Mujica Láinez. — El señor académico don Manuel Mujica Láinez recibió de manos del señor Embajador de Italia, Marqués Blasco Lanza d' Ajeta, una medalla de oro, premio concedido por la novela *Bombarzo*, cuya acción transcurre en la Italia del Renacimiento.

Distinción otorgada al señor académico don Jorge Luis Borges. — El señor académico don Jorge Luis Borges fue distinguido por el Gobierno francés con el grado de Comendador de la Orden de Artes y Letras.

Representación del señor académico don Atilio Dell'Oro Maini. — El señor Tesorero don Atilio Dell'Oro Maini, representante de nuestro país ante la UNESCO, fue elegido para formar parte del Consejo Ejecutivo de dicho organismo internacional.

Fallecimiento de don Manuel Gálvez. — El 14 de noviembre falleció don Manuel Gálvez, que se contó entre los fundadores de la Academia Argentina de Letras. El señor Presidente designó al señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez para que en nombre de la Corporación despidiera los restos del escritor desaparecido.

Designación del señor académico don Leonidas de Vedia como Tesorero. — En junta del 29 de noviembre se procedió a elegir Tesorero para reemplazar interinamente al señor académico don Atilio Dell'Oro Maini, mientras dure la ausencia de éste. Se eligió por unanimidad al señor académico don Leonidas de Vedia.

Elección de don Pedro Miguel Obligado como miembro de la Academia. — En la sesión del 13 de diciembre la Academia Argentina de Letras eligió a don Pedro Miguel Obligado miembro de número de ella. El nuevo académico ocupará el sillón que lleva el nombre de « José Hernández », vacante por fallecimiento del señor académico don Enrique Larreta.

Designación del señor Presidente don José A. Oría como miembro correspondiente de la Academia Mexicana. — La Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, designó por unanimidad miembro correspondiente al señor Presidente don José A. Oría.

Designación del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez como miembro correspondiente de la Academia Mexicana. — La Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, designó por unanimidad miembro correspondiente al señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez.

Elección de académico correspondiente. — En la sesión del 13 de diciembre se eligió por unanimidad académico correspondiente, con residencia en España, a don Rafael Lapesa.

Donación. — El señor académico don Ricardo Sáenz-Hayes donó a la Corporación treinta y dos cartas de Roberto Cunningham Graham y ocho cartas de Gabriel Hanotaux.

ÍNDICE DEL TOMO XXVII

(1962)

BECCO, HORACIO JORGE, <i>Bibliografía de don Francisco Romero</i>	351
<i>Bibliografía de don Gustavo A. Martínez Zuviria</i>	7
CARPENA, ELÍAS, <i>Las soledades de los poetas líricos</i>	41
<i>Discurso de don Francisco Luis Bernárdez en el centenario del nacimiento de Leopoldo Díaz</i>	341
ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>En el entierro de Manuel Gálvez</i> . . .	355
GIUSTI, ROBERTO F., <i>María Rosa Lida de Malkiel</i>	347
GUZMÁN, CARLOS ALBERTO, <i>Volumen, caudal, gasto. Consideraciones sobre la conveniencia de un vocabulario correcto en la enseñanza e investigación de la hidráulica</i>	361
MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, <i>Ese desconocido: Don Fernando el Católico</i>	221
<i>Palabras de don Arturo Capdevila en la sesión de homenaje a don Leopoldo Díaz</i>	337
RAGUCCI, S. D. B., RODOLFO M., <i>Neologismos de mis lecturas. (Continuación)</i>	15, 179
<i>Recepción académica de don Fermín Estrella Gutiérrez:</i>	
<i>Discurso de don Leonidas de Vedia</i>	145
<i>Discurso de don Fermín Estrella Gutiérrez</i>	157
<i>Recepción académica de don Francisco Luis Bernárdez:</i>	
<i>Discurso de don Arturo Capdevila</i>	313
<i>Discurso de don Francisco Luis Bernárdez</i>	323
<i>Recepción académica de don Jorge Luis Borges:</i>	
<i>Discurso de don Arturo Capdevila</i>	297
<i>Discurso de don Jorge Luis Borges</i>	303
SCHNEIDER, MAURICIO, <i>Definición de términos y formas de lenguaje</i> .	373
URQUIZA, JUAN JOSÉ DE, <i>Evocación de una amistad: Juan Pablo Echagüe y Enrique García Velloso</i>	91

Textos y Documentos :

<i>Una página olvidada de Rubén Darío</i>	133
---	-----

Acuerdos :

<i>Consulta acerca de la construcción de las palabras amor y abdicar</i> ..	287
<i>Consulta acerca de la enseñanza de la gramática</i>	288
<i>Consulta acerca de la expresión marcar a fuego</i>	459
<i>Consulta acerca de la expresión tener presente, del régimen de ten- tado, de la construcción del adverbio antes y de la palabra auto- matización</i>	273
<i>Consulta acerca de la grafía del nombre de la Cordillera de los Andes</i>	464
<i>Consulta acerca de la palabra crinolina</i>	458
<i>Consulta acerca de la palabra Irina</i>	463
<i>Consulta acerca de las palabras pedólogo y pedología</i>	277
<i>Consulta acerca de los nombres Hersch y Pessie</i>	480
<i>Consulta acerca de los nombres Leida y Leila</i>	460
<i>Consulta acerca de los nombres Ruchla y Rechma</i>	462
<i>Consulta acerca de los verbos evacuar y vaciar</i>	284
<i>Consulta acerca de los vocablos cientista y científicista</i>	461
<i>Consulta acerca de los vocablos nutrimentario, nutricionista, nutrió- logo, nutriología y trofología</i>	479
<i>Consulta acerca de los vocablos petroleoquímica y petróloquímica</i> ..	478
<i>Consulta acerca del femenino de poeta</i>	456
<i>Consulta acerca del gentilicio de Chascomús</i>	454
<i>Consulta acerca del nombre de la madre de Moisés</i>	455
<i>Consulta acerca del nombre Kevin</i>	271
<i>Consulta acerca del nombre Uri</i>	287
<i>Consulta acerca del nombre Viviana</i>	280
<i>Consulta acerca del nombre Yuri</i>	463
<i>Consulta acerca del plural de la palabra compuesta carta poder</i>	282
<i>Consulta acerca del prenombre Acaropita</i>	451
<i>Consulta acerca del prenombre Bartolo</i>	418
<i>Consulta acerca del significado de la palabra subsiguiente</i>	275
<i>Consulta acerca del vocablo bahut</i>	471
<i>Consulta acerca del vocablo Rina</i>	463
<i>Consulta acerca del uso de abreviaturas</i>	452
<i>Consulta acerca de varios nombres propios de persona</i>	271
<i>Licencia concedida al señor académico don Francisco Romero</i>	276

<i>Licencia concedida al señor académico don Roberto F. Giusti</i>	280
<i>Proyecto del señor académico don Manuel Mujica Láinez</i>	276
<i>Recepción del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez</i>	280
<i>Recepción del señor académico don Jorge Luis Borges</i>	280

Noticias :

<i>Designación del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez como miembro correspondiente de la Academia Mexicana</i>	488
<i>Designación del señor académico don Leonidas de Vedia como Tesorero</i>	488
<i>Designación del señor académico don Ricardo Sáenz-Hayes como miembro correspondiente de la Academia Brasileña de Letras</i>	143
<i>Designación del señor Presidente don José A. Oría como miembro correspondiente de la Academia Mexicana</i>	488
<i>Disertación del señor académico don Arturo Marasso</i>	294
<i>Distinción otorgada al señor académico don Jorge Luis Borges</i>	487
<i>Donación</i>	483
<i>Donación</i>	485
<i>Donación</i>	488
<i>Elección de académico correspondiente</i>	488
<i>Elección de don Pedro Miguel Obligado como miembro de la Academia</i>	488
<i>Entrega de medallas</i>	296
<i>Fallecimiento de don Manuel Gálvez</i>	488
<i>Fallecimiento de la señora académica doña María Rosa Lida de Malkiel</i>	485
<i>Fallecimiento del señor académico don Francisco Romero</i>	487
<i>Fallecimiento del señor académico don Gustavo A. Martínez Zuviría</i>	143
<i>Fallecimiento del señor académico don Juan B. Selva</i>	485
<i>Fallecimiento del señor académico don Ramón Pérez de Ayala</i>	485
<i>Homenaje a don Leopoldo Díaz</i>	483
<i>Honra recibida del señor académico don Manuel Mujica Láinez</i>	487
<i>Jurado que otorgará los premios a la producción cinematográfica</i>	143
<i>Licencia concedida al señor Tesorero don Atilio Dell'Óro Maini</i>	485
<i>Recepción del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez</i>	293
<i>Recepción del señor académico don Francisco Luis Bernárdez</i>	485
<i>Recepción del señor académico don Jorge Luis Borges</i>	483
<i>Recepción del señor académico don Leonidas de Vedia en la Academia Nacional de Letras, del Uruguay</i>	294
<i>Representación del señor académico don Atilio Dell'Óro Maini</i>	487

PRECIO DE VENTA

Número suelto \$ 45
Subscripción anual (4 números) . \$ 180

Dirección y Administración

SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, 2663

C O N T

BUENOS AIRES